

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Escuela de Antropología
Departamento de Etnología y Antropología Social
Área de especialidad: Etnopsiquiatría



Socialización del Varón Adolescente y Narcisismo Social.
Dos Casos Venezolanos de Familia Extensa

Manvel Hernández, Noliany Pastora
C.I. 17 944 945

Tutor: Samuel Hurtado

Marzo, 2012
Caracas, Venezuela

Agradecimientos

A Dios nuestro Señor Todopoderoso, por el y gracias a el amanezco cada día con salud y ganas de seguir adelante.

A mi querisidimo profesor, tutor y amigo Samuel Hurtado Salazar, mi más profunda gratitud por su humildad y paciencia en todo el tiempo de elaboración de mi tesis, y en especial GRACIAS por haber compartido conmigo una experiencia de vida.

A mis padres, Zulay Hernández y Alejandro Manvel, por haberme hecho lo que soy, y por ponerme en donde estoy.

Al amor de mi vida, Eduar, por llegar a mi vida en el momento preciso.

A mi hermana “menor”, Noleidy por ser mi conexión a tierra muchas veces.

A mis hermanitas de alma, Daniela Briceño y Willimar Tovar, gracias por permanecer en mi vida a pesar de la distancia.

A las personitas que me acompañaron por este viaje universitario, a mis niñas hermosas: Mi Concetina (Concetta), por ser mi espejo andante, mi pañuelito de lágrimas. A Anita por su genuina honestidad e imparcialidad. Fiore, por ser la que baja de las nubes pero nos soporta y nos aguanta en nuestros peores días.

Gracias a Oscar Casanova, por sus divertidos y particulares cuentos. A Henry Moncrieff por incentivar me siempre a dar lo mejor de mi, a Juan Camacho por ser un gran amigo y ayudarme con mis recurrentes problemas tecnológicos.

A mi versión un poco más adelantada de edad (tu sabes), Anna Caires, y la siempre sonriente Cirelena Hernández por su invaluable amistad, que con el tiempo se ha convertido en un gran vinculo familiar. A mi “madrecita” y “padrecito” Aaixa Caires y Alejandro Berdeal, por los innumerables ratos de despeje mental (rumbas). Y por supuesto gracias a la familia Caires, Fuentes y Hernández por recibirnos con tanto cariño, adoptarnos, y hacernos parte de esa gran y hermosa familia a la que quiero como si fuera mía.

A mi familia en general, por el apoyo que siempre me han brindado, y por ser la familia más loca y divertida del mundo.

A las Sras. Cecilia, Rosa y María, por abrirme las puertas de sus casas y por el cariño sincero que siempre he recibido de ellas. Pero sobre todo, gracias por traer al mundo a mis compañeras y amigas eternas.

A Yohanna Chavéz y Luigi Navarro, por facilitarme un muy buen material para la contrucción de este trabajo de investigacion. A Gabriela Contreras por facilitarme el instrumento para la realización de las entrevistas.

Y por último, GRACIAS a todas aquellas personas que estuvieron pendientes siempre de mí investigación.

*A mi mamita Zulay Hernández
A mi único Eduar Brazón
Y a mi mentor y consejero Samuel Hurtado*

A Dios, la fuerza que me guía y me mantiene viva.

Universidad Central de Venezuela
Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Escuela de Antropología
Departamento de Etnología y Antropología Social
Área de especialidad: Etnopsiquiatría
Tutor: Samuel Hurtado

Noliany Manvel Hernández

Socialización del Varón Adolescente y Narcisismo Social
Dos Casos Venezolanos de Familia Extensa

RESUMEN

La familia que tiende a simbolizar el arraigo, y la sociedad, el intercambio, son dos dimensiones que se contradicen y se complementan al mismo tiempo (Levi-Strauss, 1974). Solo bajo la institución familiar, el individuo logra iniciarse en la socialización y después ejercitarse en ella en el ámbito social. Mediante los patrones de crianza la familia genera y ejerce la socialización de los hijos, la sociedad no es más que aquel universo en donde se encuentra inmersa la familia y demás instituciones colectiva regidas todas por normas y reglas que deben ser cumplidas para hacer posible las relaciones sociales. Cuando las reglas del juego social no se cumplen, denota la existencia de cierto tipo de conflicto en el colectivo que debe ser resuelto. Hemos construido la metáfora conceptual del *Narcisismo Social* para dar cuenta de que en la socialización del varón adolescente no solo no se soluciona ese conflicto, sino que dicho proceso social está orientado en la Venezuela matrisocial por esa contradicción que debe ser social pero que resulta antisocial (narcisista). El origen podría estar ubicado en la relación madre/hijo varón, cuya ambigüedad libidinal termina por producir una neurosis étnica. La comprensión del planteamiento se ubica en la observación realizada en dos familias extensas venezolanas, con características estructurales socialmente similares, pero con realidades geosociales distintas. A través de las vivencias y experiencias de un diseño de 8 casos de madres (madres e hijas de las madres, también madres), cuya experiencia revela el contenido del proceso de socialización de los hijos de las hijas varones adolescentes que ellas están llevando a cabo.

Palabras Claves: cultura, socialización, narcisismo, sociedad, matrisocialidad, familia, patrones de crianza.

INDICE GENERAL

Agradecimientos	II
Dedicatoria	III
RESUMEN	IV
INDICE GENERAL	V
INDICE DE CUADROS	VII
INTRODUCCIÓN	1
Capítulo 1. El Narcisismo Social	9
Capítulo 2. Patrones de Crianza y Familia en Venezuela	29
A. La Ocasión de la Crianza de un Hijo	29
B. Entorno Principal de la Crianza. La Familia	32
C. La Familia Matrisocial en Venezuela	38
Capítulo 3. La Senda Estrecha de los Casos y los Campos de Significaciones	48
A. Justificación del criterio metodológico de la elección de los casos y Delimitación Analítica	48
B. El Caso y su Teoría	56
C. Los Campos Semánticos Matrisociales	59
Capítulo 4. Dos Familias Extensas con Diferente Criterio de organización	74
A. Diferentes realidades socio-espaciales, idénticas vivencias socio-culturales	74
B. La familia Cárdenas de parentesco consanguíneo y alianza sororal	77
C. La familia Briceño de parentesco moral	80

D. Semblanza de los actores intervinientes _____	82
Capítulo 5. Fuerte Dosis de Arraigo Integrista _____	88
A. El Nudo Apretado Materno-Filial _____	88
B. El Edipo Cultural sin Maduración _____	97
Capítulo 6. El Intercambio Desorganizado y Pobre _____	110
A. Anarquizados sin Causa _____	110
B. Un País Machista e Irreverente _____	118
CONCLUSIÓN GENERAL _____	127
NOTAS _____	134
BIBLIOGRAFÍA _____	136
ANEXO I. Guía de Entrevista _____	142

INDICE DE CUADROS

- Cuadro nº1.** Esquematización del Concepto de Narcisismo Social, según Dimensiones, Campos Semánticos e Indicadores _____ 73
- Cuadro nº2.** Estructura Composicional de los casos, según parentesco y familias _____ 76
- Cuadro nº3.** Distribución de las entrevistas según número, categoría de parentesco, tiempo invertido y fechas _____ 76
- Cuadro nº4.** Diagrama de parentesco consanguíneo y alianza sororal de la familia Cárdenas _____ 79
- Cuadro nº5.** Diagrama de parentesco consanguíneo y alianza sororal de la familia Briceño _____ 81
- Cuadro nº6.** Distribución de las entrevistadas por familia, según Edad, Hijos, Ocupación y Edo Civil _____ 87

ANEXOS

INTRODUCCIÓN

El tema o motivo de la presente investigación se refiere a la socialización del varón en su primera adolescencia. Es la socialización segunda que suele tomar dos campos, el de la casa (la familia), y el de la calle (los pares): Nos vamos a detener en el campo de la familia donde los padres tienen un papel fundamental en tal proceso del hijo varón. Como el dominio de la casa está casi llenado por la presencia de la madre, es esta figura o símbolo libidinal el que aparece con toda su dinámica estructural interviniendo en la socialización de los hijos; sabiendo además que es la figura de la madre lo que llena a su vez casi todo el contenido de la familia y la casa en Venezuela (Hurtado, 1998).

En la particularidad venezolana, se atiende a la dimensión cultural, para obtener un lugar del análisis de un trabajo de campo concreto. El orden cultural en Venezuela se viene definiendo con competencia de alto rendimiento por autores como Vethencourt (1974; 1983), López Sanz (1993), Hurtado (1998, 1999) y Gruson (2011). Otros autores se acercan a esta perspectiva sin utilizar la herramienta del concepto de cultura como Moreno (1993).

La singularidad de esta investigación consiste en el empleo de la etnopsiquiatría, merced a la cuál nosotros entrados por el acceso antropológico, no psicoanalítico como Freud, vamos a activar el concepto de cultura en la medida en que se presente psicoanalizada. Tal amplificación del concepto implica un uso de gran importancia porque epistemológicamente está diseñado conforme a una complementariedad

pluridisciplinaria que permite detectar significados profundos a la hora de construir los conceptos de comprobación y de entender los conceptos del análisis.

Hemos observado cómo, en los autores recién citados, las relaciones culturales, por lo que respecta a la familia, se encuentran muy complicadas al mezclarse con las emociones psíquicas. Lo que quiere decir, a nuestro entender, que debemos afinar la construcción creativa de nuestros conceptos a la hora de plantear la solución comprensiva del problema. Decimos creativa porque parece que el problema que vislumbramos se encuentra metido en un complejo emotivo-cultural duro. Allí conseguimos las relaciones familiares que, en el proceso que nos proponemos investigar, como es la socialización, contienen vinculaciones encontradas, que pareciera que en su competencia de actor social, el grupo familiar no logra solucionar como debe ser socialmente.

Ya la socialización segunda trajo un impasce entre Malinowski y Freud (Laplantine, 1979) porque la generalización de Freud con relación a la socialización primaria (Edipo Psíquico) que concluía en la universalidad del Edipo, como prejuicio cultural patrilineal, no se compaginaba en la socialización secundaria (Edipo Cultural), que Malinowski (1974) preveía en sociedades matrilineales, como las de Trobriand. Dado que en este tipo de sociedades (matrilineales) el padre no tiene autoridad sobre su hijo, ni el marido sobre su esposa (es solo un amante). Malinowski había percibido alguna relación edípica del hijo.

En la sociedad matrisocial venezolana, especie matrilineal, nos encontramos con la misma dificultad. Si Malinowski abandona la prosecución del desarrollo en que objetó a Freud, nosotros queremos atrevernos un poquito, a desarrollarlo en Venezuela bajo las directrices que parecen desprenderse de los autores venezolanos citados arriba.

Encontramos que el contenido del Edipo Cultural no es otro que la instalación (enseñanza/aprendizaje) de la autoridad que va a organizar, definitivamente de un modo básico los órdenes familiar y el social. Pero el punto cero o campo vacío de donde arranca es el del orden familiar¹. La instalación de la autoridad, y por supuesto, su posterior ejercitación en Venezuela aparece muy mezclada con la emotividad, de suerte que Hurtado (2005) soluciona el problema con el concepto de maternalismo para responder a un asunto de enfermedad corporal en la mujer venezolana². El desafío del punto cero propuesto nos lleva más atrás, al origen de la socialización y la familia en Venezuela.

¿Cómo es posible comprender la instalación de la socialización del varón adolescente en Venezuela y sus resultados en las relaciones de autoridad en Venezuela, si obtenemos unas figuras de la familia, cuya estructuración se encuentra desequilibrada y cuya psicodinamia aparece muy afectada por la emotividad? Se coloca al varón como figura pivotal al relacionarla con la madre, pero tiene derivaciones similares hacia otras figuras como la hija, el nieto y la nieta, etc. Es pivotal dicha estrategia si nos damos cuenta que para la etnopsiquiatría de Vethencourt (1974) el modelo de matricentrismo y machismo, y en general también del psicoanálisis (Ramos, 1984), se ostentan como un modelo analítico.

Es por dicho motivo pivotal que se colocan las relaciones de madre-hijos como vidriera de la familia como un todo, para comprender reflexivamente cómo se observa la vivencia global de la familia en un colectivo social en términos de una lógica o principio de racionalidad. El fenómeno de la socialización del varón nos daba para esto en la cultura de la familia en Venezuela, pero referida en este caso a la socialización segunda, cuando se instala el aparato cultural en un pueblo. La comprensión de un principio generador y no tanto develar una estructura

latente, no es meramente compenetrarse con sentimientos o motivaciones.

Así, cuando se plantea en esta investigación el problema de cómo procede la socialización segunda según un prospecto de campos semánticos, como la dependencia materno-filial de la autoridad afectiva, bajo un desacato de las relaciones de permisividad, una forma de insumisión, y de formas machistas de irreverencia sexual, se necesita un modelo conceptual que haga comprensible dicho problema inscrito en relaciones de contradicciones no resueltas. El concepto constructivo de *Narcisismo Social* tiene la función de hacer comprensible, en su misma formulación de términos contradictorios el problema y saber que es posible su existencia, y que existe realmente en la cultura familiar venezolana. Tal resolución conceptual representa el problema del dato a priori en esta investigación, mientras el campo de las significaciones que se teje en la socialización del varón adolescente es el motivo u ocasión que establece el dato a posteriori. Los objetivos se establecen en esta orientación problemática.

OBJETIVO GENERAL

Comprobar el modelo conceptual del *Narcisismo Social*, merced al análisis de la socialización secundaria del varón, en y desde la familia. De la familia en cuanto desde ésta se observa al varón en la lógica de la calle.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Describir el proceso de dependencia materno-filial inscrito en el narcisismo materno.

2. Evaluar el proceso contradictorio de una autoridad afectiva al considerar al símbolo normal de la figura de un padre desdibujada y el desacato a la autoridad misma.
3. Identificar un intercambio de permisividad en las relaciones de insumisión y desorden.
4. Mostrar cómo el machismo se aprende como una relación sexual irreverente.

La justificación de este estudio tiene varias razones que tienen que ver con la disciplina empleada, la ampliación de extender el edipo desde la niñez a la fase también de adolescencia, y la intensidad de detenernos en este problema para mostrar más detenidamente el mapa semántico de cómo se produce la matrisocialidad en la familia antes de ser considerada en su prolongación societal. Societal significa que el colectivo de un pueblo se da una norma para convivir y al mismo tiempo se da también la imposición de cumplirla; es un proyecto que tiene que ver con el deber ser de dicho colectivo para constituirse como sociedad.

La ampliación extensiva del Edipo se vincula a un problema crucial en la maduración social de lo humano de acuerdo a las etapas del ciclo de vida familiar. En términos etnológicos, dicha encrucijada está representada por los ritos de paso. La función de éstos consiste en articular dos mundos, el de la niñez con el de la adultez. La fase adolescente coincide como proceso con ese ritual de paso. De acuerdo con el apego (arraigo) de la madre e hijo en la niñez, si éste apego es fuerte como el de la dependencia, se impone así mismo un ajuste fuerte en la adolescencia para asignar al varón al mundo adulto (masculino), mundo que se extiende más allá de la casa. Esta correlación se toma de

un estudio comparativo de 56 sociedades sacadas de una muestra representativa de la diversidad cultural del mundo³.

La disciplina de trabajo asignada se refiere a la etnopsiquiatría, para identificar el trabajo epistemológico de un psicoanálisis del freudismo clásico. Precisamente los Estudios de Cultura y Personalidad junto al psicoanalista asesor que fue Kardiner se asocian con un neofreudismo que caracteriza arquetipos culturales estrictamente en la niñez para determinar la suerte de la cultura de un pueblo y no se baja a sociologizar la cultura y observar su devenir histórico. Por eso su análisis de la crianza, aunque revelaba la dotación psíquica (llamada personalidad básica por Dufrenne >1972<) con la cuál el individuo aborda y luego asume su vida, no eternizada en una estructura social y se diversificaba en sus roles sociales. Murdock (1975) y Linton (1945) imprimirán este último despegue, que consumirá la etnopsiquiatría de Devereux (1973, cap. 1). En este contexto teórico tiene lugar la estructuración del estudio del Edipo de la personalidad básica en etnopsiquiatría.

Finalmente, la descripción del narcisismo, al que se acude para explicar conductas de actores venezolanos, sobre todo en política, adolesce de una explicación de su existencia social. El concepto generativo del *Narcisismo Social* viene a completar, corregir o focalizar en su cometido las explicaciones normalmente junquianas, que después se tornan de dominio coloquial en el colectivo venezolano. Y sin embargo, su utilidad explicativa ha sido ya aludida, al acuñar los términos de significación contradictoria de narcisismo y sociedad, cuyo ejercicio nos enseña Sennett (1982) cuando analiza la metáfora conceptual de paternalismo, conjunción de dos figuras contradictorias de padre (benévolo y piadoso) y el jefe (tirano y normativamente frío). Es importante avanzar en este tipo de conceptos para analizar las relaciones sociales venezolanas llenas de contradicciones entre cultura y sociedad.

En conclusión, este es un estudio de antropología con motivación psicoanalítica, donde la entrada es por la cultura para ser analizada en términos psicoanalíticos de personalidad (matrisocialidad y narcisismo) y no la entrada por la psique para ser analizada en términos antropológicos (Tóten y Tabú).

Nuestro método de exposición con el fin de mostrar la comprensión del concepto generativo del *Narcisismo Social* es el siguiente:

Se expone nuestro marco teórico que en este caso recibe el título del concepto de *Narcisismo Social*, en cuanto herramienta de trabajo de este estudio, analizarlo constructivamente y después demostrarlo empíricamente. En el foco matrisocial, se encuentra la madre como la figura narcisista por excelencia que preside a toda la configuración de la familia. Símbolo antisocial, el colectivo venezolano lo hace existir en la vida social; esta figura, con símbolos contradictorios, tiene una primera explicación en la metáfora conceptual del *Narcisismo Social*. El análisis de este concepto llena el *capítulo primero*.

En el *segundo capítulo* se expone el universo en el cuál se enmarca nuestra investigación que tratándose de la socialización del varón adolescente venezolano, no puede ser otro que la familia venezolana. Específicamente se trata la categoría de los Patrones de Crianza. En este capítulo se desarrolla el principio operativo o histórico de la investigación.

El *capítulo 3*, se basa en la exposición del lineamiento metodológico con cuyas categorías se realizará la demostración objetiva del concepto del *Narcisismo Social*. Se justifica el uso y la teoría del caso con cuya instrumentalización se muestra lo objetivante de la investigación.

En el *capítulo 4*, se presenta la descripción de dos casos de familia, diferenciados según la configuración de parentesco consanguíneo, una, y la otra, bajo la configuración de parentesco moral. Se identifica a los actores entrevistados según su semblanza.

El *capítulo 5* representa la primera parte del análisis correspondiente a la dimensión del Arraigo, relativo al concepto de *Narcisismo Social*. Los campos semánticos de la Filiación Consentida, y de la Autoridad Afectiva constituyen los territorios de los dos radicales culturales caracterizados con cualidades procedentes de la personalidad psicoanalítica. La dosis de arraigo es fuertemente integrista.

Finalmente, el *capítulo 6* representa la segunda parte del análisis correspondiente a la dimensión del Intercambio, relativo al concepto de *Narcisismo Social*. Los campos semánticos de la Permisividad y el Machismo territorializan los radicales culturales que se caracterizan por el desorden que generan en la organización social y su desigual contenido etnopsíquica.

Como el objetivo de la investigación sobre el *Narcisismo Social* para explicar la problemática contradictoria en que está sumido el colectivo venezolano, el motivo instrumental histórico está referido a la instalación del Edipo Cultural que se lleva a cabo mediante una enseñanza/aprendizaje ocurrida en el proceso de socialización del varón adolescente. Pasamos a exponer en qué consiste el *Narcisismo Social*, construido como una metáfora conceptual.

CAPITULO I

El Narcisismo Social

El colectivo venezolano vive una situación paradójica que recogemos para entenderlo en un modelo operatorio que podemos conceptualizar como *Narcisismo Social*. Tal situación vital, condensa una contradicción profunda interna, ya que el análisis con motivo de la socialización del varón en la familia de vivencia mayoritaria en Venezuela se observa con un fondo narcisista que choca con la orientación social que debe tener toda socialización social

El origen de la palabra *narcisismo*, alude al mito griego que trata sobre un joven llamado Narciso, cuya belleza extrema lo llevó a una muerte segura al intentar abrazar su propia imagen al verse reflejado en un río. Murió ahogado al caer a este en su imposible intento de abrazarse.

El uso del término *narcisismo* conlleva una gran dificultad, por ser un término que no es unívoco, en cierto modo ambiguo y que suele ser utilizado en diferentes áreas temáticas. Ciertamente posee varias acepciones pero la más conocida y aceptada en la sociedad (occidental) es la idea fija del amor a sí mismo. Este amor a sí mismo no es de por sí patológico, lo que si es patológico en tal caso es una circunstancia extrema del exceso de amor hacia uno mismo. En otras palabras, “la libido sustraída al mundo exterior ha sido aportada al yo, surgiendo así un estado al que podemos dar el nombre de narcisismo” (Freud, 1973, 9). El yo al mirarse a sí, desviándose de enfrentar o incorporar la realidad

exterior, se niega a desarrollarse fuera de sí, siguiendo las aspiraciones sociales.

Al comenzar su estudio en 1914, Freud consigue ya el empleo del término del narcisismo por Nacke en 1899, para designar aquellos comportamientos “en los que el individuo toma como objeto sexual su propio cuerpo” (Freud, 1973, 7). Por su parte, Freud usó ampliamente este concepto para referirse a la etapa de desarrollo que debe indicar la superación del autoerotismo. “El yo tiene que ser desarrollado. En cambio, los instintos autoeróticos son primordiales. Para construir el narcisismo ha de venir a agregarse al autoerotismo algún otro elemento, un nuevo actor psíquico” (Freud, 1973, 11). Con ello, Freud no pretendía limitarse a una visión estrictamente patológica, sino que además lo usó para definir un estadio primario del desarrollo sexual infantil.

Aunque el narcisismo ha experimentado diferentes etapas de significaciones, según el diccionario de Psicoanálisis (Laplanche y Pontalis, 1996), se define como “amor a la imagen de sí mismo”. Sin embargo Freud hace la diferencia entre dos clases o estadios del narcisismo, el primario y el secundario.

El secundario, es un narcisismo abierto a la posibilidad de lo social, ya que “designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de su catexis objetales” (Caruso, 1979, 47), crece de un modo normal con la maduración del ser social humano, y contiene una positividad de valor, que es el soporte de una auténtica autoestima.

El narcisismo primario por su parte es un amor básico al propio yo, es decir; “designa un estado precoz en el que el niño carga toda su libido (esfuerzo pulsional amoroso) sobre sí mismo” (Caruso, 1979, 47). Se produce en la primera infancia, desde el nacimiento, aproximadamente

hasta los cinco años de edad. Es un narcisismo sano, que se torna insano cuando no se desarrolla, y frena el paso a la etapa secundaria del narcisismo (amor secundario), quedándose el individuo atascado en su amor primario, primitivo. Este estado primitivo es de alguna forma descrito por Levi-Strauss en el siguiente párrafo de su célebre *Estructuras Elementales del Parentesco*:

No obstante, el reflejo del clima ardiente en el que florecieron el pensamiento simbólico y la vida social que constituye su forma colectiva caldea aún nuestro pensamiento. Hasta hoy la humanidad soñó con captar y fijar ese instante fugitivo en el que fue permitido creer que se podía engañar la ley del intercambio, ganar sin perder, gozar sin compartir. En los dos extremos del mundo, en los dos extremos del tiempo, el mito sumerio de la edad de oro y el mito andamán de la vida futura se contestan: uno, al situar el fin de la felicidad primitiva en el momento en que la confusión de las lenguas transformó las palabras en cosa de todos; el otro, al describir la beatitud del más allá como un cielo en el que las mujeres ya no se cambiarán; es decir, arrojando, en un futuro o en un pasado igualmente inalcanzables; la dulzura, por siempre negada al hombre social, de un mundo en el que se podría vivir entre sí (Levi-Strauss, 1969, 575).

Hoy en día, en el área psiquiátrica se distingue además una enfermedad mental que implica un narcisismo patológico (*Trastorno Narcisista de la Personalidad*), se caracteriza por una baja autoestima, que a su vez va acompañada de una sobrevaloración exagerada de la importancia propia, y un deseo por ser admirado por el entorno del individuo que padece esta patología mental (López-Ibor y Valdés, 2002).

En nuestro motivo de investigación, la socialización del varón, todo podría partir de un narcisismo primario, que no evoluciona y madura hacia los demás. Un narcisismo primario que cierra la posibilidad de lo social y se estanca a medida que avanza el desafío del ser que está en el desarrollo de su experiencia social, estancamiento que va a reflejar un negativismo del ser y por lo tanto una negatividad del autoestima o complejo de inferioridad. Suele focalizarse de un modo compulsivamente perceptivo en la madre, ya que en este estadio (narcisismo primario), “no

es el yo todavía inexistente el que está verdaderamente investido con la pulsión amorosa, sino más bien esa unidad dual de madre/hijo” (Caruso, 1979, 52).

Otra compulsión que estanca también al individuo en su narcisismo primario consiste no solo en una veneración de toda la familia por la madre, sobre todo y es determinante la autoadoración o egolatría de la madre hacia ella misma, como ocurre en la cultura matrisocial, “a expensas del varón es que se produce un exceso de maternalidad, que va a indicar tanto la egolatría materna como el maternalismo inicial, en que se estaciona la estructura familiar” (Hurtado, 1998, 225).

Explica Caruso que el narcisismo primario en sí, *no es egoísmo ni amor propio*, pues “significa un amor a la diada y por la diada, o sea un amor a un estado todavía no individual” (Caruso, 1979, 52), por lo tanto podría ser “ya un amor microsociedad que indiscutiblemente contiene también las raíces de la propia estimación” (Caruso, 1979, 52). Freud lo retrae al autoerotismo (Laplanche y Pontalis, 1996) como estado previo al narcisismo propiamente. Tanto así que Freud concibe el autoerotismo sin la consistencia enunciativa del yo: “en el individuo no existe en un principio, una unidad comparable al yo, (que) es absolutamente necesaria” (Freud, 1973, 11), solo una energía no sexual de los instintos del yo.

El narcisismo en este ámbito primario (si no se desarrolla) resulta tener dificultades con la elaboración de relaciones sociales, porque el problema es que al ser compartido por toda una cultura se convierte a su vez en una acción colectiva. El colectivo que porta la cultura es el que lo hace concretamente existente en la práctica, en la vida. En esta circunstancia es posible prefigurar una nueva pretensión conceptual a partir de imaginar la realidad sociológica de un narcisismo colectivo, de

modo similar a como hace Devereux (1973) con el inconsciente colectivo que acuñó Jung arquetipalmente.

Según lo propuesto, si el narcisismo en una cultura se presenta de forma persistente en un origen simbólico materno, y la misma figura de la madre como actor social narcisista lo descarga reteniendolo en la relación madre-hijo, podremos trabajar bajo el supuesto de una carga simbólica narcisista sobre cualquier problema que se puede focalizar en la psicodinamia estructural de la familia.

Un problema como es la socialización del varón sociológicamente se torna un problema de mayor envergadura si se coloca en los marcos de una cultura como la matrisocial, que genera una anormalidad o dificultad para que el individuo construya sus relaciones sociales. La particularidad socializadora muestra ya en un nivel pre-consciente, compulsiones que tienen repercusión en todo el ámbito social.

Partimos de la hipótesis de la existencia de un punto intermedio en que se producen los significados colectivos y que se encuentran entre lo psíquico y lo social, entre las compulsiones píquicas y las preocupaciones sociales. Dicho punto intermedio se encuentra en la cultura, ámbito en el que nos proponemos entender y solucionar el problema que plantea el concepto de *Narcisismo Social*.

En la cultura matrisocial, la producción de significados socializadores se sensibilizará y se hará visible especialmente en la madre, que vivirá el dilema de cómo hacer que su hijo adolescente llegue a ser un hombre, preocupación que atraviesa el modo de ser de la cultura en todas las sociedades (Gilmore, 1994).

En la matrisocialidad la madre se encuentra con que al varón al llegar a su adolescencia debe sacarlo del ámbito femenino como es el símbolo de la casa, para que se encamine al ámbito masculino con su símbolo de la calle. En este objetivo de endurecer al hijo como varón pudiera perderlo como hijo, en los objetivos de otra mujer.

Esta condición cultural que parece patológica (Vethencourt, 1974), afecta todo el tejido de las relaciones sociales, por eso el pre-concepto del narcisismo colectivo, puede funcionar como un mito, que se hace realidad, se sociologiza a medida que va siendo internalizado y puesto en práctica por los individuos a los que se enseña y los cuales aprenden la cultura venezolana. Devereux nos coloca de frente de la actividad de los mitos:

En los materiales culturales, están, por ejemplo, los mitos, que también constituyen, desde ciertos puntos de vista, medios de defensa, pues proporcionan una especie de "cámara fría" impersonal en la que los fantasmas individuales, suscitados por los conflictos interiores pueden ser "depositados". Estos fantasmas están demasiado cargados de afecto para ser reprimidos, pero son demasiado ego-distónicos para ser reconocidos como subjetivos; es decir, como pertenecientes a sí mismos. (Devereux, 1971, 35)

En toda cultura que porte el rasgo narcisista sin evolucionar, el individuo parece estar retenido en la fase adolescente, donde existe una desobediencia caprichosa, incluso, éste se ve envuelto en regresiones psicosociales. El narcisismo se encuentra cubriendo toda la cultura cuya influencia moldea y condiciona de alguna forma las personalidades, impulsandolas hacia un narcisismo primario, que tendrá gran impacto en toda su vida social. "Freud creía que las masas siempre corren el peligro de regresar a fases anteriores, en las que al mismo tiempo ansían el consuelo de una persona más fuerte y se irritan contra la misma fuerza que tanto desean" (Sennett, 1982, 114).

Todos tenemos una especie de narcisismo en el más bajo nivel. Lo normal es que las personas muestren y sientan afecto a sí mismos. Se puede catalogar en este contexto como un rasgo benéfico al contribuir con la percepción individual de la persona y sus relaciones satisfactorias con los demás. Dicho de otra manera, y si se quiere más romántica “todos arrastramos algún vestigio de amor narcisista, y aún veremos que esto es necesario, porque el amor para poder evolucionar y volverse altruismo, ternura y solidaridad, necesita tener primero una base firme, que es el llamado narcisismo” (Caruso, 1979, 10).

Sin embargo, el narcisismo como tal puede llegar a alcanzar la línea entre lo normal y lo patológico cuando los sentimientos y comportamientos generales afectan la convivencia social. En esta orientación el narcisismo implica una negatividad y por lo tanto insensibilidad, egoísmo, que lógicamente perjudica toda relación social. Laplantine señala que es en el inconsciente étnico en donde “se elaboran pues, las tensiones y los conflictos específicos de una sociedad y también la manera específica y totalmente previsible de reaccionar frente a dichas tensiones y de resolver tales conflictos” (Laplantine, 1979, 61)

La socialización del varón en el panorama narcisista, no parece positivamente favorecida, y el proceso de hacerse hombre se torna culturalmente difícil (Gilmore, 1994). Las actitudes maternas hacia el varón son sumamente infantiles y consentidoras hasta ya entrada la adolescencia y más allá, por ejemplo el acto de besarlo en las mejillas³ en cualquier entorno. Esto conlleva (obliga) al hombre a rechazar de alguna manera lo femenino, y en su afán de huir de ese mundo femenino en el que ha sido criado, tiende a sobreactuar su masculinidad en la orientación del macho.

El machismo parece ser originado en principio por la mujer (la madre), en la medida en que la madre proyecta y deposita una sobredosis de su libido femenina en el varón como recipiente, diríamos. Va a ser un machismo que muestra su polo opuesto del matricentrismo, y al mismo tiempo no dejará desarrollar con equilibrio las vivencias sociales del varón y sus desempeños en las diferentes posiciones, que a lo largo de su vida como ser social deberá jugar como: esposo, padre e hijo.

Esto puede ser reflejo del narcisismo primario que se cree, es internalizado desde la instalación del aparato psíquico en sus primeros años de vida. Así, “las sociedades se perpetúan enseñando a los individuos de cada generación los modelos culturales correspondientes a las posiciones que se supone ocuparán” (Linton en Bastide, 1971, 137).

El balance del problema del narcisismo puede realizarse en el supuesto tránsito del narcisismo primario al secundario, proceso en el que se plantea la maduración posible (y la solución, por lo tanto), del Complejo de Edipo. Entendemos la solución de este complejo en los términos de Laplantine (1979), es decir; en la autonomía del individuo, que nosotros diferenciamos en autonomía psíquica (1º Edipo) y en autonomía cultural (2º Edipo). En la cultura patriarcal como la manejada por Freud, Sennett, al explicar algunas consideraciones del Complejo de Edipo, comenta que el muchacho que imagina Freud quiere ocupar el lugar de su padre, pero sin perder el amor de éste, y que “en fases posteriores, los adolescentes se divorcian de la obediencia a sus padres, pero sin embargo quieren que estos se ocupen de ellos cuando quiera que lo necesiten” (Sennett, 1982, 30).

Freud, continúa Sennett “esperaba que un adulto llegara a reconocer tanto la fuerza como los límites de sus padres, pero viese la fuerza en sus propios términos, como una fuerza que les pertenecía a

ellos y lo hacía a él, pero ya no es parte de la suya propia".(Sennett, 1982 30).

Si la identificación del niño pequeño con su padre (que lo lleva a ser masculino) le permite en su juventud comprometerse en relaciones sexuales con mujeres (se vuelve heterosexual), es la realización normal del Complejo de Edipo; percibimos que en la cultura matrisocial el Edipo no logra desarrollarse de forma normal y mucho menos completa, puesto que la relación madre-hijo desconfigura la paternidad en términos etnopsiquiátricos, es decir, la elimina del panorama familiar en un sentido simbólico, por lo que "el montaje psíquico se lleva a cabo sin "el trauma del nacimiento, que debiera ser provocado por el padre" (Rank en Hurtado, 1999, 79). Freud observa que el proceso narcisista y la consideración del mismo está cruzado por una homosexualidad no resuelta, hasta tanto no tenga el yo su propio despegue hacia el mundo objetivo (Freud, 1973, 22), y ello esta unido a un desencadenamiento paranoico, de que la realidad exterior lo persigue (Freud, 1973, 30-31).

El padre puede estar allí, presente en la realidad familiar, pero no parece tener importancia en la configuración psíquica de su hijo como base para su educación futura. Bleichmar (1981) al referirse al problema del narcisismo en la etapa preedípica expresa que "el yo en el narcisismo, esta compuesto por un conjunto de imágenes investidas que circulan en derredor de una falta; se trata de un montaje en torno a un agujero. Este agujero real representa la causa del montaje del narcisismo, y las imágenes investidas permiten soportar a esta abertura" (Bleichmar, 1977, 84). El colectivo venezolano, psíquicamente resentirá la falta de un padre, aunque muchas veces éste comience a tener una presencia más cercana en la vida del hijo varón en la adolescencia, tiempo de instalación del aparato cultural, pero con estatus de un compañero, un amigo, un par o igual.

La figura del padre, es desde siempre de gran importancia. Ya explicaba Caruso, “que la primera apertura de la díada madre/hijo por lo general está en relación con el sexo masculino, de allí parte su importancia como tercer interlocutor” (Caruso, 1979, 66), representando el sexo masculino, ya que el bebé independientemente de su sexo, no se ve a sí mismo sino a la díada que al ser constituida por él y su madre, solo tiene referencia a un sexo, el femenino. Esto es lógico puesto que “la unidad de existencia personal; no es el individuo sino dos personas en relación interpersonal; y que no somos personas por derecho individual sino en virtud de nuestra relación con otros” (McMurray, 1974, 70).

A propósito de la relación madre-hijo, Kardiner expresa lo siguiente cuando habla de las fuerzas que mantienen unida a la sociedad: “esas fuerzas son básicamente las mismas que hacen de la madre y el niño la primera unidad social, pero su carácter y manifestaciones cambian según crecen los recursos del individuo” (Kardiner, 1975, 30).

Al final de la cita Kardiner manifiesta que la relación madre-hijo presenta carácter y manifestación que van a cambiar en algún momento a medida que el individuo crece, es decir; crecen sus recursos psíquicos y culturales.

Si la figura paterna no ejerce un peso psíquico en la crianza del hijo, no se internaliza, suficientemente la realidad de un mundo objetivo. Por lo tanto se dificulta la transición del niño de un estado primitivo, en donde opera un narcisismo primario, dominado por el *Ello*⁴, y con esto se dificulta el principal propósito, consistente en reducir las tensiones creadas por las pulsiones más primitivas del hombre, tales como la alimentación, los instintos sexuales, algunas formas de agresión entre otros impulsos irracionales.

Cabe destacar que Freud propuso al comienzo de su teoría psicoanalítica dos principios que orientan el funcionamiento del aparato psíquico, el principio del placer, que se encuentra en el individuo desde el mismo momento en que nace, siendo la principal característica del narcisismo primario del individuo, en el que es dominado por la instancia psíquica del *Ello* (Freud, 1973a, 2507-2508).

Al principio del placer (primario) debe suceder el principio de realidad que viene a lograr el aplazamiento de la satisfacción del placer. Su objetivo es movilizar la libido del yo narcisista al mundo exterior; por lo tanto también viene a formar parte del yo del individuo (Freud, 1973, 2534). Esta es la instancia psíquica encargada de dirigir la satisfacción de las demandas del *Ello* de una manera menos rápida (como exige el *Ello*) y más apropiada y realista con el mundo exterior (la sociedad), y por ende viene a constituir un estado evolucionado del individuo que permite el establecimiento positivo de las diferentes relaciones sociales.

A este proceso psíquico secundario lo reviste Bastide desde la cultura con el fenómeno y así mismo con el concepto de endoculturación; que “consiste en la provisión de técnicas institucionalizadas para las respuestas que deben darse a tal necesidad primaria de manera que su satisfacción se cumpla según los modelos culturales, así como en crear satisfacciones secundarias, todo ello a través de un proceso de gratificaciones y castigos alternados (Bastide, 1971, 140).

Es preciso aclarar que si bien el principio que rige toda la actividad mental así como la búsqueda de satisfacción de las necesidades desde el nacimiento es el principio del placer, el principio de realidad que viene a constituir una forma más adecuada y menos primitiva de satisfacer las necesidades, no suprime nunca el primer principio, es decir, el principio del placer sigue gobernando en el inconsciente del individuo, pero en la

realidad, en las acciones, es el principio de realidad el que ejecuta la satisfacción de las necesidades (Freud, 1973^a, 2509). Esto supone construir en sí un ideal. Construcción de un ideal que pertenece al yo, haciendo de este un yo ideal.

“A este yo ideal se consagra el amor ególatra de que en la niñez era objeto del yo verdadero. El narcisismo aparece desplazado sobre este nuevo yo ideal, adornado, como el infantil, con todas las imperfecciones, Como siempre en el terreno de la libido, el hombre se muestra aquí, una vez más, de renunciar a una satisfacción ya gozada alguna vez. No quiere renunciar a la imperfección de su niñez, y ya que no pudo mantenerlas ante las enseñanzas recibidas durante su desarrollo y ante el despertar de su propio juicio, intenta conquistarla de nuevo bajo la forma del yo ideal. Aquella que proyecta ante sí como su ideal es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él mismo su propio ideal” (Freud, 1973, 28-29).

A las necesidades que se desean satisfacer Freud les da el nombre de pulsiones, que corresponden también a un impulso provocado por una situación de tensión y excitación corporal, por lo tanto pueden ubicarse entre un nivel somático y psíquico. Estas a su vez pueden proceder de diferentes fuentes y manifestarse de dos maneras: Pulsión de vida y Pulsión de muerte.

Las pulsiones de vida que también son llamadas *Eros*⁵, son aquellas que abarcan dos pulsiones principales: sexuales y de autoconservación, y son representadas bajo el principio del placer. Sin embargo, éstas progresivamente se van desarrollando hasta alcanzar un pleno reconocimiento del dominio del principio de realidad, aunque en el caso de las pulsiones sexuales no sucede propiamente así, siendo siempre dominio predominantemente del principio del placer; ya que si bien pueden evolucionar y educarse (por decirlo de alguna manera), sus representaciones son siempre organizadas en la fantasía y su realización alucinatorias, por lo tanto existen sobre todo en el inconsciente. Se ubica aquí el origen y la posible explicación de los deseos reprimidos.

Las pulsiones de autoconservación por su parte están constituidas por impulsos tan básicos como la tendencia natural a satisfacer el hambre y la sed. Este tipo de pulsiones resultan más fáciles de adaptarse a las exigencias del principio de realidad, ajustándose a éste de manera casi inmediata, desde el momento en que el aparato psíquico comienza a evolucionar. Por tanto, el principio de realidad, junto a sus pulsiones constituye una parte esencial de la asimilación cultural del ser en formación. La teoría del aprendizaje social da cuenta de la realización de este proceso.

La teoría del aprendizaje se apoya en el hecho de que el niño tiene necesidades -de alimentación, de seguridad, de locomoción, etc.-, pero cada una de ellas se puede satisfacer de diferentes modos, según cada cultura. La educación consistirá en crear reflejos condicionados que vinculen con cierto comportamiento cultural la satisfacción de cada una de esas necesidades” (Bastide, 1971, 140).

En lo relativo a la pulsión de muerte, debe señalarse primero que Freud en 1920, es decir; al inicio del desarrollo de su teoría sobre la estructura psíquica humana, consideró solo dos principios: el principio del placer y el principio de la realidad (Freud, 1973a, 2509). Este método le lleva a distinguir doble ubicación de la libido según sean los instintos de vida o sean los instintos de muerte, y esto le permitirá frente al monismo de Jung (igual la libido consiste en una fuerza instintiva), desplegar la libido del yo narcisista hacia la realidad exterior y curar al sujeto (Freud, 1973a, 2535).

Luego, tras la observación de ciertas conductas que prácticamente violaban el principio del placer, desarrolló lo que se ha llamado el principio de nirvana, que corresponde a la pulsión de muerte (o *thanatos*⁶) que no es más que “la tendencia dominante de la vida psíquica, y quizá de la vida nerviosa en general, es el esfuerzo por reducir, mantener constante o

suprimir la tensión interna producida por los estímulos.” (Freud en Green, 1970, 21).

Freud (1973a) explicó y definió el funcionamiento de este tercer principio en su obra “Más allá del placer”, que escribió en 1920, efectuando algunas consideraciones sobre su teoría antes expuesta, debido a que su experiencia con ciertas personas lo llevó a percatarse de cierta tendencia a la repetición de algunas situaciones traumáticas del individuo, “vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer, que tampoco en aquel momento pudieron ser satisfacciones, ni siquiera las emociones pulsionales reprimidas desde entonces” (Freud, 1995, 56).

Comenzó a preguntarse qué causaba aquel comportamiento que producía (y reproducía) dolor y sufrimiento (displacer) al individuo, si supuestamente el mayor deseo de éste consiste en la descarga de la tensión provocada por el deseo de satisfacer sus necesidades (búsqueda del placer).

Pues bien, esta tendencia a repetir eventos traumáticos hizo pensar a Freud que el individuo buscaba balancear la actividad relacionada con el placer. Por lo tanto las pulsiones de muerte se contraponen a las pulsiones de vida. Y si ésta (pulsión de vida) es comparada a menudo con *Eros* (dios del amor de la mitología griega), representa pues unión y cohesión, entonces la pulsión de muerte representa una tendencia a la separación y destrucción.

Para solucionar esta dualidad de la doble pulsión, de vida y de muerte, y sus problemáticas propias, Freud acude al modelo de las tres instancias, *Ello*, *Yo* y *Superyó*⁷ en que divide la estructura psíquica. El *Yo* y el *Super yo* son formadas a partir de la interacción con el medio social

(otras personas aparte de la madre) y la depuración del Complejo de Edipo. Solo el *Ello* sería parte del sujeto desde su nacimiento, dictando todas sus acciones. Mientras que tanto el *Yo* como el *Super yo*, solo estarían presentes en una etapa más desarrollada del individuo, al obtener al menos un mínimo contacto con la realidad (en el caso del *Yo*), y en la que debido a las reprimendas de los padres en torno a las actuaciones infantiles y la posterior internalización⁸ de ambas figuras paternas, logra superar la fase inicial del narcisismo primario en el que Freud distinguió un *yo ideal* que luego vendría a ser superado por el *Ideal del yo*⁹, en la medida de la maduración del individuo. Superado, sin embargo, el *yo ideal* se resiste a desaparecer proyectándose hacia las ideologías.

El narcisismo primario, que entre otras cosas permite la identificación primera con la madre, genera el *yo ideal*, sin que el *yo* salga de su etapa primitiva. El *Yo* del narcisismo primario posee una energía psíquica que Freud llamó libido y que hemos mencionado ya con anterioridad, es en un principio es autodirigida, es decir se descarga sobre sí mismo. Esta energía psíquica luego se descargará sobre los objetos transformando el narcisismo primario en uno más evolucionado que es el narcisismo secundario. Freud describe el proceso pormenorizadamente:

“La evolución del *yo* consiste en un alejamiento del narcisismo primario y crea una intensa tendencia a conquistarlo de nuevo. Este alejamiento sucede por medio del desplazamiento de la libido sobre un *yo ideal* impuesto desde el exterior, y la satisfacción es proporcionada por el cumplimiento de este ideal.

Simultáneamente ha destacado el *yo* de las cargas libidinosas de objeto. Se ha empobrecido a favor de estas cargas, así como el *yo ideal*, y se enriquece de nuevo por las satisfacciones logradas en los objetos y por el cumplimiento del ideal” (Freud, 1973, 35).

Este paso de un estado primario a otro de mayor desarrollo solo se da mediante la apertura ejercida por la figura del padre en el entorno familiar. El niño choca con la realidad puesta de manifiesto a través de

este tercer sujeto que antes no había aparecido en el escenario inicial y se ve obligado a dirigir su energía libidinal hacia otros objetos.

“El estímulo para la formación del yo ideal, cuya vigilancia está encomendada a la conciencia, tuvo su punto de partida en la influencia crítica ejercida, de viva voz, por los padres, a los cuales se agregan luego los educadores, los profesores y, por último, toda la multitud innumerable de las personas del medio social correspondiente. (Los contemporáneos, la opinión pública)” (Freud, 1973, 30-31).

Lo que hace que el niño abandone este estado en el que procura solo satisfacer sus necesidades más básicas, es el encuentro con la negación, y el rechazo de algunos comportamientos por parte de los padres, es decir, el niño pasa del estado narcisista primario al secundario a través de la experiencia de la decepción que le devela el principio de realidad (Freud, 1973a, 2509). Busca entonces otra forma de satisfacer las necesidades pero de una manera acorde y apegada a la realidad con la que se topa muchas veces de una manera traumática, pero superable.

El complejo de castración representa una de estas maneras “traumáticas” con las que el niño tropieza, una vez que cae en cuenta de que sus necesidades deben ser satisfechas por otros medios (por los suyos). El complejo de castración que no es más que el temor inconciente a la pérdida del falo (pene) en manos de la figura paterna, en el caso de los varones, y a la comprobación de que ha perdido ya el falo (pene) y culpa a la madre en el caso de las mujeres, da fin al Complejo de Edipo en los niños y da inicio de este mismo complejo en las niñas. En el complejo de castración los instintos libidinosos y los instintos del yo “actúan en el mismo sentido e inseparablemente mezclados, como intereses narcisistas. De esta totalidad ha extraído A. Adler su <<protesta masculina>>” (Freud, 1973, 27).

Es cierto que los estados que van precediendo al estado final del desarrollo normal humano (la adultez), no son fácilmente abandonados y de alguna forma nunca terminan de desaparecer en el individuo, pues “en la continuación de un proceso siempre quedan vestigios de su comienzo” (Caruso, 1979, 34), por lo que Freud llamó *regresión* a las circunstancias en las que esos estados infantiles se presentan en la vida adulta.

Si la psique colectiva de un conjunto social, actúa mayoritariamente bajo el principio del placer, y no bajo el principio de realidad que es la encargada de contrarrestar al primero, mediante caminos distintos de satisfacción (más acordes a las exigencias y reglas sociales), nos encontramos con una sociedad orientada por los instintos de muerte en donde las relaciones en el ámbito social resultan ambiguas y enmarcadas sobre todo en representaciones de tendencia pre-social que mostrarían señales significativamente narcisistas, propensas a cerrar el colectivo sobre sí mismo, como apunta Levi-Strauss (1970, 575).

Es posible que la psique del colectivo social, pueda padecer de un super yo neurótico, tal como lo refiere Kardiner, “muestra la persistencia de los modos infantiles de percepción y de establecimiento de relaciones con los demás modos que, sin embargo, permanecen inconsciente” (Kardiner, 1945, 88), y por lo tanto; “el súper-ego neurótico muestra un apego extraordinario a los valores infantiles asociados con el establecimiento de disciplinas” (Kardiner, 1945, 89). Según esto, estaríamos hablando de un estancamiento del desarrollo psíquico, aunque también es posible un tipo de regresión narcisística; es decir, a partir del narcisismo secundario, se pueden originar varias patologías mentales que Freud designó como “neurosis narcisita” o “narcisismo esquizofrénico” (Freud, 1973).

Si pretendemos validar estos modelos en el análisis de la cultura y la sociedad, es necesario establecer la solución del problema planteado en la introducción, y después explicarlo analíticamente para justificar su solución científica, así como su capacidad de rendimiento en el conocimiento como resultado. Como hay autores que según su objetivo de estudio, pasan rápidamente a observar patologías sociales, como Laplantine (1979, 175), pero otros son reacios a catalogar en lo que parece lo social en sus apariencias como Vethencourt (1974), nosotros preferimos atenernos a que se acepte el significado patológico en los usos de los términos y conceptos como plantea Levi-Strauss (1971), y que acepta Hurtado (2005) como visión optimista en etnología frente al pesimismo psicoanalítico.

El asunto de la socialización en la cultura matrisocial contiene una polarización que se acoge a un complejo cultural. La socialización indica un proceso que apunta a las formaciones de sujetos sociales, es decir, aptos para desarrollarse y desarrollar relaciones sociales en la realidad extragrupo familiar; pero las herramientas culturales no trabajan lo social, sino que se estancan y aún retroceden a nivel mismo cultural en su realidad intragrupal como es la dinámica estructural de la familia. En breve, se tiene un ser cultural de carácter narcisista, pero el deber ser social de carácter trascendente se obtiene de un modo no desarrollado, cuando no regresivo.

Para conseguir un sentido explicativo que justifique el entendimiento y comprensión de la socialización matrisocial proponemos el modelo conceptual del *Narcisismo Social*. Un concepto cuya formulación contiene una lógica metafórica. Como la metáfora literaria, reúne la solución del problema en la coexistencia de los términos contradictorios con que se formula su existencia conceptual. Coexiste un narcisismo (primario) en choque con la lógica propia de lo social (realidad

objetiva que apunta a la apertura y al intercambio entre los individuos y las sociedades). La figura que identifica la familia, y que al mismo tiempo es por su rol sociofamiliar y por su símbolo de emotividad, resulta ser la madre. Termina por recaer en esta figura el peso de la investigación, siendo el hijo varón el objeto de la madre socializadora. Vethencourt (1974) ilumina el planteamiento epistémico de la proposición del *Narcisismo Social*, cuando el modelo que utiliza es el del matricentrismo-machismo, es decir, la madre como círculo central que hace contrapunto con el hijo producido como polo secundario. Como una figura anti-social; tal es la figura del macho (Lacan, 1977). Y sin embargo, la idea o pretensión es obtener figuras sociales en la lógica de la socialización autónoma con relación a la cultura y al familismo.

Por consiguiente, la formulación del *Narcisismo Social*, contiene las características de una metáfora, cuyo objetivo es solucionar, explicar como concepto si se trata de una metáfora conceptual, las contradicciones, malestares y ambigüedades en que están montadas las relaciones sociales. Lo que no se puede concordar en la realidad, la metáfora lo compagina al colocar los sentidos de las palabras, en su formulación lo hace pretendiendo crear realidad, si es literaria, o explicarla si es científica, es decir, la existencia que discurre con esas realidades contradictorias.

El problema es que aún en la explicación, los términos incluso en su contradicción cooperan uno con otro para crear un significado nuevo que se refiere exactamente a la explicación buscada y pretendida. La jerarquía de la relación entre uno y otro término es diferente. De este modo, la palabra *marco* es lo *social*, que cumple funciones de ampliación del sentido de la palabra *focal* (Sennett, 1982), que es a su vez el *narcisismo*.

Lo que no puede hacer el narcisismo por sí solo, es decir, tener una apertura al otro y realizarse, aunque sea en la fantasía, lo lleva a cabo merced de la cooperación con la palabra *marco* que le colocamos a su alrededor, como decir, en su ayuda. Se soluciona así, la posibilidad irreal, que se hace real, de que el narcisismo alguna vez sea social.

A su vez, lo *social* como palabra marco se ve afectada por un foco de sentido extraño que no logra solucionarse en la realidad conceptual por sí solo. Es más, el *narcisismo* que se le puede colocar lo descatectiza, lo desaloja de su propio centro de sentido, lo destruye como tal. Pero construido como insumo de la metáfora, puede sobrevivir de alguna forma, y aún tener un esplendor de sentido aunque sea unilateral. Así, podemos decir que aunque el venezolano atenta contra todo lo que sea ley, orden, autoridad, aún lo básico de la vida social, en una palabra es *antisocialitario*, aunque sea sumamente sociable en su vida de relaciones cotidianas.

En breve, el *Narcisismo Social* se refiere a una metáfora conceptual, ideada para explicar la problemática de las relaciones sociales en Venezuela. En cuyo origen de sentido encontramos a la cultura matrisocial, y por supuesto, la explicación de cómo se llevan a cabo las pautas de crianza de un varón adolescente, mediante la cuál se le convierte a dicho ser, en un ser (de cultura) venezolano.

CAPITULO 2

Patrones de Crianza y Familia en Venezuela

A. La Ocasión de la Crianza de un Hijo

La palabra *crianza* designa *cuidado, aprendizaje, enseñanza, educación*. Más allá de esto encierra un significado esencial como concepto específico; es el proceso de elaboración del ser social. Es necesario aclarar que cada época, cada sociedad, cada grupo cultural tiende a organizar de una manera particular el proceso de incorporación del niño a la sociedad, ofreciendo diferentes experiencias y contextos de desarrollo. Según sus particularidades, las maneras o formas con sus contextos de elaboración de los individuos como seres sociales para ser contados dentro de un colectivo social, identifican los patrones de crianza.

Aunque todo niño y adolescente nacen dentro de un grupo social organizado, con su contexto familiar, todavía se le transmitirá todas las enseñanzas y prescripciones culturales y sociales, particulares de la sociedad. No es suficiente nacer, se necesita reelaborar el ser infantil o el ser adolescente para troquelarlo según las formas y contenidos psíquicos y culturales. En este sentido, el nacimiento de un individuo se muestra como la presentación de un insumo para incorporarlo a un colectivo sociocultural.

Tal elaboración social, dicha coloquialmente, educación, se imparte en un primer grupo, el hogar que habita una familia. Allí habrá que contar con varios factores como la estabilidad de la pareja, equilibrio psicológico de los padres, y finalmente, el método de crianza usado en cada familia. Todos estos factores contribuyen con la formación de la personalidad del niño y por ende del joven, *por modelamiento o por imitación* (Albornoz, 1990).

El proceso de la crianza generalmente se realiza según los ritmos de la vida cotidiana orientada por los ciclos de tarea de sobrevivencia. No se dirige por pautas formales y enumeradas para cada momento del desarrollo infantil. Sin embargo, en cada cultura se siguen patrones más o menos definidos de manera consciente o inconsciente que termina por moldear la manera particular de la crianza de los humanos en una determinada sociedad. Así “los padres y otras personas conocidas de referencia educan al niño, desde que abre los ojos por primera vez, de acuerdo con la idea que ellos tienen de la educación; solo que esta no es racional” (Caruso, 1979, 110).

Mediante los patrones de crianza, se orienta el comportamiento del infante desde su nacimiento hasta su adultez. La influencia principal en la educación la ejercen los padres, conductores fundamentales de la información transmitida al niño y adolescente de diversas maneras. Para que el desarrollo emocional, social y cultural de los niños y adolescentes sea adecuado, es necesario que éstos se desenvuelvan en un ambiente familiar seguro, donde sus padres les concedan apoyo necesario en momentos claves de su vida y les manifiesten suficiente amor y cariño, en su justa medida.

Para que el proceso tenga firmeza es necesario crear en la mentalidad infantil una representación positiva y correcta por parte de

quienes cuidan de ellos. Pues “la verdadera importancia de las pautas para el cuidado y enseñanza de los niños estriba en los efectos que tienen sobre los más profundos estratos de la personalidad de los individuos criados según ellos” (Linton, 1945, 144)

Las relaciones que mantengan al niño y al adolescente en una disposición adecuada, y la forma en que dichas relaciones se llevan a cabo, afecta de forma directa los procesos de desarrollo psíquico y cultural. El método de crianza “es el mayor factor categórico que determina la personalidad de un individuo, y es definido como el conjunto de esquemas de acción, semejantes entre sí, que se repiten en el tiempo, en familias diferentes y constituyen un rasgo cultural” (Regagno, 1982, 34) y la formación de su personalidad. Las pautas de crianza establecen patrones de comportamientos que acompañan al individuo a largo de su vida, lo moldean, lo construyen mental y culturalmente.

La importancia del proceso de la crianza y su feliz culminación radica en el aporte que cada individuo da en el intercambio social, para la persistencia y funcionalidad de la sociedad, “pues la sobrevivencia de una sociedad depende del entrenamiento apropiado a cada generación” (Franco y Ochoa, 1995, 35). De esta manera, queda establecido que los patrones de crianza, son el medio por el cuál se socializa a los hijos.

Pensamos que para comprender, y demostrar la metáfora conceptual construida y denominada como *Narcisismo Social*, es necesario realizar un esfuerzo por descifrar la lógica de los patrones de crianza en la familia venezolana. Solo así podremos comprender el proceso de la socialización del varón adolescente que constituye nuestro tema o motivo de investigación. Por consiguiente, el escenario principal del cuál nos vamos a valer para desarrollar la descripción analítica no puede ser otro que los patrones de crianza.

Debido a que nuestra investigación se centra en descubrir y comprender el sentido y significado de una acción del colectivo social, como es la crianza en la edad adolescente y bajo la operatividad del concepto que hemos construido a priori, el *Narcisismo Social*, utilizaremos un enfoque cualitativo que nos permita descifrar aproximadamente el problema. A su vez, los patrones de crianza, por los que se identifica el proceso de socialización, mostrarán las características que los analizan, y con ellos metodológicamente llevar a cabo “mediante la prueba de alguna hipótesis [la formulada en el *Narcisismo Social*], encontrar relaciones entre variables que nos permitan conocer porqué y cómo se producen los fenómenos en estudio” (Sabino, 2007, 70).

Finalmente, la familia, como escenario fundamental de la formación del niño y primer entorno de la socialización, será el universo que enmarcará nuestra investigación.

B. Entorno Principal de la Crianza: La Familia

Resaltamos una vez más que los patrones de crianza, así como la personalidad, los valores y las motivaciones sociales van evolucionando precisamente en el núcleo familiar como uno de los sitios más importantes de la organización social. Por esta razón será la familia un elemento categórico o universo de análisis que obligatoriamente debemos describir y analizar en la presente investigación, debido a que los padres (la madre), resultan ser los primeros conductores de la educación de sus hijos. Aquellos son los que se encuentran en el sitio más ponderado desde donde se imparte la formación psíquica, moral y social.

Una vez establecido el proceso mediante el cuál el ser humano se socializa, es decir; adquiere todos los códigos y reglas necesarias para vivir en sociedad, y comienza a desarrollarse en la institución social y

cultural más importante y decisiva que es la familia, podemos adentrarnos en la definición de este concepto clave en nuestra investigación.

Importa en primera instancia señalar que la familia es un concepto con muchos matices o variaciones conceptuales, sin embargo se destaca como primer pre-supuesto que es una estructura básica y como institución social, constituye un sistema y desempeña sus funciones a través de sus elementos conformantes. La influencia que ejerce el entorno familiar en la educación del individuo resulta ser también una plataforma básica para el ejercicio de la socialización, no solo porque los padres son figuras fundamentales y primeras sino también porque el contenido de las normas, valores y pautas de conducta que contribuyen en la formación moral y religiosa del hijo, tendrán también ese carácter de lugar básico.

En este sentido, nos parece bastante acertada la definición de Schrecker: "La familia es una organización de diversos individuos basada en un origen común y destinada a conservar y transmitir determinados rasgos, posiciones, actitudes, y pautas de vida físicas, mentales y morales" (Schrecker en Fromm, Horkheimer y Parsons, 1977, 277)

La palabra *familia*, proviene del término de origen latino *familia*, que significa, "grupo de siervos y esclavos patrimonio del jefe de la gens", y constituye el estrato bajo el grupo familiar (Engels, S/F). El término es a su vez un derivado de *famŭlus*, que denota "siervo, esclavo". Más adelante el término varió su significación al agregar a *famŭlus* el estrato de la esposa e hijos del jefe (pater-padre), y finalmente al jefe de familia como esposo y padre, es decir, al pater familia misma. Se configuró así la familia como una institución social total dentro de la organización (o estructura) social.

Esto con respecto a la etimología de la palabra, sin embargo, hoy en día realmente no existe un consenso para su definición, aunque según la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la familia “es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.”¹⁰

Por otro lado, en la definición del código civil queda definida la familia como el eje básico de la sociedad. Antropológicamente será Levi-Strauss en la perspectiva de su demostración estructuralista, el que defiende la universalidad de la familia, a partir de establecer una invarianza en la cultura del homo sapiens. Pero quienes han estudiado este concepto, se han encontrado con numerosas complicaciones, sobre todo al realizar estudios comparativos, pues las infinitas formas de familia que existen entre los diferentes pueblos, genera gran confusión y sobre todo grandes disputas cuando se trata de definir un término con el que todos nos sentimos vitalmente cercanos; por tratarse precisamente de una institución cuyas relaciones se constituyen por vivencias muy interactivas y diádicas de cada individuo social.

A lo largo de la historia, se ha dado a la familia, múltiples acepciones, estadios y orígenes, entre ellas, el clásico origen en la horda primitiva (Freud, 1999). También se han manejado otros estadios primitivos, como el matriarcado, patriarcado o la familia extendida y familia nuclear (Morgan, 1971; Engels, S/F).

Comencemos por los primeros intentos para dar definición al término en cuestión. Para el siglo XIX fué formulada una teoría que hasta nuestros días sigue vigente en ciertos sentidos, hablamos del *evolucionismo*, cuyo fundador, el naturalista inglés Charles Darwin, dió a conocer mediante su célebre obra *El origen de las especies* publicada en 1859.

Esta corriente tuvo una fuerte influencia en las ciencias naturales, entre ellas la paleontología. Las ciencias sociales no quedaron exentas de la influencia de semejante paradigma que hasta nuestros días sigue dando de qué hablar. Los antropólogos de la época comenzaron a manejar sus datos de manera tal que demostraran cierta cronología que definiera un período inicial temprano de la humanidad, representada por las formas de vida de los pueblos “primitivos”, mientras que la forma de organización e instituciones occidentales representaban una etapa más avanzada y desarrollada de la vida humana. En la historia de la antropología encontramos la corriente del evolucionismo que diseña las etapas del desarrollo de la familia en el texto clásico de Morgan (1971) y sobre el que Engels explica los orígenes de la familia y el estado (Engels, S/F)

La forma de familia básica para esta época (siglo XIX) en la sociedad occidental era el matrimonio monogámico, el cuál representaba el más valorado y distinguido estado de un ciudadano. Levi-Strauss (1975) lo expresa de esta forma: “toda costumbre diferente de las nuestras fue cuidadosamente seleccionada como vestigio de un tipo más antiguo de organización social” (Levi-Strauss, 1975, 365). De esta manera surgieron numerosas teorías sobre el origen y estadios primitivos de la institución familiar, que intentaban explicar su desarrollo histórico, ubicando la horda primitiva como el estadio más primitivo de la familia, pasando por el matrimonio en grupo y la promiscuidad (Mercier, 1969).

Lo cierto es que gracias al evolucionismo, se han originado las hipótesis y teorías sobre los diversos modos de organizaciones familiares y las diferentes clases de familia que se supone existieron o siguen existiendo.

Levi-Strauss (1975) parte de la idea del matrimonio para dar definición de lo que es (o debería ser) la familia, y de hecho, a partir de esta institución (el matrimonio), es que muchos autores y pensadores han elaborado sus conceptos sobre el término familia. Pero este antropólogo y etnólogo francés, insistía en la importancia del matrimonio para el establecimiento de una familia; de hecho, destaca que en muchas sociedades tribales los solteros son personas desdichadas y presentan una posición social sumamente repudiada. Esto se debe a que el valor de vivir en pareja radica en la subsistencia económica, ya que el trabajo se divide entre los dos sexos.

En muchas sociedades, no solo basta con casarse. El que la pareja tenga hijos les proporciona un status superior. En muchos casos como en *los bororo* del centro de Brasil (tribu estudiada por Levi-Straus), son considerados y reconocidos como ancestros solo por sus descendientes (hijos), quienes les rinden culto una vez muertos. Esto da pie a percibir cierto narcisismo en estas sociedades en donde sólo la paternidad (paternidad-maternidad), otorga al ser humano la grandiosidad de ser digno de culto.

Desde la óptica del matrimonio (monógamo o polígamo) como precursor de la familia, expresamos que en un principio ésta pudo haber sido producto de la necesidad de sobrevivir, es decir, el beneficio era principalmente económico (debido a la división del trabajo), y esto de hecho es así en muchas sociedades hoy en día. También se presentan casos de sociedades en que el interés matrimonial reside en la unión de las familias de los cónyuges por razones sociales (aumento de status social).

El aspecto religioso en el caso de la sociedad occidental es sumamente ponderado en el grado de importancia del matrimonio, puesto que la moral cristiana dicta que para establecer una familia, la única opción es unirse en (santo) matrimonio, para luego tener hijos, y constituir una familia (como Dios manda). Sólo de esta manera la satisfacción sexual podría resultar no pecaminosa (libre de pecado), en donde por cierto, “identificada con el altruismo y con la comunidad familiar, la mujer no depende del orden contractualista de la sociedad, sino del orden natural de la familia” (Lipovetsky, 1999, 193).

En el terreno que nos atañe, en la sociedad venezolana, la *familia* unida no tiene como base la alianza matrimonial, sino la alianza fraterna, pues la familia en Venezuela consiste generalmente en un grupo de mujeres (hermanas). La característica de familia unida tiene su basamento en la alianza fraterna (sororal), que a su vez le da a la familia una dinámica de semi-clan. La relación madre/niño está en la fuente basal de lo matrilineal propio de dicho semi-clan y que afectará la forma de hacer las relaciones de la socialización.

“...los asuntos de la sociedad se encuadran dentro de este problema cultural de la familia, pues el estilo de hacer sociedad en Venezuela sigue el patrón de la relación paradigmática de madre/niño. No hay corte o desnivel entre las relaciones sociales que ocurren en el grupo familiar y las que acontecen en la colectividad social. El tipo de cultura emocional y la relación básica del grupo primario y personalista siguen funcionando en el espacio que deben ocupar las relaciones secundarias o societarias.” (Hurtado, 1999, 103)

En consecuencia, según esta lógica, se plantea que el nudo fuerte se encuentra en la relación madre-hijo (filiación) y no en la relación esposa-esposo (alianza) como en otras sociedades complejas. Esto genera diversas consideraciones y situaciones confusas que acarrearán múltiples problemas estructurales dentro del panorama social venezolano.

C. La Familia Matrisocial en Venezuela

En numerosas ocasiones, Hurtado describe la estructura etnopsicodinámica de la familia venezolana, para fundamentar su concepto explicativo de matrisocialidad. Más allá del concepto de matricentrismo psico-social de Vethencourt (1974) o epistemologista de Alejandro Moreno (1993), o el concepto de matrifocalidad junquiano de López Sanz (1993), o socioantropológico del mismo Hurtado (1995-1999), el concepto etnopsicoanalítico aporta una teoría interpretativa de la familia venezolana que desgrana los roles simbólicos que desarrollan en la estructura las diversas figuras del parentesco. Como sus fundamentos son genéticos (psíquicos y culturales) dicha teoría sobre la familia se propone como el punto de arranque para interpretar en segunda instancia la sociedad venezolana, proponiendo que los sentidos de las relaciones familiares se proyectan sobre las relaciones sociales y dominan sobre éstas. Por eso Hurtado hablará cómo la sociedad está tomada por la familia (1998).

Resumimos la descripción de la familia matrisocial a partir de la conferencia que pronuncia Hurtado en la Universidad Nacional Experimental de las Fuerzas Armadas (UNEFA), el 20 de Julio del 2011, que encontramos en su blog (2011). El autor comienza diciendo que la realidad de la familia en Venezuela tiene poco que ver con la realidad de la familia que diseña el código civil. No es que la cultura y la legalidad social se ubican en distinto nivel; esto es cierto, pero es que no convergen en la vivencia de familia que tiene el venezolano. El derecho propone a la familia como una realidad compuesta por las figuras del padre, madre e hijos. Por lo tanto una familia simple o nuclear de carácter conyugal. Pero en Venezuela encontramos que la familia vivida culturalmente es un grupo de mujeres con sus hijos, a partir de que dichas mujeres son hermanas y conforman una alianza sororal. Será entendida si nos colocamos en un

panorama de tres generaciones, por lo menos, a partir de lo cual se vuelve complejo el grupo, y no tan nuclear. Es lo que llamamos familia extendida o extensa. Además, apuntamos arriba según Goode (1966) que la idea de pensar la familia con tres generaciones es lo sociológicamente correcto.

Los hombres no originan familia, solo pertenecen a una familia, que es la de su mamá (madres). Siempre serán hijos. Cuando muere su madre, le genera una soledad familiar. Su única compensación será el ser un recogido en la familia de su mujer, si es que la tiene.

El hombre aparece arrinconado en la estructura familiar, porque la cultura no desarrolla su figura. Lo que hace la cultura es producir un exceso de realidad significativa de maternalidad a costa de la realidad de la paternidad. No es que no haya “padre”, sino que su figura se encuentra muy disminuida psíquica y culturalmente, que está remarcado sólo el padre biológico, reducido socialmente a ser ocasión de que la mujer tenga hijos. Por lo tanto la madre no tiene esposo (cónyuge), ni ella será esposa; solo tendrá maridos (a veces, maridos sucesivos). Si desde la antropología se pregunta, quién da la honrradez a la madre, podemos decir que son los hijos. El marido así, tiene poca funcionalidad, es sobre todo un amante de la madre, y como “padre” la etnografía recoge la de proveedor, diciendo que es un “padre de familia”.

La figura paterna, como el otro radical con respecto al vientre materno, como referencia del yo, debe representar la ley, la obediencia, el orden, lo racional y lo consciente, por ello es particularmente necesaria su presencia en el crecimiento de cualquier individuo. Sin embargo, en la cultura venezolana, el símbolo del padre no existe (psíquicamente), figura solo en la formalidad legal, y cada vez con más frecuencia en la parte física, más no en lo inconsciente, ni en la cultura. El niño no puede

internalizar los preceptos básicos de la imagen de la figura normalmente destinada a ser símbolo de la autoridad. Esto se traduce en efectos negativos en lo societal, ya que “es la acción recíproca entre autoridad y dependencia la que establece las normas básicas en las que se formulan las relaciones humanas” (Kardiner, 1975, 435).

La ausencia del padre o la pérdida de su estatus de autoridad no puede entenderse estrictamente con criterio físico, ni aun social (padre de familia), sino etnopsiquiátrico. El padre no existe porque no se le produce ni psíquica ni culturalmente. Puede existir “padre” (génitor), pero no un padre sociológico (pater). Al no existir “cultura del padre”, no hay desarrollo de la autoridad social, es decir, no hay montaje de la cultura societal (2° fase del Edipo). (Hurtado, 1999, 69)

El cultivo de la maternalidad es abundante en arquetipos (freudianos). Tenemos la madre engendradora, la madre virgen, y la madre mártir, para tener categoría de madre hay que parir (dar a luz) hijos. Previamente la mujer también es concebida como una madre, porque la compulsión cultural es que debe parir. Ello también la eleva de estatus sociocultural. La madre virgen es la mujer que tiene hijos sin haberlos parido. Tal papel lo cumple la abuela (la madre de la hija que pare). Por lo tanto llegan los nietos que tienen una significación mayor que los hijos, porque son hijos de los hijos. La fuerte compulsión acontece en esa relación madre/hijo que es la del consentimiento. La madre consiente al hijo a más no poder, sino no sería mala madre. Pero también aquí opera lo regresivo. Es la abuela, la madre por excelencia, y el nieto la figura que cierra la lógica de la estructura social.

La madre mártir corrobora el problema de la relación con el varón: tiene que sufrir al varón. El marido que no es hijo, representa la figura que tiene que sufrir compulsivamente la madre como mujer. Es una madre sacrificada porque como dice Rómulo Gallegos ya en sus inspiraciones sobre lo real (véase Ramos Calles, 1984). Tiene un fuerte aborrecimiento

al varón, lo desecha como si fuera una *mantis religiosa*. Lo condena a ser para siempre un macho. Aquí se conecta la madre con la figura de la mujer que es producida también en su reducto, como hembra, es decir, como capturadora de hombres a los que acepta constituidos como machos. Hurtado trae a los médicos psiquiatras venezolanos como Vethencourt (1974, 1983) y F. Rísquez (1983) para dar el resultado de que la cultura venezolana no produce la mujer encantadora, sino escasamente. Es decir, la mujer liberadora de hombres que consiste en hacerlos crecer psíquica y culturalmente trascendiendo su machura.

El problema en Venezuela parece estar arraigado en esta inquebrantable relación de dependencia materno-filial, que no permite que el hijo madure hacia una etapa de autosuficiencia e independencia. La etnocultura venezolana trancará exactamente el proceso de maduración personal, como veremos.

Richard Sennet (1982) habla de una *dependencia desobediente*, que consiste en no acatar las normas de la autoridad no como un acto genuino de independencia y madurez, sino solo con el único fin de llevar la contraria, que en Venezuela, parece existir como tendencia más manifiesta por parte de los varones.

La madre deja ser y hacer al hijo todo, es decir, le permite hacer todo lo que se le ocurra, aún caprichosamente como parte de su consentimiento materno. Ello acontece en el marco de la dependencia materno-filial. Como no han trabajado su independencia, ni ella ni el hijo, su relación de vida queda abandonada al destino, que después queda como explicación de la misma cultura, “el ser humano recurre a la noción de destino para explicarse lo inexorable, lo que no puede cambiar, lo repetitivo, la falta de opciones” (Berestein, 1987, 214).

Kardiner explica cómo a medida que el individuo va creciendo físicamente, el estado de dependencia, en el que todas sus necesidades y deseos son satisfechos por la madre, no continúa por mucho tiempo. Solo hasta el momento en que comienza a necesitar y desear otras cosas que no pueden ser facilitadas por sus progenitores, así que “el medio ambiente y el proceso de crecimiento estimulan nuevos tipos de adaptación que, más adelante, son aceptados o rechazados” (Kardiner, 1975, 58).

Esto puede provocar consecuencias muy desfavorables en el individuo, puesto que necesita vivir experiencias en las que aprenda a adaptarse como expresa Kardiner, para desarrollarse en la sociedad correspondiente, y esto es prácticamente imposible en un contexto en donde se le procure todo, sin esfuerzo mínimo por ello.

La peculiaridad, y el carácter destructivo, de esta *visión narcisista*, es que cuanto más se juzga el medio ambiente del ser humano en base a su congruencia con las necesidades del yo o su sumisión a las mismas, menos satisfactorio resulta ser. Lo que se espera del exterior crece de un modo enorme, y lo exterior se convierte en un mar sobre el cuál flota el yo sin diferenciación. Por la misma razón de que las expectativas de satisfacción se vuelven enseguida tan vastas y amorfas, las posibilidades de satisfacción quedan disminuidas. Como no hay límites entre yo y otro, las experiencias pierden su forma; jamás parecen tener fin o una definición de realización. En consecuencia, las experiencias concretas con los demás nunca parecen “suficientes”. (Sennett, 1979, 54 >Subrayo nuestro<)

A medida que el individuo aprende a satisfacer sus necesidades por él mismo, se crea el sentimiento de confianza y autoestima necesarios para vivir en conjunto y armonía con su sociedad. Si no aprende esto, y acude siempre a las personas que generalmente lo ayudan a conseguir sus objetivos, y no solo esto, sino que esta situación se repite y perdura en el tiempo, probablemente este individuo no supere nunca la etapa dependiente. Aquí influye la manera en que una cultura moldea a sus individuos mediante los patrones de crianza.

El meollo del asunto reside en la confusión emocional que viven tanto la madre como el hijo varón sobre todo en la etapa adolescente, es decir; en el momento de la instalación del aparato cultural. Momento en el que además, el joven varón “está acosado por la dinámica del *conflicto*, y especialmente en su clímax puede conducir a estados mentales contradictorios tales como un sentido de vulnerabilidad exacerbado y, alternativamente, otro de grandes perspectivas individuales” (Erikson, 1974, 12).

Debido a la cercana relación establecida entre madre e hijo en sus primeros años de vida, de modo que “la constitución de un “pecho bueno”, como consentidor, describe la dimensión genética o de instalación del aparato psíquico en el niño hasta los cinco años y con ello se inicia la fabricación de una madre con exceso de narcisismo o de egolatría” (Hurtado, 1999, 75); se produce una fuerte conexión y dependencia entre ambos, provocando un intenso deseo del hijo por mantenerse en la segura y consentidora red maternal, y una compulsión igualmente fuerte por parte de la madre por mantener al hijo bajo su mismo techo y decisiones.

Lo paradójico es que el hijo desea seguir disfrutando de la comodidad y el placer de vivir con su madre, pero también anhela con su yo ideal; tomar su propio rumbo y sus propias decisiones. La madre igualmente desea que su hijo salga y se haga hombre, pero esto no puede generarse en la casa, por lo tanto lo alienta a salir a la calle, sexualmente el espacio masculino por excelencia.

Enfrentarse y exponerse ante la vida saliendo de la casa, que es considerada como un espacio femenino, es casi una obligación masculina; así demuestra a su madre (y a la sociedad) que ha criado a un macho. La calle contiene muchos peligros, espacio apropiado sobre todo

para la ejercitación de su demostración de macho, como las peleas por mujeres, insultos y hasta la muerte o el asesinato, y esto constantemente le produce una gran tensión a la madre, pues puede llegar a perderlo, sobre todo por su compromiso con una mujer, eso constituye una herida o trauma que le llega al inconsciente.

La madre es una figura entrañable, un ser realmente inolvidable para cualquier ser humano inmerso en una sociedad. Existen distintos significados en la importancia de la madre, que se remarca más en unas sociedades que en otras. Pues bien, en Venezuela la madre es la máxima figura de la cultura. Presumimos que la mujer criada en este marco cultural desarrolla una personalidad profundamente narcisista, experimentando un intenso deseo de ser madre. Inconscientemente sabe que esta condición (la maternidad) le dará estatus, una posición que en Venezuela es sumamente venerada, hasta con exultación.

Lo que sucede es que la cultura venezolana se encuentra sellada por una configuración muy marcada en todos sus ámbitos, su personalidad etnológica es definida por Hurtado como *matrisocial*:

En Venezuela se observa etnográficamente como el nivel interaccionista del grupo familiar invade con su lógica personal el nivel colectivo de la sociedad, con lo que hace espúreo el funcionamiento de la lógica personal societaria. A este proceso que se origina en la psicodinamia familiar e impregna el estilo o ethos de la cultura y como tal se introduce (se entromete) en la sociedad, nosotros lo signamos como matrisocial, detectando su operación como un síndrome de la sociedad venezolana” (Hurtado, 1999, 17)

Pero, ¿que implica que Venezuela sea una país matrisocial?, en términos más sencillos Hurtado expresa además que “el símbolo de la madre, sobredesarrollado por la cultura a nivel instintivo, organiza el orden, peso y medida del resto de los símbolos de la familia y al mismo

tiempo trasciende a ésta para informar y conformar las relaciones de los asuntos de la sociedad” (Hurtado, 1999, 72).

Siendo entonces la matrisocialidad un concepto de corte etnopsiquiátrico que marca de forma general la cultura venezolana, es también en cierto modo el agente desencadenante de diversos problemas que atañen a la sociedad venezolana, que la impregnan de ideas ambiguas. Tal como los señala Hurtado:

...el esquema de una personalidad etno-típica como la matrisocial venezolana, permite ver, sin embargo los desequilibrios en los intercambios, las oposiciones en las figuras, los órdenes y desordenes de la cultura, todo ello en el entramado de una antropología cultural. La “cultura de la madre” declara el fondo homogéneo de esta estructura, conceptuada como matrisocial; pero lo heterogéneo de misma ocurre cuando se observan las “normas de transformación” (Sennett, 73) entre unas figuras excesivamente proyectadas (madre) y otras escasamente producidas (el padre). Si esto se proyecta sobre la dinámica social como destino de la personalidad socialmente no fracturada como lo es la venezolana, se detectara la dificultad de la existencia y dinámica de lo societal desde la matrisocialidad. (Hurtado, 1998, 54)

Por otro lado, observamos también que en las sociedades abiertas, según Bastide, “ningún obstáculo de carácter étnico, religioso o sexual se opone a la movilidad geográfica, profesional y social de los individuos, y donde los status son adquiridos por capacidad y no otorgados por nacimiento” (Bastide, 1972, 144). Bajo esta concepción, se puede categorizar a la sociedad venezolana, como una sociedad no abierta (cerrada), pues ciertos requisitos propios de las sociedades abiertas no son cumplidos; ya que existen ciertas prácticas, sobre todo en el método de crianza familiar que impide al individuo desarrollar un nivel de aceptación de algunas condiciones humanas y aspectos sociales propios de cualquier colectivo. En otras palabras, una sociedad cerrada se reduce a una sociedad no abierta a lo social.

Por lo que dice en relación a nuestro tema, Hurtado expone en 1999 en *La Sociedad tomada por la familia*, el punto neurálgico del paso de la niñez a la adultez en el caso del varón venezolano. Ello quiere decir, la caja negra (el vacío en blanco) que supone la socialización segunda del varón adolescente. En esta conferencia se eleva a un sentimiento de ternura y al mismo tiempo de cierto terror: “Un estremecimiento escalofriante me ocurre cuando personalmente describo el proceso de paso del adolescente a adulto del varón venezolano. No me da la pluma literaria para sostener el estremecimiento”. Aquí se consigue la descripción de la madre como una figura casi derrotada en la contradicción dura que supone la compulsión de no perder al hijo y sin embargo tener que expulsarlo de su ámbito maternal femenino como varón. Un varón que vivirá como un vagabundo entre mujeres diversas, o acaparado por una mujer. Pero el hijo tiene que hacerse varón y demostrar varonía solamente en el encuentro con otras mujeres. Alguna de ellas cumplirá el papel de nuera, y será la enemiga mortal de la madre, o la madre como suegra logrará la desunión del hijo a manos de la mujer, la otra, que ya no es ella. El problema fuerte ocurre aquí a nivel de la sustancia cultural: que los valores que el código civil atribuye a esposo y esposa, ocurren en la relación de madre/hijo, y no de marido y mujer.

Son los valores de la indisolubilidad y del amor permanente, pero que en la cultura venezolana se ven traspasados por los valores del consentimiento y una afectividad emocional. Si la figura del “padre” no detenta la autoridad como factor fundamental del orden social y su fundamento de protección y nutrimento para el crecimiento de los hijos; lo va a detentar la madre, una figura simbólica que tiene que conjuntar, y lo hará con desequilibrio, los valores fríos de la autoridad con los valores cálidos del afecto emocional. Resultará una autoridad emocional, que tendrá la fácil tendencia de caer en el autoritarismo. En breve, en este

panorama de rechazo al hijo, la socialización del varón en Venezuela va a consistir en un ritual muy duro y lleno de dolor inconsciente terrible.

CAPITULO 3

La Senda Estrecha de los Casos y los Campos de Significaciones

A. Justificación del criterio metodológico de la elección de los casos y Delimitación Analítica

Dadas las características del fenómeno social al cuál pretendemos dar explicación con el concepto de *Narcisismo Social*, nos encontramos frente a una exploración claramente cualitativa. Consideramos que el estudio de caso es la herramienta idónea para corroborar nuestro argumento teórico anteriormente expuesto.

El estudio se realiza en dos fases. La primera netamente etnográfica, ya que el talante cultural de cada persona se manifiesta en todos los aspectos y situaciones de su vida. La observación directa del comportamiento del individuo es sumamente importante, razón por la cuál la recopilación de datos se realiza conjuntamente con el uso de la técnica de la observación participante como complemento de las entrevistas que se realizan conjuntamente en la segunda fase del estudio. Queda conformado así el marco del diseño que da forma y fundamento a la investigación.

En relación al corpus de casos que se utiliza, es preciso aclarar que si queremos contar con indicadores confiables que caractericen representativamente el colectivo en el cuál queremos comprobar nuestro constructo en cuestión, no es necesario una muestra extensa en cantidad sino en calidad de información intensiva. Por consiguiente, nos

limitaremos al estudio de casos de dos familias venezolanas, geográficamente lejanas, pero con características socio-culturalmente idénticas. Una se encuentra en el interior del país, específicamente en la ciudad de Acarigua, localidad de gran importancia económica para el estado Portuguesa, con gran avance urbanístico e industrial, pero socialmente aún conservadora y tradicional. La otra se ubica en la ciudad de Caracas, capital de la república venezolana, que sugiere un avance social y cultural, distanciándose en esto de la provincia de la república.

Las entrevistas detenidas se realizan sólo a las madres de las familias, ya que si bien en la crianza de los hijos deben participar conjuntamente ambos padres y deben ser un equipo formador de seres sociales, en Venezuela notamos que debido a su vivencia matrisocial son las madres las principales formadoras y ejecutantes de las pautas de crianza en los niños y adolescentes, el padre aunque exista dentro del cuadro familiar, como figura, se encuentra disminuido o si se quiere anulado dentro de éste. Por tanto, queda determinada la relación madre-hijo, como la unidad de análisis del presente estudio.

Lo interesante del estudio de caso, cabe acotar, son las posibles ambivalencias (incongruencias) que pueden existir entre lo que se dice y lo que se hace; porque:

Este juego alternado entre lo manifiesto y lo latente se advierte de manera más clara aun no ya al nivel de los rasgos aislados, abstraídos por el análisis, sino al nivel de los comportamientos globales de los individuos miembros de una cultura dada (Laplantine, 1979, 45).

Mediante este método de doble nivel de observación, recolectamos información mucho más confiable y certera, para así realizar una explicación más objetiva y mediante análisis de rendimiento de conocimiento más acertado y acordes con la realidad.

La observación directa de las pautas de crianza en la institución familiar venezolana y la simultánea socialización de los hijos constituirá una parte esencial de la investigación. Detectamos con más claridad empírica los rasgos culturales expresados en costumbres, tradiciones y técnicas, que pueden ser conscientes o inconscientes. La observación directa tiene un valor particular en el análisis de las entrevistas que se realizan posteriormente, al contrastar el comportamiento habitual con el discurso que manejan sobre la manera de criar a un hijo y de insertarlo en el panorama social.

Como la observación directa esta asociada a la acción del trabajo de campo de un modo inmediato podemos a través de ella encontrar algunas particularidades y aún contradicciones que le den a nuestra investigación un refinamiento teórico importante. Todo ello para constituir el debido sustento con el que demostraremos la metáfora conceptual del *Narcisismo Social*, con el cuál pretendemos dar una explicación antropológica a los problemas que se perciben en la sociedad venezolana, vinculados sobre todo con la socialización del varón adolescente.

Las entrevistas a su vez contienen la información puntual que le da otro tipo de validez significativa al comportamiento observado, al ser el momento en que la persona expresa de manera concreta las diferentes prácticas y costumbres en la crianza, sus métodos para educar, y en general la cotidianidad familiar en la que crecen los hijos, y adquieren la cultura. Será mediante estas herramientas que se logra descubrir cómo en este panorama el varón logra socializarse; es decir, aprenderá a vivir en sociedad.

El dato en la presente investigación se obtiene del análisis cualitativo de dos (2) familias venezolanas, que si bien no fue de una extensa duración (1 mes por familia), consideramos pertinente el tiempo invertido para la demostración de nuestro concepto operativo, el *Narcisismo Social*. Lo que nos interesa observar no es la dinámica general de todo el entorno familiar del venezolano, sino el punto clave de la formación social de un varón venezolano (matrisocial), que ciertamente puede dar una idea de lo que predomina culturalmente en el país.

Destacamos que si bien es delicado hablar de la familia, en Venezuela lo es aún más, debido a la fuerza representativa y significativa que tiene ésta en la sociedad y cualquier ámbito de la vida venezolana. Es un punto bastante sensible que es necesario tocar con el mayor cuidado. Aunque no realizaremos preguntas íntimas ni personales, sino de índole social, desde la perspectiva familiar por supuesto.

Se seleccionan estas dos familias por ser representativas de lo que desde los textos de Alejandro Moreno (1993), Samuel Hurtado (1998; 1999) y nuestra propia observación, es la familia venezolana, en donde lo que predomina son los grupos de mujeres con sus hijos, y no los matrimonios con sus hijos (papá, mamá e hijos). Se trata de obtener mediante las entrevistas en profundidad información abundante y precisa, que susciten conclusiones válidas y le den sustento a la metáfora conceptual, el *Narcisismo Social*, que hemos construido para posiblemente proyectar sobre el venezolano en investigaciones futuras.

El diseño se basa en dos (2) casos de familia, que representan cada una a un sector de la sociedad venezolana y espacios exteriores distintos. Una de ellas representa el sector social de clase media profesional, y la otra al sector de clase baja trabajadora. Así como la primera identifica el espacio exterior de la metrópoli, capital de la

república, y la segunda al espacio exterior provinciano, más vinculado con la dinámica del campo y sus recursos asociados al comercio y a la agroindustria. La idea de la comparación fué la principal razón por la cuál elegimos a dos (2) familias distanciadas geográficamente (Acarigua y Caracas), además el hecho de ubicar a una de las dos familias en la metrópoli (ciudad moderna) de Caracas y a la otra en una provincia (ciudad del interior) como Acarigua, nos provee de un nuevo matiz de objetividad al intentar contemplar pautas de crianza desde distintas perspectivas, en este caso, la provinciana y la metropolitana.

Y si a esto le agregamos que la familia metropolitana (Caracas) pertenece, al sector “privilegiado” de la ciudad, la clase media, sector dominado por profesionales graduados, empresarios y gerentes, y la familia provinciana (Acarigua) pertenece a la clase baja de dicha ciudad, podemos invertirle mayor valor comparativo.

Para la elección de las dos (2) familias se necesitó cierto esfuerzo y se hizo hincapié en criterios técnicos para la precisión objetivante. La norma en este caso era que cada familia consistiera en: 1) grupos de mujeres (casadas o no), con hijos; 2) que crían o criaron recientemente a sus hijos; 3) que entre ellas estuvieran los siguientes actores sociales: la abuela (madre por excelencia), la hija de la madre (casada o no) y el (los) hijo (s) de la hija (los nietos o hijos por excelencia).

Para la presente investigación entonces se realizó una serie de entrevistas, con un guión previo (véase anexo 1) que nos ayudó a dirigir y a organizar según los objetivos trazados, la información aportada por cada madre entrevistada, todas se realizaron en la casa de cada una de ellas, excepto una que se tuvo que hacer en el lugar de trabajo de la entrevistada.

En total fueron cinco (5) entrevistas, con una duración promedio de 40 minutos cada una. Tres (3) de ellas se realizaron en conjunto madre e hija y las otras dos (2) se hicieron separadas (eran también madre e hija), por razones de tiempo y dificultades de espacio.

La Etnografía

Las pautas de observación etnográfica se enmarcaron en una serie de visitas que realizamos durante un mes, primero a la familia situada en Caracas. Fué el mes que transcurrió del día 19 de febrero al 17 de marzo del año 2011. Las entrevistas se llevaron a cabo el día 12, el día penúltimo, con la posibilidad de que el día último, que fue el 17, pudiera volverse a hablar sobre un punto todavía no muy clarificado.

De entrada, anunciamos al grupo familiar nuestro objetivo de observación, pero justificado con ponderación el anuncio. Para no causarle pánico y depusieran resistencias. Se les comunicó que se les iba a visitar un poco más a menudo y que íbamos a conversar en concreto sobre como criaban a sus hijos varones y qué pensaban de ello. Así que se propuso realizar las visitas dos (2) veces a la semana. Una visita el fin de semana, combinando ya sea el sábado, ya el domingo, y la otra visita a mitad de semana, combinando, ya el miércoles, ya el jueves. El tiempo transcurrido el día de visita no tenía límite de tiempo, comenzando a la una (1) de la tarde, que podía llegar hasta las ocho (8) de la noche. Compartir con la familia actividades como la hora de la merienda y la cena, y también su preparación. Nos sentamos a la mesa para conversar, como en la sala de recibo. Se asistió a sus afanes, a sus ansiedades, y también a sus alegrías, que implicaban, todas ellas diversas reacciones a los problemas que tenían presentes o esperaban en el futuro. El contenido se refería a todos los hechos que tenían que ver con la familia, uno de ellos era en torno a los hijos.

Existían variaciones menores con respecto a los límites de la estadía en la tarde-noche, pudimos observar las conductas de las madres y las hijas para con los hijos (nietos), cómo ellas decían y actuaban tanto en presencia de los varones adolescentes como con la ausencia de éstos en la casa. Un cómputo aproximado de las horas de observación llegó a sumar 56 horas en el mes.

De modo similar, tuvo lugar la observación etnográfica en la familia que vivía en Acarigua. El tiempo transcurrido pretendió ser el mes, sin embargo, no se logró en toda la precisión cronológica, porque tuvimos que regresarnos a Caracas unos días antes por motivos personales. El mes recortado tuvo lugar entre los días 16 de abril al 9 de mayo del mismo año. Las entrevistas se desarrollaron el día 5 de mayo con la posibilidad de revisar el punto del machismo con más detención el último día.

Como el trabajo de campo, implicó el desplazamiento de nuestro lugar de origen que era Caracas, nos permitió estar más libre de los quehaceres cotidianos nuestros. Por lo tanto, ello favoreció el que en las semanas del 19 de abril que coincidió con la Semana Santa, estuviera con el grupo familiar más tiempo, el día 21, jueves, y el día 23, sábado santo. Añadí una visita más corta el día 19 de abril con motivo de ser fiesta nacional. De modo similar, la fiesta del 1° de mayo, fué también un motivo de alargar el tiempo de estadía en la casa de la familia, y de hablar de los problemas económicos, y aún de ciertos problemas políticos del país. Estas motivaciones, no desviaron nuestro tema de observación, pues nosotros los llevábamos al planteamiento de los hijos, la edad de éstos, su presente y su futuro, sus estudios y su preparación para la vida. En una ciudad del interior, como Acarigua, el tiempo pareciera transcurrir más lento, a parte de que a veces ocurrían los días de fiesta; ello era una

ocasión para que los tiempos de las comidas también se alargaran, así como los momentos de tomar café.

La Entrevista

En uno y otro caso, antes de llegar a pasar a la entrevista, habían ya acontecido suficientes días de estadía con las familias. La entrevista, como hecho, apareció como una situación normal, pero sentimos por momentos que se volvía como un acontecimiento un poco forzado por su formalidad, y el tener que poner sobre la mesa los papeles y el grabador. Se notó más esa intervención forzada en la familia de Acarigua. A veces tuvimos la sensación, que se les estaba traicionando, después de haber pasado días de compañerismo y amistad, y sobre todo, de que habían aceptado pasar unos días con ellos, de manera muy amable, con la sensación también de que nuestra presencia les hubiera sacado de la rutina en que el grupo familiar, nunca hablan de sus cosas de corrido.

La técnica de la entrevista pretendió hacer hablar a las mujeres de las familias escogidas. El orden de la entrevista está orientado por los diversos campos semánticos de: la filiación, la autoridad, la permisividad y el machismo, como los vamos a exponer más abajo. La organización de la entrevista a su vez, va a configurar cuerpos particulares de preguntas que tienen una lógica particular para referirse a la recolección de datos sobre cada indicador de cada campo semántico.

Hay un orden particular para ir al fondo de cada uno de los indicadores. Este orden particular pretende tener en cuenta, de entrada, la motivación personal con sus intereses, conocimientos y las propias conductas que cada persona sabe de sí, practica y finalmente prevé. Este punto formulado como pregunta, no tiene otra razón de ser: hacer hablar sobre el tema conocido y como tal, se espera su respuesta que

significa al fin reconfirmar lo que todo el mundo sabe y debe saber; se trata de despejar el camino.

El segundo punto, tiene la función de limpiar lo ideológico del camino, con el fin de recoger los datos con más precisión y hondura. Los detalles y circunstancias de la acción pueden variar, pero el pensar étnico y su actuación siempre van a tener una guía invariable. El constructo edificado desde el planteamiento del problema, es una referencia o guía con que se va recogiendo el dato, que deja de ser por ello, un mero fenómeno.

Finalmente, el tercer punto, muestra al dato entero con sus dispositivos esenciales de emotividad, gestos, circunstancias garantizados por la teoría que ha organizado la búsqueda, exploración y prospección de los datos. La comparación, contraste y revisión de las entrevistas a las que respondieron los otros informantes permite todavía obtener una mejor construcción del dato definitivamente, y presumir o presuponer de él, para la pretensión explicativa.

En conclusión, la observación de campo venía a ser conceptualizada por los esfuerzos a que expusimos a los actores sociales a llevar a cabo sobre las conductas y pensamientos o saberes que ellos realizaban y tenían consigo mismo.

B. El Caso y su Teoría

En la presente investigación interesa dar cuenta de cómo hicimos la observación fundamental. No recurrimos al acceso estadístico-demográfico con su categoría de composición del hogar y de la dinámica familiar, sino al acceso fenomenológico con el concepto de estructura familiar, desde el cuál se activa el control conceptual de las variables.

Suponemos la descripción conceptual que realiza Hurtado en 1998, y que nosotros vamos a desglosar en la socialización secundaria o cultural del varón. El acceso fenomenológico por su parte, demanda para su desarrollo, de una técnica cualitativa, y que nosotros hemos seleccionado con el estudio de caso, y en la operación sobre el terreno con la etnografía de vida histórica y la entrevista detenida. En su diseño somos acusiosos, al mismo tiempo que no operamos su inferencia sociológica para el país. Esta la suponemos que está realizada por Hurtado en 1998.

La justificación teórica del estudio de caso se vincula con las prácticas teóricas de Durkheim y Freud, Levi-Strauss y Devereux hechas en etnología. El establecimiento del hecho como caso de estudio y su análisis intensivo puede permitir juicios universales válidos. Esto es, el análisis de una sola institución o un solo rasgo cultural en una sola tribu, o el solo caso de los neuróticos vieneses, se hace con tal cuidado en sí y en sus implicaciones que se puede obtener la validación de una ley o un hecho general de la tribu o de la humanidad respectivamente. (Ej. Devereux, 1975, 66-68)

Levi-Strauss trae la experiencia de Goldstein para establecer que con la técnica del estudio de caso se demuestra el funcionamiento del método estructuralista. Tal técnica lleva consigo un diseño “que consiste en estudiar a fondo un caso, con una sola diferencia que se refiere al modo de recortar el caso: según el patrón adoptado, los elementos constitutivos del mismo pertenecen a la misma escala del modelo proyectado o a una escala diferente” (Levi-Strauss, 1973, 260). La ayuda que para el análisis etnológico de un estudio intensivo representa la perspectiva psicoanalítica impuesta por el constructo del *Narcisismo Social*, resulta de alto rendimiento metodológico, pues dicha invarianza estructural permite describir las variaciones estructurales en la socialización y otorgarles su razón de ser.

Por su parte, la justificación teórica de la entrevista funciona bajo el supuesto de que el emisor (el entrevistado) pertenece o es vocero de un grupo familiar. Los actores entrevistados debían decirnos lo que estaban viviendo a partir de su acción familiar. No necesitaba recordar, ni especular; por lo tanto, el presente estudio representa no una idea ni aspecto recurrente sobre la familia venezolana y su relación con el hijo varón, sino la de una etnografía total guiada por el concepto del *Narcisismo Social*.

Como la exploración del *Narcisismo Social* nos lleva a la utilización de la metodología cualitativa, y por lo tanto a la recolección y tratamiento de datos de significación delicada, la demostración a través del soporte empírico se lleva a cabo no por representatividad estadística y su control matemático, sino por la representatividad significativa mediante el control teórico de las variables (conceptuales).

La validez es detectada por el rigor del análisis teórico, que permite tal control. Se estudia así una fuente del conocimiento o episteme para combinar lo que se sabe por información con lo que se puede hacer por experiencia.

En esta lógica de la representación del significado, se ejecuta un diseño de casos que expresan una institución total, caracterizada por la práctica materna (familiar) de la socialización del hijo varón. Este hecho o proceso expresa una etapa en la historia vital de la familia, de delicadeza extrema para su observación. Pero logrado el acceso etnográfico, permite una apertura grande a la información o los datos de los significados.

C. Los campos Semánticos Matrisociales

El desarrollo teórico-metodológico, cubrió básicamente cuatro campos que consideramos claves para demostrar la operatividad en la sociedad venezolana de nuestro concepto, el *Narcisismo Social*, con motivo de la socialización del varón adolescente en Venezuela. Estos campos son los siguientes:

- Filiación
- Autoridad
- Permisividad
- Machismo

1. Filiación

La categoría de la filiación se inscribe antropológicamente en la categoría más amplia del arraigo o apego a la realidad. Así comenzaba la explicación del profesor Samuel Hurtado en la clase del parentesco, desarrollando el concepto de cultura. En la filiación se trata del apego que tiene un niño en su proceso de desarrollo psíquico, es decir, en sus primeros años de vida afecta de forma directa, merced a su crecimiento y evolución como ser social. En el adolescente, el proceso asume la iniciativa de su desarrollo étnico. El adolescente se incorpora a la vida social aprendiendo las pautas culturales que maneja el colectivo social.

La Teoría del apego es la base para explicar cómo afecta al desarrollo de la personalidad del ser humano el vínculo de apego que desarrolle durante sus primeros años de vida porque, según dichas ideas, las pautas de crianza que tiene un individuo en la infancia lo inducen a establecer en la edad adulta lazos semejantes a los ya vividos, haciendo de él una persona segura, si la calidad de la relación con sus padres fue positiva y satisfactoria, o insegura y con trastornos emocionales si tuvo con ellos una mala relación(http://www.espaciologopedico.com/tienda/detalle?Id_articulo=1945).

Se supone que en el ámbito familiar ambos padres participen conjuntamente y en partes iguales en la formación de sus hijos, esto es, que sean los dos, según sus roles simbólicos, quienes aporten al niño todos los elementos culturales propios de cada sociedad. Sin embargo, en cada sociedad y según las pautas de socialización, cada figura simbólica tendrá una participación desigual.

La particularidad de la cultura venezolana nace de la relación madre-hijo que se presenta como una entidad absoluta. La madre encierra una emoción posesiva, y una especie de deseo de apropiarse del niño, de exceso, de sobreprotección; proceso que se amplía en la edad adolescente del hijo varón. Es bien sabido que en todo lugar y cultura la relación entre una madre y su hijo es particularmente importante, incluso McMurray la define como “la forma básica de la existencia humana” (1974, 66). Si extrapola, a costa del símbolo del padre, la participación de la madre se absolutiza, de suerte que se adueña del papel de autoridad. A este papel se le pueden asociar elementos afectivos no asociados.

La familia venezolana, según Hurtado (1998) se encuentra inmersa en un “complejo familiar”, que podemos observar si tomamos la referencia del código civil (Hurtado, 1998). El padre aparece como la primera autoridad, según el código civil que “está programado según las normas occidentales que cristalizaron en el código napoleónico, heredero del código romano y eclesiástico” (Hurtado, 2005) pero al observar y cuestionar la realidad encontramos escenarios en donde la madre es quien goza de autoridad absoluta en la familia.

Pero esto es descartable, con la sola observación de la familia venezolana desde la versión oficial de ésta (la del código civil). Por lo que resulta necesario para la etnología de la familia, asumir también no solo los criterios culturales, sino ayudarse también con algunos criterios del

psicoanálisis, para lograr una mejor comprensión de lo que socialmente constituye una familia, como puede ser la familia venezolana.

En definitiva, con la categoría de filiación, se muestra el arraigo fundamental que tiene el varón adolescente con relación a la familia, y en particular a la madre.

2. Autoridad

La dimensión del arraigo, cobra mayor cobertura social en la categoría de autoridad, categoría que identifica a la variable ponderada de la investigación. La filiación étnica culmina su realización en la relación del orden cultural que preside la figura de autoridad en la familia. Se trata del contenido fundamental que es el resultado de la instalación del Edipo Cultural en el adolescente (Hurtado, 2008). Es la aceptación del orden básico para que pueda existir éticamente el colectivo como social. El adolescente debe aprender la obediencia en su aspecto positivo de sumisión para la producción de lo social; lo contrario, como negativismo social es la insumisión, la rebeldía sin causa.

Se establece que la relación madre-hijo es la que alberga mayor importancia una sociedad, quedando así la relación esposa-esposo (alianza) subvalorada. Es inevitable que esto tenga repercusión en el establecimiento de una sociedad con una decadencia en el intercambio social, debido a la desigualdad que va a marcar que el supuesto obediente, tampoco va a aprender a detentar la autoridad.

La débil figura del padre y su función en una sociedad como la venezolana, podría tener consecuencias en la estructura psíquica de los hijos y por ende en la estructura étnica de la sociedad de las que estos forman parte, pues la habilidad para socializarse se torna difícilmente

equilibrada en un entorno en que no opera con suficiencia simbólica la figura paterna, que tiene en su haber simbólico, la lógica o razón de la autoridad y por ende la fuerza consecuente de presidir el cumplimiento de las leyes.

La figura del padre, debe representar, como figura de alteridad, la primera para un hijo, cuya función hace que el éste se dé cuenta que es una entidad diferente de la madre, es decir, en los primeros meses es tal la profundidad de la relación madre-hijo que terminan siendo una unidad. No hay diferencia entre uno y el otro, desde la perspectiva del hijo, y también desde la madre que de hecho lo siente aún parte de ella. ¿Qué ocurre cuando la figura del padre, no tiene fuerza simbólica suficiente?, el proceso de identidad materno-filial no madura. Por ejemplo, en la cultura de Venezuela, la figura del padre está tan sub-valorada, que si existe un padre en el proceso de crianza, sería con una “participación no participante” (Berestein, 1987). Las consecuencias de ello en la estructura familiar, es que tiene como resultado un desequilibrio en la conformación del edificio cultural, cuyo fruto es el de una autoridad cargada de afectos, que chocan con la lógica de su simbolismo carente de cálidas emotividades.

La madre por su naturaleza de tierna afectividad protectora siempre busca mantener al hijo lejos de todo lo que lo pueda dañar, hacer sufrir, o perder su estado de confort. La madre tiende a la sobreprotección filial, y no la culminará si no hay una figura que le ponga límites. Por su parte, el padre debe cumplir con el papel de esta figura, y mediar entre el mundo de afectividades maternas interiores, y la realidad exterior de la sociedad, y que el hijo tome decisiones, iniciativas que lo hagan madurar hacia la adultez.

Hurtado en *La Sociedad tomada por la Familia*, explica que el problema existente entre la pareja en Venezuela, pues “paternidad y conyugalidad no tienen representación institucional en la cultura” (1999b, 80), repercute en el montaje del aparato cultural del hijo, pues el Edipo Cultural no se desarrolló de la manera madurada ya que la figura desdibujada del padre no permite que se configuren las partes actuantes (padre, madre, hijo) del Complejo de Edipo tal como lo explicó Freud.

El Edipo funciona, pero con bajo tenor pues no existiendo un esposo y padre, el amante o los amantes (maridos) no tienen la capacidad de lograr la independencia del hijo respecto de la madre. No ocurre el parricidio, sino un débil amantidicio; el marido es un amante provisional y débil y no la de un padre firme y duro (un tirano). Luego el hijo no interiorizará las “virtudes” de éste. No se produce el “padre de familia”, sino como hijo, e hijo dependiente de su relación absolutamente subordinada a la madre. Si la autoridad no afectiva (el padre) se encuentra en retroceso, ¿Cómo es posible la autoridad social? (Hurtado, 1999, 80).

Por tanto, en Venezuela sí se da el Complejo de Edipo, pero está tan poco trabajado (no se ejercita) que el individuo no llega a ser un totalmente independiente, jamás se logra despegar de su familia, hacer su propia vida, con autonomía social. Es de vital importancia que se entienda que:

“La ausencia del padre o la pérdida de su estatus de autoridad no puede entenderse estrictamente con criterio físico, ni aun social (padre de familia), sino etnopsiquiátrico. El padre no existe porque no se le produce ni psíquica ni culturalmente. Puede existir “padre” (génitor), pero no un padre sociológico (pater). Al no existir “cultura del padre”, no hay desarrollo de la autoridad social, es decir, no hay montaje de la cultura societal (2° fase del Edipo)” (Hurtado, 69, 1998).

Lo que sucede es que bajo esta situación familiar en la que el padre no se presenta como una entidad de mando y autoridad, queda la madre como la principal figura de autoridad en la familia venezolana, pero la madre es ante todo una consentidora. Así, nos encontramos que frente a lo que debería ser un amor desarrollado, responsable, termina siendo

un amor primario como consentimiento, pues “quiere” tanto al hijo que le tolera, le soporta todo, le consiente como demostración principal de maternidad.

La autoridad que ejerce la madre sobre el hijo, no es simbólicamente la apropiada para que se instale en su aparato cultural y se apropie de las virtudes de la autoridad, mediante la internalización de las prohibiciones y preceptos sociales, más cónsonos con la figura simbólica paterna. Virtudes necesarias para la formación y normal funcionamiento de una sociedad, “con atributos de moralidad y poder en forma de súper ego” (Kardiner, 1945, 82). Esto es de suma importancia, debido a que “como el súper-ego se crea por el temor del padre y el deseo simultáneo de ser amado por él, prueba que la familia es de gran utilidad para establecer en los adultos una inclinación ulterior a creer en la autoridad y subordinarse a ella” (Fromm en Kardiner, 1945, 82).

La autoridad se internaliza con un sentimiento de angustia. El miedo a perder “los servicios mágicos” de los padres, son el principal motivo por el cuál el individuo obedece. Quiere seguir siendo amado (consentido), por lo tanto cumple a cabalidad con las normas que le dicta su entorno familiar y social. Según la particularidad de la cultura venezolana, el varón se somete a la autoridad materna, pero debido a su carácter afectivo se genera con una motivación a una sumisión insumisa.

3. Permisividad

Por su parte, la dimensión del intercambio narcisista primario, se concreta en la categoría de la permisividad para con el otro. En este caso, el otro objeto de la socialización, es el hijo varón, y el sujeto socializador es la familia. La permisividad no coincide con la tolerancia. Esta es una virtud que descubre e impulsa el pensamiento moderno en el siglo XVII

con Locke, y luego con los pensadores de la ilustración como Montesquieu y Rousseau (Leites, 1993, 44-49; 58-71).

Remarcamos que si bien el orden, el acato a las normas, la creación de estas mismas normas, son responsabilidad principalmente de los gobernantes de un país, no debemos dejar a un lado el papel que juega la institución familiar, como formadora de seres sociales y para la sociedad. Es la familia el principal transmisor del pacto social, es decir; quienes insertan al nuevo ser en el engranaje social y cultural, “en la familia o su sustituto empieza la praxis social del educando, y esto desde el primer momento de su existencia” (Caruso, 1979, 110).

Aunque no es el único ente capaz y necesario para socializar al individuo, ya que a medida que este va creciendo, a su vez se hace consciente de lo que le rodea (en el colegio, en cursos y programas especiales, campamentos, fiestas etc.) y que para vivir y coexistir con otros miembros de la sociedad, debe comportarse de cierta manera tolerante, con lo que debe mostrar el cumplimiento de una serie de normas que al mismo tiempo se irán incorporando a su sistema de aprendizaje aún inconscientemente.

Hemos postulado dentro del estadio de la juventud una moratoria psicológica, período en el que el joven puede dramatizar o, por lo menos, experimentar con pautas de conducta que son –o no llegan a ser- infantiles y adultas a la vez, y sin embargo con frecuencia incorporarse en forma aparatosa a ideales tradicionales o a nuevas direcciones ideológicas (Erikson, 1974, 121).

El descubrimiento de la tolerancia va asociada a la preocupación por desarrollar la educación de los niños, de la moral y de la política pública, la constitución de la ciudadanía y el autocontrol de lo social. Los hijos en su proyección en la vida pública, deben aprender a negociar con talento frío y reflexivo. La tolerancia debe huir de los extremos radicales, vinculados a los deseos compulsivos, sea la ira, sea la apatía. La

tolerancia es una virtud ética, mientras la permisividad está vinculada al abandono y desidia de la realidad; de no tomar en serio la importancia de ésta.

Por lo tanto, frente a la estructura de la tolerancia social, tenemos la permisividad que identifica una estructura de existencia natural, que la familia, mediante la socialización a sus hijos, debe cultivar de un modo positivo, con miras a preparar a sus hijos para la convivencia social tolerante. Si la familia no cumple con esta tarea como un deber social, estará generando en su seno, individuos no preparados para la verdadera convivencia social. Posterga así ese deber, y lo encomienda a la escuela. Si ésta tampoco lo hace, tendremos individuos indómitos, arbitrarios, intolerantes, que crearán conflictos en las relaciones sociales (Savater, 1992).

La permisividad es una virtud pre-societaria. Lo que queda de ella es su cultivo positivo para que la tolerancia tenga una base natural; si se desnaturaliza, debido a una socialización consentidora que huye de la aplicación de las normas y sanciones razonables, persistirá la permisividad con un atributo de aumento en su vivencia. El resultado, tendrá la tendencia motivada al logro de individuos no-sociales, donde el intercambio con el otro tiene un contenido negativo.

La familia es el grupo primario en donde comienza el aprendizaje acerca de cómo aprender. “Se le enseña al niño la manera de cómo aprender sin tener consciencia de que se está enseñando” (Brodey en Anderson y Carter, 1994, 212). El contenido que debe corresponderse en su ejercitación no es otro que las relaciones de autoridad, con lo que dicha ejercitación muestra cómo en una pauta cultural se instala el Edipo Cultural. La autoridad es en concreto la encargada de hacer crecer al

individuo como ser social, es decir, de ser un consentido por permisividad, a ser un individuo responsable por tolerancia.

En relación a la autoridad cómo instrumento básico para la socialización del aprendizaje tolerante, Anderson y Carter (1994) realizaron una división con los tres momentos del proceso de socialización secundaria que es la que corresponde a la autoridad:

1. **Acatamiento:** La persona se adapta pero no está de acuerdo con las opiniones del grupo.
2. **Identificación:** los miembros adoptan las opiniones del grupo porque este se convierte en una parte de la propia identidad.
3. **Internalización:** se adopta la opinión del grupo porque satisface algún objetivo persona o resuelve un conflicto interno o externo de un miembro. La opinión del grupo coincide con la del miembro. (Anderson y Carter, 1994, 202)

La manera de aprender lo que es la tolerancia, saber su significado e internalizarla es mediante una sumisión obediente. Este orden teórico resulta un poco extraño para la mentalidad en Venezuela, porque la cultura nos revela una insumisión permanente, una rebeldía o desorden sin causa, una lucha contra toda norma y ley, porque parece que el destino es la permisividad originada en la autoridad afectiva de la madre.

Si un padre impone una regla de conducta [...], la misma regla se convierte no en un código que ha de ser obedecido o rechazado según su propio valor, sino más bien en un símbolo de si el padre se legitima o no a sus propios ojos. La sumisión del niño se convierte simplemente en un medio por el cuál el padre alienta en él su valor como persona (Sennett, 1979, 98).

Frente al autoritarismo de algunos padres, y las madres en especial, que esconden de este modo su permisividad, el varón se comporta de manera más rebelde sobre todo en la adolescencia, tiempo en que puede llegar a sentirse abandonado, abandono que es fruto de la permisividad. Pues es en la etapa adolescente, cuando la madre utiliza el recurso de que el varón tome la calle. Así la madre abandona el hijo varón pensando cumplir con la compulsión de hacer que el hijo termine de aprender a ser varón. Allí es donde aprenderá el significado y la realidad de ser hombre, para que se convierta en un verdadero macho, y se endurezca como varón.

El hijo se revuelve en su ser porque lo abandonan por ser varón, siente rabia, un rencor que los padres no se explican. Ello resulta de una prolongación del consentimiento, pero se termina por no exigir nada al varón. Se le deja en condiciones de hacer todo lo que el quiera, que es lo que pensamos que cree el venezolano, es la libertad social. Así, no tendrá ninguna razón para pelear por su libertad, si se rebela, es sin causa. “Este amor al dominio (por hacer su voluntad) lleva al niño a forcejear con sus padres >por la autoridad>” (Leites, 1993, 37). En una situación de permisividad, la autoridad se diluye tanto en los padres que el hijo desarrolla los sentimientos de la gana y la desidia. La adolescencia, así se convierte en la edad más riesgosa, porque en ella se abandona el esfuerzo por inculcar el compromiso personal y social.

La adolescencia siempre ha sido vista como una etapa intermedia entre un sentido alternativamente vigorizante y desconcertante de un pasado definido en extremo que debe ser abandonado y de un futuro aún por identificar, y con el cuál identificarse. Incluso en un período de rápido cambio la adolescencia parece cumplir la función de confiar a la persona en crecimiento los logros posibles y los ideales comprensibles de una civilización en existencia o en desarrollo (Erikson, 1974, 119).

4. Machismo

En la categoría del machismo se concentra el resultado de origen del narcisismo (primario). En el machismo se detiene el desarrollo del ser social. Un factor importante es también el principio del placer que desplaza todo, otro principio para quedarse él, casi como principio absoluto de interpretación y orientación de los significados de la cultura.

En el ser machista, se muestra el resultado del flujo libidinal femenino de la madre sobre su hijo varón. Si se orienta hacia la hija se obtiene el feminismo. Se supone que si el machismo permanece en la sociedad, indica que tal flujo no se corta en su actividad. Tal permanencia del fenómeno tiene mucho que ver con la forma como se instaló étnicamente en la adolescencia. En sociedades como la del mediterráneo (Pitt-Rivers, 1979), y de un modo más fuerte en las del caribe (1973), la instalación machista va asociada al matricentrismo como fuente principal. El psicoanálisis y la antropología tempranamente formularon el modelo de matricentrismo-machismo (Vethencourt, 1974; Moreno, 1993) para analizar dicho problema. El exceso de maternalismo, junto con su permanencia no fracturada, proyectada sobre el hijo adolescente, genera como resultado el exceso de machismo en el varón.

Si la crianza queda en manos principalmente de la madre, los efectos negativos se dejarán ver más adelante cuando el niño, debido al curso normal de la vida deba salir del espacio materno por excelencia, la casa (el hogar), a hacer su vida y combatir con los demás miembros de la sociedad, es decir, vivir no solo en familia, sino también en sociedad. Ya con respecto al niño McMurray anuncia la lógica de lo que pasará con el adolescente:

La forma de su comportamiento está regida por la intención de la madre, en términos de un modo personal de vida colectiva dentro de la cuál debe ser adecuado. A causa de esto, aún hasta el aspecto negativo del desarrollo del niño, tiene una forma racional, aunque la intención que lo reacionaliza tiene que ser durante un largo tiempo, la de la madre. La consecuencia es que las técnicas que un niño adquiere, lo capacitan para tomar su lugar como miembro de una comunidad personal y no para apañarseñas por su cuenta en ambientes naturales. (McMurray, 1974, 64)

En la preponderancia femenina en la vida familiar, el hijo varón carece de ventajas, pues la madre posee una carga libidinal que es por supuesto netamente femenina, al ser descargada sobre sus hijas hembras no implica mayores complicaciones ni desajustes, pues también es mujer (Gilmore, 1974). La cuestión es lineal y directa en su caso. El caso del varón es más delicado, ya que al ser expuesto a semejante descarga de energía femenina de la madre choca con la identidad simbólica libidinal masculina. Volvemos a recalcar la necesidad de la figura del padre, símbolo normal no solo de autoridad sino también apropiado y coherente de masculinidad, para que al menos limite y contrarreste dicho proceso maternal, equilibre el proceso y ayude a madurar como ser social al varón adolescente.

Es necesario aclarar que en sí los seres humanos somos bio-simbólicamente completos, pero con faltantes uno del otro. En realidad lo femenino necesita de lo masculino para reafirmarse como tal y lo masculino de lo femenino. Y el problema con la crianza en manos exclusivas de la madre viene dado por la naturalidad del sexo femenino y la dificultad del sexo masculino al tener que demostrar que es varón (Risque, 1982), pues el hombre se hace (Gilmore, 1994). De hecho en Venezuela se observa con demasiada frecuencia la presión ejercida sobre los niños varones por demostrar que son varones, se les enseña a serlo, describiéndole siempre la manera en que se debe comportar un varón, las cosas que no debe hacer, y hasta cómo debe vestir. Por supuesto que este aspecto es común en la mayoría de las sociedades (Gilmore, 1994),

pues tanto la niña como el niño poseen diferencias físicas que de alguna manera u otra condicionan comportamientos, tratos, y posiciones frente a la sociedad y que son enseñadas básicamente en la familia, que asume dentro de la cultura la responsabilidad de la primera socialización (socialización primaria), pero también en parte la segunda socialización (socialización secundaria).

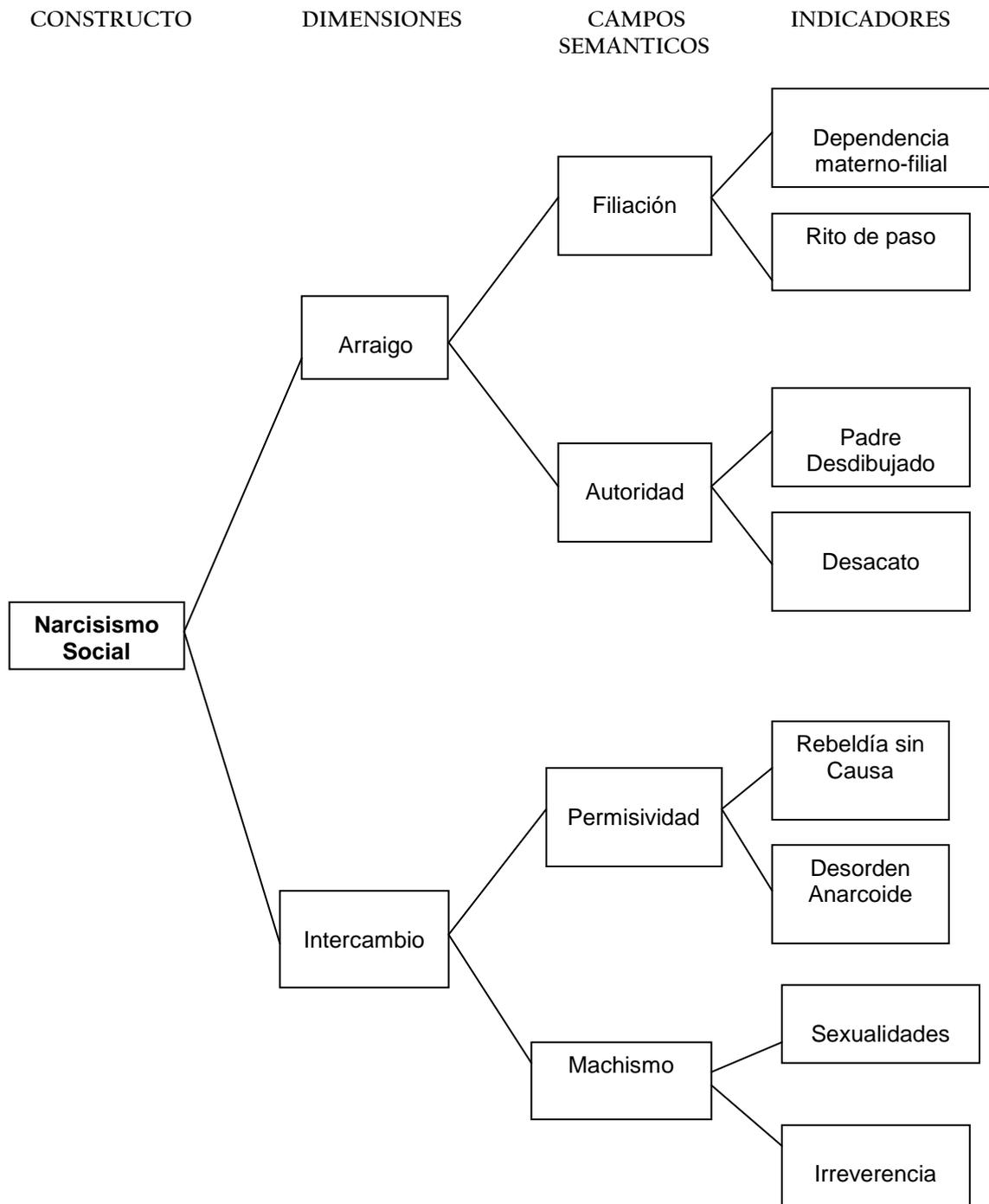
Si el ser humano de por sí es un ser inacabado al nacer, pues nace demasiado débil y dependiente a diferencia de muchos otros seres vivientes, el varón es un ser más inacabado aún. El psicoanálisis habla del concepto de demora en este sentido (Freud, 1995). Parece que la mujer tiene más claro lo que es, o al menos eso es lo que se advierte con la obsesión compulsiva del colectivo venezolano, sobre todo por sus madres con la crianza del hijo varón, que se presiente como autoritaria y a la vez consentidora, y en medio de esta contrariedad, la particular manera de enseñanza (la que describíamos anteriormente) prohibiéndoles algunas conductas consideradas exclusivamente femeninas, como el llanto, la delicadeza, etc.

Aunado a esto el rechazo que sufre el varón en su adolescencia es también un método muchas veces desesperado de la madre venezolana por hacer de su hijo, mediante un proceso de sobreconsentimiento, un macho, pero no un macho cualquiera, sino un macho particular conforme al ideal de la cultura.

El cese de la admiración incondicional y el reclamo del otro cuando el sujeto se aparta de determinadas cualidades o conductas deseables es lo que crea, por lo tanto, la dimensión del ideal. Que el ideal provenga no de una desilusión del sujeto sino de un reclamo del otro que ya está moldeado por la cultura explica porqué los ideales no son individuales sino una adquisición de lo que la sociedad pauta (Bleichmar, 1981, 64).

En suma, la elaboración de filiación, asociada a una instalación de autoridad afectiva acorde con el motivo maternal, proseguida con una relación de permisividad, totalmente diferenciado de la tolerancia, y rematada con las significancia machistas, constituyen los campos semánticos, donde se va a trabajar el *Narcisismo Social*, según las dimensiones del arraigo e intercambio narcisista en esta investigación. De acuerdo con la concreción etnográfica, en cada uno de los campos mencionados, se muestra el proceso de socialización secundaria del varón en la familia venezolana, proceso clave para comprender la reproducción de la estructura de dicha familia. Véase el cuadro nº1, donde se sitúan dichos campos en los marcos del proceso demostrativo.

Cuadro nº1. Esquematización del Concepto de Narcisismo Social, según Dimensiones, Campos Semánticos e Indicadores



Capítulo 4

Dos Familias Extensas venezolanas con Diferente Criterio de organización

A. Diferentes realidades socio-espaciales, idénticas vivencias socio-culturales

La vivencia familiar venezolana presenta una dinámica particularmente fuerte, protagonizada por la madre. La familia es a su vez una institución de la organización social, en que florece en su esplendor la cultura nacional. Por consiguiente, se puede interpretar que la familia goza de un alto valor significativo también en la sociedad venezolana.

Específicamente la atención se centra en la relación materno-filial, expresada en la mutua dependencia materno-filial entre la madre y el hijo. Esta relación sigue funcionando en todas las esferas de la realidad social, o lo que es lo mismo, la sociedad venezolana actúa en sus relaciones sociales como asumida o tomada por la familia (Hurtado, 1999), esto es lo que Hurtado previamente formula cómo *matrisocialidad* (Hurtado, 1998).

La inmanente y mutua dependencia materno-filial, es concretada en esta investigación, especial y paradigmáticamente en la figura del hijo varón. Bajo esta perspectiva de dependencia etnopícnica resultará difícil pensar al varón como un ser capaz de tener una vida colectiva sana, porque ya en sus orígenes adultos se observa su incapacidad por configurar su propia familia. La realidad es que pertenece y pertenecerá siempre y únicamente a una sola familia, la materna, de su madre.

La socialización secundaria del varón es lo que nos interesa ahondar analíticamente en los dos casos de familias extensas de la presente investigación. El primer caso, que corresponde a la familia Briceño (Caracas), presenta una estructura particular, pues lo que realmente une al grupo, es un vínculo profundo de amistad, un compadrazgo, una alianza espiritual o moral, de más de cuarenta años. Aún así su comportamiento de lealtad, posee los mismos rasgos de la familia de parentesco de sangre y alianza matrisocial, en donde el grupo de mujeres hermanas crían a sus hijos en conjunto, aunque en este caso las mujeres de la familia no sean hermanas “de sangre”. Mientras que la familia Cárdenas (Acarigua), posee vínculos de consanguinidad, y de alianza matrimonial (y concubinaria). Esta estructura de parentesco le permite abarcar un grupo familiar mucho más extenso.

Pensamos que no solo el criterio de consanguinidad, según la tradición de la antropología inglesa, constituye el origen del parentesco (Fox, 1972); también el criterio de alianza se ubica en dicha constitución del origen del parentesco (Levi-Strauss, 1969). Pero además podemos ampliar los criterios que tienen que ver con las relaciones espirituales o morales que surgen y permanecen con la lógica del mito, en los grupos sociales y aún en la interacción diádica, como son las relaciones de amistad, compadrazgo, padrinzago, afiliación, academia, compañerismo, laborales. El interés de esta investigación es comprender cómo la lógica del mito opera de igual forma, aunque contenido, en la familia, emparentado con criterio consanguíneo, y la familia emparentada con criterio únicamente moral.

El universo total de nuestro estudio abarca a cuarenta y nueve (49) individuos, universo que se divide en dos (2) casos, aglutinando 15 y 34 individuos según el grupo. En el caso de la familia Briceño el número que corresponde es de quince (15) miembros, de los cuales entrevistamos a

cuatro (4) mujeres, dos (2) madres y las dos (2) restantes las hijas respectivas. Mientras que el número total de miembros de la familia Cárdenas corresponde a veintisiete (34), de los cuales entrevistamos a cuatro (4) mujeres, también dos (2) de ellas madres y las otras dos (2) entrevistadas son las hijas respectivas. Obsérvese esta distribución en el siguiente cuadro:

Cuadro nº2. Estructura Composicional de los casos, según parentesco y familias.

Parentesco	Familias		Total
	Briceño	Cárdenas	
Padres	4	8	12
Hijos (as)	5	11	16
Yernos (as)	3	2	5
Nueras	1	5	6
Nietos (as)	2	8	10
Total	15	34	49

El diseño operativo del corpus de miembros entrevistados, desde los cuales se van a precisar las conductas y significados de los grupos emparentados, se ordena en el cuadro nº3

N° de entrevistadas	Categoría o parentesco de las entrevistadas	Tiempo de las entrevistas		Fechas	Tiempo total		
		Min	Seg		Horas	Min	Seg
4	Madre e hija	46	16	12/02/2011	2	10	40
	Madre	40	00	12/02/2011			
	Hija	44	24	12/02/2011			
4	Madre e hija	43	03	05/05/2011	1	27	35
	Madre e hija	44	32	05/05/2011			
Tiempo total	-	217	75	-			

B. La familia Cárdenas de parentesco consanguíneo y alianza sororal

La familia Cárdenas aceptó nuestra propuesta, y así nos abrió las puertas de sus casas y de su entorno. De esta manera nosotros pudimos hacer una observación de lo que es o puede ser la realidad familiar y social de una familia de capital de provincia que poco a poco ha ido distanciándose de lo que es una típica o tradicional ciudad del interior con dependencia rural para convertirse en un centro económico y de crecimiento agroindustrial de un estado, en este caso, del estado Portuguesa. Sin embargo, sigue guardando cierto aire tradicional y conservador socialmente hablando.

Para empezar, presentamos a dos (2) de los seis (6) padres de esta familia. La señora Minerva (58), quién es la mayor de cuatro (4) hermanas. Vive en concubinato con el señor Isidro desde hace 38 años. Tienen dos (2) hijos (mellizos), Jaime y Lisandro (37). La señora Minerva aún tiene un tercer hijo (Álvaro), el cuál tuvo con su primer marido (concubino).

Jaime vive en concubinato desde hace 4 años con Leticia, y tiene dos (2) hijas, Mariana y Andrea, de 17 y 9 años de edad respectivamente. Estas hijas fueron fruto de su primer y único matrimonio, pues aún no se ha divorciado.

Lisandro también vive en concubinato con su actual pareja Ingrid, desde hace 13 años, tienen dos (2) hijos, Mauricio y Daniel, de 11 y 10 años de edad respectivamente.

Álvaro, el hijo mayor de Minerva, aún vive aún con ella, y tiene una hija, Alexandra (3), pero no mantiene ningún tipo de relación sentimental con la madre de su hija.

La señora Minerva tiene tres (3) hermanas. La primera de ella es Azucena (49), otra madre de la familia. Tiene tres (3) hijos: Yajaira y Daniel (mellizos), de 22 años y Dayana de 17 años. El padre, con quien mantuvo una relación intermitente por 23 años, falleció hace 5 años.

Yajaira está casada desde hace cinco (5) años, y tiene un (1) hijo (Christopher) de cuatro (4) años de edad. Su hermano mellizo, Gabriel, no está casado, pero vive con Diliaa desde hace tres (3) años, con quien tiene un (1) hijo (Esteban) de dos (2) años de edad. Dayana, la hija menor de Azucena aún vive con ella y no tiene hijos aún.

Por otro lado, está Lissett, quién tiene dos (2) hijos de padres diferentes, pero no se caso ni vive con ninguno de ellos. Javier (22), es el mayor de sus hijos, quien vive en concubinato desde hace varios meses con Dulvis, aún no tiene hijos. La otra hija de Lissett es Mariela (17), que vive aún con su mamá y no tiene hijos aún.

Por último tenemos a Alina (45), la menor de éstas cuatro (4) hermanas, quién vive desde hace 11 años con Rafael (55), su concubino y padre de su hijo menor Iván (10). Tiene dos (2) hijos más, Eduardo (17), que tuvo con su segunda pareja con quien vivió en calidad de concubinos por 6 años y Lilibeth (23) quien es fruto de su primer y único matrimonio pues aún no se ha divorciado. Lilibeth vive en concubinato con Benito (42) desde hace 3 años, y tienen una hija, Valeria de 2 años.

C. La familia Briceño de parentesco moral

La familia caraqueña que nos sirvió de ventana hacia la realidad familiar urbana en Venezuela, fue la familia Briceño que consta de un total de 15 miembros, constituidos por padres, hijos, yernos, nueras y nietos.

Para empezar tenemos a dos de los padres de la familia, el señor Santiago de 68 años de edad, de origen portugués, quien está casado con la señora Adelina de 65 años de edad, de origen venezolano (andina) desde hace 48 años. Tuvieron tres (3) hijos: Annarella, Antonia y Johan, de 45, 39 y 31 años correspondientes.

Dos (2) de los tres (3) hijos de los señores Santiago y Adelina se encuentran viviendo fuera del país. Johan se casó en el 2010 y a los meses se fue a vivir indefinidamente a España, mientras que Antonia se mudó al mismo país el presente año con el que es su esposo desde el año 2010. Annarella, la hija mayor aún reside en Venezuela, sin planes por los momentos de irse del país, está casada desde hace 11 años y tiene un (1) hijo (Alfredo) de 10 años de edad.

Los señores Santiago y Adelina mantienen una relación de amistad que con el tiempo se ha convertido en un profundo vínculo fraterno con el señor Roberto (61), y su esposa, la señora Carolina (58), ambos venezolanos, y están casados desde hace 40 años. Son los otros dos (2) padres de esta familia. Tuvieron dos: (2) hijos, Cindy (36) y Luis (32).

Cindy está casada desde hace 12 años, y tiene un hijo (Leopoldo) de 3 años, mientras que Luis aún no se ha casado y se encuentra actualmente viviendo en casa de sus padres.

D. Semblanza de los actores intervinientes

De la familia Briceño entrevistamos, como mencionamos anteriormente a dos (2) de sus madres y dos (2) de sus hijas. A continuación, realizamos una pequeña descripción de cada una de ellas:

1. La Sra. Adelina, es de estatura media, cabello corto, siempre impecablemente arreglado y de contextura no tan delgada. La Sra. Adelina se caracteriza por ser una mujer muy elegante, sumamente cuidadosa con su aspecto físico. Tiene 65 años de edad. Su origen es andino, nació en la ciudad de San Cristóbal, estado Táchira, pero se fué a Caracas a la edad de 15 años, vivió por un tiempo en casa de unos tíos, hasta que culminó sus estudios universitarios y se casó con el Sr. Santiago. Estudió Educación, y desde que se graduó ha ejercido su carrera y aún sigue en su ejercicio. A sus tres (3) hijos los crió con ayuda de una nana (señora de servicio), pero relata y hace hincapié en que a sus hijos los crió ella, en el sentido de que su esposo le relegó bastante del cuidado y educación de sus hijos, alegando dureza de carácter, es decir, nos cuenta que su esposo prefería que ella se encargara de la educación de los niños, pues si lo hacía el los regañaría “muy feo”, y “tampoco era la idea”.
2. Annarela es la hija mayor de la Sra. Adelina. Es una mujer muy bonita, aunque más sencilla que su madre. Es blanca, un poco más alta que su mamá, y de contextura mucho más delgada. Tiene 45 años de edad. Esta casada y tiene un hijo de 10 años de edad. Estudió Administración y actualmente se encuentra trabajando en una importante empresa transnacional. Es una mujer con aire muy independiente, ella misma se califica como

tal. Tiene una actitud mucho mas abierta a la vida en general que su mamá. De hecho en algunas ocasiones notamos entre madre e hija varias opiniones encontradas que nos percatamos vienen desde la infancia de Annarela. Por ejemplo, en su caso, acepta que su marido debe participar también en la educación de su único hijo. Sin embargo, pudimos notar en nuestra observación diaria que su esposo aunque mantiene una relación bastante cercana con su hijo, a la hora de tomar decisiones con respecto a este, se delega la tarea automáticamente a Annarela.

3. La Sra. Carolina, es una mujer morena de cabello bastante corto, de estatura media y contextura gruesa. Es una señora extremadamente alegre, amable y sumamente humilde. Estudió Educación, y fue en esta época cuando conoció a su entrañable amiga, a la que hoy en día considera como una hermana, a la Sra. Adelina. Está casada con el Sr. Roberto con quien tiene dos (2) hijos. Nos relata que en la crianza de los niños la ayudó siempre su hermana menor Auxiliadora, que nunca se casó ni tuvo hijos. Uno de sus hijos aún vive con ella, a pesar de tener ya “edad casadera”, dice que no ha podido conseguir a una buena muchacha que lo quiera y lo respete, en varias oportunidades manifestó gran preocupación por este hijo porque “no sabe ya que hacer con el”.

4. Cindy es la hija mayor de la Sra. Carolina. Es una mujer morena, alta, de contextura gruesa igual que su mama y con la misma frescura y alegría que encontramos en la Sra. Carolina. Muy agradable y educada. Estudió Administración y se

encuentra trabajando en una pequeña empresa que es de una de sus mejores amigas. Está casada y tiene un niño de 3 años de edad. Nos cuenta que su esposo a pesar de ser un poco “quedado” en muchos aspectos de su vida, la ha sorprendido con el “carácter” que le ha puesto a su hijo. Que aunque piensa que a veces puede ser un poco duro con el pequeño, prefiere dejar que sea así y no quitarle la autoridad frente al niño, aunque luego ella le consienta para que el niño “no se ponga rebelde”.

De la familia Cárdenas entrevistamos también a dos (2) de sus madres y dos (2) de sus madres. A continuación, una pequeña descripción de cada una de ellas:

1. Azucena al principio da la impresión de ser una persona muy seria, hasta amargada, sin embargo, al conocerla mejor, es fácil notar que es una persona de muy buen trato, muy bromista, con mucho humor. Es alta, blanca, y de contextura gruesa y algo desaliñada. Vive en la casa de la familia, como le dice ella, es decir, la casa que fue de sus padres y donde se crió ella y sus hermanas. Es una casa vieja y grande, donde solo reside ella y su hija menor, pues “los viejos”, es decir; sus papas ya fallecieron. Azucena tuvo la ayuda económica del padre de su hija menor, hasta hace dos años que falleció. Desde ese entonces le ha tocado “echar pa’lante” con la única hija que le queda bajo su tutela, ya que los otros dos hijos ya no viven con ella, pues están casados y “arrejuntados”. Recientemente le diagnosticaron dos hernias discales por lo que se vió obligada a dejar de trabajar, por ahora sus dos hijos mayores se encargan económicamente de ella y de su hija menor, y “están

pendientes de ellas”, sobre todo su hijo mayor que vive a una cuadra de su casa.

2. Yajaira es la hija mayor de Azucena junto a su hermano mellizo, Daniel. Yajaira es alta, blanca y de contextura delgada. Es muy bromista también, y tiene un tono de voz bastante alto, es realmente muy extrovertida. Esta casada y tiene un hijo de 3 años de edad. Actualmente se encuentra estudiando y trabajando en un local de comida rápida al mismo tiempo. A su hijo lo cuida la abuela materna, o sea Azucena. Aunque a su esposo no le gusta mucho esa idea pues dice que lo consiente demasiado y llega a la casa muy malcriado. Nos comenta yajaira que en varias oportunidades ha discutido fuertemente con su esposo por este asunto, pero “no se puede hacer nada”, ya que no quisiera abandonar sus estudios tampoco.

3. Alina que es la menor de sus tres hermanas, aunque en su cotidianidad refleja un carácter abierto y extrovertido, al momento de entrevistarla estuvo un poco tímida la principio, sin embargo poco a poco se fue abriendo más. Es alta, blanca y es la más delgada de sus hermanas. También más coqueta. Vive en concubinato actualmente, aunque sus tres hijos son de padres diferentes, su pareja actual ha sido “su fiel compañero” por 11 años, y dice no tener queja alguna de él, solo que es un poco “quedado” en los aspectos del hogar, como arreglos de aparatos domésticos o instalaciones eléctricas o de agua. Alina está trabajando actualmente en un restaurante, aunque en el pasado no tuvo la “necesidad” de hacerlo, y pudo criar con más dedicación a sus dos hijos mayores. Su hija mayor le ha

ayudado con la crianza de su hijo menor y eso la tranquiliza a la hora de salir a trabajar.

4. Lilibeth, es la hija mayor de Alina. Es una mujer morena, de contextura media y de cabello largo y negro “como el azabache”. Es muy risueña y optimista. Vive en concubinato y tiene una hija de 2 años de edad. Lilibeth como mencionamos anteriormente ha ayudado a su mamá con la crianza de su hermano menor. Esta estudiando derecho actualmente, y aunque estuvo trabajando un par de meses luego del nacimiento de su hija, prefirió dejar de hacerlo y quedarse en el hogar, cuidando de su hija pues no tenía quien se la cuidara, y no le gusta las guarderías porque ha oídos “muchos cuentos feos” de estos centros infantiles. Sin embargo, Lilibeth ayuda a su pareja los fines de semana, ya que este es comerciante independiente, y se dedican a vender ropa los días sábados en un mercado muy tradicional en la ciudad de Acarigua ubicado en una centrica urbanización de la ciudad, y los domingos se trasladan a la ciudad de Barquisimeto que queda a dos (2) horas de Acarigua para vender “la mercancía”, en un conocido mercado popular de dicha ciudad. Su pequeña hija queda al cuidado de su abuela, la mamá de Lilibeth, Alina.

Cuadro n^o6. Distribución de las entrevistadas por familia, según Edad, Hijos, Ocupación y Edo Civil

Familia	Nombre	Edad	Hijos	Ocupación	Edo Civil
Briceño	Adelina	65	3	Profesora	Casada
	Annarella	45	1	Administradora	Casada
	Carolina	58	2	Profesora	Casada
	Cindy	36	1	Administradora	Casada
Cárdenas	Azucena	49	3	Ama de casa	Soltera
	Yajaira	22	1	Cocinera/ Estudiante	Casada
	Alina	45	3	Cocinera	Soltera/ Concubina
	Lilibeth	23	1	Ama de casa/Comerciante independiente	Soltera/ Concubina

CAPITULO 5

Fuerte Dosis de Arraigo Integrista

A. El Nudo Apretado Materno-filial

Una cosa es defender el lazo afectivo y otra muy distinta ahorcarse con él (Riso, 2003, 9)

La dimensión de un arraigo, que tiende a construir un narcisismo de las relaciones sociales, se muestra en algunos complejos que no logra solucionar la cultura. En el caso del colectivo venezolano se pueden observar el complejo de la fuerte dependencia materno-filial y el de un Edipo Cultural en el que no logra edificarse la relación de autoridad.

Ciertamente la relación entre una madre y su hijo es un vínculo sumamente fuerte en cualquier sociedad, y es entendida como el fundamento sobre el que se construye la personalidad de todo individuo. Pero en Venezuela se lleva esta premisa a otro nivel. Uno más dramático, castrante y dependiente. Tanto así que una de las primeras reacciones acerca del amor maternal lo obtuvimos de Lilibeth que admirada exclama:

Claro, es que tenerlos desde un principio es diferente. Si, los quieres desde el principio porque hay un instinto además uno ya sabe cuando están enfermos, uno les ve el semblante, ya los conoces (Lilibeth).

La madre al ser una figura magnificada por la cultura venezolana goza y disfruta de una posición privilegiada dentro de ésta. No solo la maternidad le otorga estatus social, también como que tiene “derechos de maternidad”, porque detenta “poderes especiales” sobre el hijo que le reconoce el colectivo. Si una madre en todas las sociedades significa algo grande, configurándose como un ser infinitamente especial ya que otorga vida, en Venezuela esta figura se pondera de tal manera que en muchos casos llega a poseer poder extremo sobre todos y cada uno de sus hijos, de suerte que se mete en todos sus asuntos, con el derecho de las entrañas que posee y activa. Esta es una actitud que no solo no se reprocha, sino que emotivamente se aplaude, se celebra, porque una madre que no hace esto en Venezuela, puede ser considerada como una mala madre, que no se preocupa por la vida de sus hijos. Carolina arruga la cara y dice taxativamente:

No pero por supuesto, madre que no se sacrifica no es madre, yo pienso que la máxima prueba se presenta a la hora de hacer sacrificios. Imaginate, ser una madre cómoda. Hay muchas mujeres así, yo no las entiendo, como desnaturalizadas, es muy raro, pero si las hay. (Carolina)

La madre por lo tanto es la máxima figura en la cultura nacional. De allí el deseo tan grande de las mujeres por ser mamás, saben que esto les dara estatus y poder dentro de la sociedad. Los hijos son los que hacen el matrimonio, sin ellos no hay nada consolidado de por medio entre marido y mujer. Parece que ellos no solo dan la legitimidad, sino también la honradez a los progenitores. Yajaira lo tiene claro:

Es algo fundamental. Uno crece y tiene que tener su familia y una familia son los hijos y el esposo. A uno le nace pero es algo fundamental para la vida. Si yo no tengo hijos con Julio no nos une nada. (Yajaira)

La mujer venezolana vive la maternidad de una manera muy significativa. Aunque Cindy por ejemplo nos dejó bien en claro que a pesar de estar satisfecha por haber tenido a su hijo, no se hubiese sentido incompleta si no lo hubiese tenido, pero su gesto parecía el de una excusa, como una muestra de su comodidad permisiva, porque lo que resalta en el colectivo es el valor del sacrificio por el hijo. Es un sacrificio lleno de amor, de disfrute. No sacrificarse por el hijo es señal de no quererlo, de no disfrutar el consentimiento. Es la realización de la maternidad: “tú lo disfrutas y te llenas muchísimo pero si yo no hubiese tenido a Leonardo, hubiese tenido que adaptarme a eso” (Cindy). Tanto así que la interpretación émica de la cultura acepta que la cultura venezolana impulsa a creer en el paradigma de la maternidad como acto de consagración femenina:

Pero yo pienso que aquí si te crían así, que si tienes 30 años y no te has casado estás fregada, y si no tienes novio también. Si no tienes hijos a los 35 años entonces ya te fregaste, que no vas a tener hijos, que no vas a saber lo que es eso, entonces eres una mujer incompleta. Fijate que la gente tiende a decir, después que se pasa la edad de dar a luz, “¿y por qué no buscas uno?”, “porque no sabes que es eso”, “no sabes lo que te pierdes”. Además la gente cree que el tener hijos es para que tu hijo te cuide cuando tú estés vieja, esa es otra cosa. Entonces las mujeres piensan que se van a quedar solas y se preguntan que quién las va a cuidar, mucha gente piensa eso y eso es una locura.

Cindy nos recalcó siempre que ella no buscó tener a su hijo para sentirse completa, sin embargo nos indicó cuánto le costó quedar embarazada. Pero que luchó y luchó hasta que lo logró. Al indagar acerca de su persistencia solo nos replicó: “lo hice por mi, porque así lo deseaba, por mi propia decisión”, es como si admitiera implícitamente la prescripción cultural de ser madre a toda costa. Y efectivamente se encuentra como una prescripción cultural, con raíz compulsiva, según Hurtado (1998). La emotividad de Cindy no dejaba duda de la manifestación consultiva.

El maternalismo venezolano está allí, siempre presente en forma de compulsión. El deseo de ser madre se manifiesta tarde o temprano, está profundamente arraigado en el colectivo. Aunque se quiera pensar que el deseo es una decisión conscientemente analizada por iniciativa propia y no por presión social, ya el “gusanito de la maternidad” fué implantado en su psique hace mucho tiempo ya, inclusive desde la más tierna infancia en razón del mito matrisocial. Azucena lo dice trascendiendo su feminidad, y lo dice como vocera de la lógica de un colectivo social: “uno para realizarse como tal, tiene que tener sus propios hijos. No es para sentirse mujer porque eso es mentira. Es que uno no los tiene porque sea necesario tenerlos es porque a uno le nace tener sus hijos”. Termina enfatizando “a uno le nace”.

La obsesión femenina con la maternidad, como prescripción cultural en Venezuela, da como resultado además una sensación de apego por parte de madre hacia el hijo, que es precisamente el punto central del huracán matrisocial que vive la sociedad. Es decir, el hijo como proveedor de estatus y honradez de la madre está destinado a ser siempre como compensación un consentido. Lo que va a implicar que la madre lo retiene también compulsivamente para ella. Y aquí se detiene la relación materno-filial, al parecer sin solución ni continuación o madurez. El hijo se cría para ser dependiente de su madre con el objeto de que jamás la abandone. Así ésta nunca pierde su sitio privilegiado dentro de la cultura venezolana, remarcado por la presencia etnopsíquica de inmediatez sentimental.

Los hijos e hijas, pero ideológicamente parece sentirse que el varón de un modo ponderado figura como el principal otorgador de este estatus de la mujer madre. El hijo se hace dependiente de la madre sobre todo por la supergratificación consentidora, como de adoración que recibe desde el momento en que nace. Tal percepción le creará un dispositivo

que le hará ver la realidad un tanto confusa y opaca, lo que le llevará a perder la importancia de ella. Así necesitará de una ayuda excesiva para orientarse en ella, porque se sentirá perdido ante cualquier evento que reclame una decisión madura en la etapa de su adolescencia. Cuando preguntamos acerca de la razón por la cuál se consiente tanto a los hijos, Cindy se anima sobre su asiento y sin pensar mucho considera:

Si, yo siento que es por la empatía que uno tiene con ellos. Entonces lo sobreproteges y empiezas a consentirlo, también muchas veces porque son niños, entonces uno dice que son pequeños. Uno en la vida tiene como que tantas normas, entonces uno ve que desde pequeño también se las impones a ellos.
(Cindy)

Alina lo interpreta de una forma aún mucho más radical invocando el estatus cultural que reciben de hijos para siempre, aunque socialmente adopten otras circunstancias familiares:

Yo pienso que para sentirse realizada tiene que ser madre. Yo pienso que es porque así tiene que ser. Es como trabajar y trabajar pero no tener alguien por quien vivir. Los hombres van y vienen pero los hijos se quedan. Para uno siempre serán sus hijos, así estén casados para uno siempre serán sus niños.

La cuestión es que una persona que haya sido contemplada, sobreprotegida y amparada de todo mal en sus primeros años de vida, va a permanecer de la misma forma, como destino en sus años de adolescencia. Entonces, la madre se cree en la obligación compulsiva de mantener sus pautas sobreprotectoras. Permanece en ella el temor de que probablemente no alcance a desarrollar la fortaleza (coraje, decisión, aguante) para enfrentar la adversidad de la vida. Tal es el proceso de socialización de los hijos e hijas en la cultura matrisocial; proceso que se ve mejor en el hijo varón.

El problema radica también en la falta de aceptación de la madre de un hecho verídico: el hijo es una persona que nació de ella, pero no es ella; la madre y el hijo son dos personas distintas. Cindy nos expresaba lo siguiente: “Ellos son como un pedazo de uno que está afuera. Entonces es como que sientes que lo que le hagan a ellos o lo que ellos padezcan, lo padeces tu también.”

Esta simbiosis materno-filial, Adelina la detecta como un problema, cuando observa el despegue necesariamente vital que comienza a ocurrir por parte del hijo en los años ya previos a la pubertad:

Ya el niño de por sí, a partir de los 9 años empieza como a tomar decisiones propias y a reflejar sus deseos sobre lo que le gusta y lo que no le gusta y ya en ese momento hay como un enfrentamiento con los padres de por qué me lo vas a imponer. Debería ser como una conciliación.

La realidad es que mucho antes de los 9 años, los niños ya han tomado conciencia de una cantidad de cosas a su alrededor que les permite tomar opciones, acertadas o no, con respecto a sus deseos.

La sobreprotección de las madres venezolanas hace que tiendan a pensar que antes de que los hijos se equivoquen es mejor decidir por ellos, “si van a tomar una mala decisión es mejor aconsejarlos para que no se den los mismos golpes que uno se dio, para eso está uno.” (Sra. Carolina). De hecho, la Adelina admitió que: “A veces ese exceso de protección los convierte en muchachos inseguros en la vida, para tomar cualquier decisión”. Es interesante como la interpretación émica llega hasta el resultado final, y el etnógrafo no tiene otra opción que seguirla, pero manteniendo la razón conceptual que comanda el argumento y su lógica.

Annarella, la hija de Adelina, pretende darse una explicación del problema que estamos tratando, pues cada informante, como actor social, también tiene su propia versión en el grupo:

El amor es que hace que no solamente los consentas sino que hagas todos esos sacrificios por ellos, que los guíes y los acompañes, que sean tu reflejo también y que uno les pueda dar el mejor ejemplo para que ellos puedan seguir el camino que uno quisiera que llevaran, no solamente consentirlos. (Annarella)

Azucena nos indica que muchos padres prefieren echar a la calle a sus hijos para que éstos no los molesten con sus dramas y malcriadeces, (malcriadec que ellos mismos han creado debido al consentimiento). También como alternativa nos sugiere la idea ética como deber de algunos padres presentes que le dan apoyo al niño, “en cambio, sí hay una mamá o un papá que les dice, “vamos a ver televisión”, “vamos a ayudarte con la tarea”, es muy diferente, no es tenerlos encerrados sino estar con ellos. Una cosa es tenerlos encerrados y otra cosa estar con ellos”. (Azucena). Pero consideramos que el apego de los padres con sus hijos tampoco es la idea. Se trata más bien de suministrarles recursos que los hagan personas seguras de sí mismas y socialmente de hecho maduros. Conceptualmente Riso coloca el problema para que se vea el momento socializador:

Equivocadamente, entendemos el desapego como dureza de corazón, indiferencia o insensibilidad, y eso no es así. El desapego no es desamor, sino una manera sana de relacionarse, cuyas premisas son: independencia, no posesividad y no adicción. La persona no apegada (emancipada) es capaz de controlar sus temores al abandono, no considera que deba destruir la propia identidad en nombre del amor, pero tampoco promueve el egoísmo y la deshonestidad. (Riso, 2003, 9)

La instalación de la autonomía personal parece difícil de llevarse a cabo cuando los padres no incentivan una actitud de responsabilidad y orden. Aquí el papel del padre es fundamental en la adolescencia, pero no

para que sea un igual sin más, sino para que guíe la conducta hacia las iniciativas de madurez. Si el padre, la figura paterna no incentiva dichos preceptos, la autonomía personal queda coartada.

En esta coyuntura del argumento, el desprendimiento materno no fué tan evidente en las entrevistas realizadas, pues hubo distintas opiniones entre ellas que no necesariamente se ajustaron con lo que expone Hurtado (1998) y reiteramos en esta investigación, pues según las madres entrevistadas, no existe tal desprendimiento con el hijo varón por lo menos por parte de ellas, y si existe, ocurre sobre todo en las clases bajas en donde se cría al hijo, “a las patadas” (Carolina). Y era de esperarse, pues siendo la venezolana, una cultura que vive tan intensamente el yo ideal, como un centro narcisista, no es aceptable conscientemente para una madre que quiera apartar de sí misma al hijo en el determinado momento, aunque la realidad le impulsa a que este salga a encontrarse con las cosas del mundo.

Lo que pasa con Venezuela es que a la madre le resulta muy doloroso reconocer que su hijo debe separarse de alguna manera de ella, pues también siente compulsivamente que como varón tiene que expulsarlo de sí como mujer que ella es, y como compensación debe como varón también, ir al encuentro y juntarse con otras mujeres. La madre se encuentra entre dos compulsiones terribles: tener que retener al hijo para su consentimiento y sobre protección, y tener que sacarlo de la casa como varón y dejarlo a una desprotección en que topará con peligros. Alina toma la taza de café y suelta su ansiedad, tratando de solucionar este problema filial:

Con los varones lo que hay que hacer es darles confianza, y a las hembras también. Yo creo que toda la rebeldía viene del no darles la libertad y la confianza, hasta un cierto límite. Lo más importante es darles confianza. (Alina)

Alina tocó un punto sensible para la sociedad venezolana, la libertad, claro “hasta cierto límite”, pero ese límite termina en solo saber con quién anda el hijo y en dónde, “yo creo –termina Lilibeth tratando de subirse la blusa- que la idea es saber siempre donde están porque si no se van a sentir como que pueden hacer lo que ellos quieran” (Lilibeth).

El darles confianza se reduce en hacerles saber sentimentalmente que los hijos pueden contarles todo a sus padres. Pero la confianza en su sentido ontológico consiste en enseñar/aprender la fé en ellos mismos, es decir, la confianza es un sinónimo de seguridad, independencia. Es lo que el símbolo, sobre todo paterno, debe fomentar. En Venezuela la emancipación no es un valor muy apreciado porque la matrisocialidad como cultura general opera sobre todo según el modo de dependencia materno-filial. El lazo con la familia es prácticamente irrompible, porque simbólicamente se instala como un nudo muy apretado. Este nudo es así de apretado porque donde se fabrica es en una alianza sororal, en donde las mujeres en su necesidad de ser madres constituyen con sus hermanas grupos familiares extensos para criar a sus hijos. Aún el hijo en la adolescencia carece de los poderes que le otorgan los hombres como padres, para que el mundo de la dependencia materna no se apriete tanto. Los hombres son marginales o simples colaboradores en torno a este proceso, y en muchas ocasiones en varios procesos o casos, por eso aparecen como arriconados. Ya lo indicaba lamentándose Alina al decir: “Los padres son como más cobardes. Le dicen a la novia que no se pueden casar, por su mamá, por su papá, por los estudios. En cambio la mujer tiene que luchar”.

En la sociedad venezolana, la unidad social de la familia que, según el código civil, debería estar constituida por el padre, la madre y el hijo, se encuentra más bien constituida sólo por la madre y el hijo, quedando el padre alienado en el sistema de relaciones en el hogar:

En la simbiosis (madre/hijo) aprende el niño sin saberlo, a relacionarse con una persona. Los adultos podemos representarnos este estado muy difícilmente. La madre todavía no es para el niño un "objeto ajeno", sino una parte de sí mismo o, lo que es igual, el niño es parte de la madre. Sólo poco a poco, por la experiencia cotidiana, irá observando el niño que la madre está en cierto modo fuera de él, y se pondrá en relación con ese "objeto". (Caruso, 1979, 8)

Lo que expone Caruso es lo que normalmente pasa en la relación madre/niño, en el caso venezolano ni el hijo adolescente logra romper con esta unión psíquica y emocional con la madre. Aunque ésta a su vez mantiene una doble actitud o cara frente al hijo, sea que muestre siempre de una madre cariñosa, amorosa, sea que este sobreafecto conlleve a su otra cara, la que representa una actitud represiva. Aspectos ambos que se anudan realizando un narcisismo materno excesivo. Así "la imagen de una madre posesiva es interiorizada por el hijo varón" (Vethencourt, 1983, 516) y su peso psíquico sobrecondensado, no permite que salga de lo que parece ser una situación pre-edípica. (Hurtado, 1998).

Esta represión psíquica es lo que se escenifica en la relación materno-filial como contenido apretadamente anudado que se proyectará también como narcisista en las relaciones sociales. Como dicho narcisismo es congruente con un complejo cultural, en el caso venezolano, complejo de dependencia materno-filial, se incorpora sin fractura en el proceso de socialización secundaria en el hijo varón, que tendrá durante toda su vida una adoración sin medida por su madre engendradora, la que le dio a luz como parturienta.

B. El Edipo Cultural sin Maduración

Hemos hablado de la valoración excesiva de la figura de la madre en el panorama cultural venezolano. Esto inevitablemente conlleva a la devaluación de la figura paterna, que lógicamente trae consigo

consecuencias importantes como la dificultad del hijo para socializarse sobre todo en la adolescencia. La estructuración psíquica del individuo resulta considerablemente afectada, pues debido al debilitamiento de la imagen paterna en el contexto familiar, no se crea una imagen correcta de lo que la función paterna de dicha imagen paterna representa para el hijo varón.

La figura del padre va más allá de la persona que realiza este papel, como mencionamos anteriormente. Tiene una función, que entre muchas, la más importante y primaria es la de producir la liberación del hijo respecto de las entrañas maternas en todas las etapas del crecimiento y sobre todo la maduración debida del hijo en su adolescencia. La relación del hijo y la madre, a pesar de constituir una fuente invaluable de seguridad y emotividad para el niño, necesita completarse con la función paterna. Este proceso de complementación se puede llevar a cabo, merced al despegue del hijo con relación de la madre, y en esa fase inicial se encuentra decisivamente el papel del símbolo paterno.

El padre es el encargado de hacer pisar tierra tanto al hijo, como a la madre. En otras palabras es el que simbólicamente los conecta con la realidad, el mundo exterior, la sociedad. En el caso venezolano, además de ser muy común la ausencia física del padre (aunque esto hoy en día no sea tan cierto), en los casos en los que está presente, sólo contribuye de manera económica como proveedor, y cuando mucho se acerca a los hijos solo en determinados momentos en los que “es necesario que el padre intervenga, porque las mamás solas no pueden con tanta rebeldía junta” (Carolina)

Si el padre es el que introduce la negatividad con respecto a la madre, es decir, el que limita la “libertad” consentida del hijo creada por la madre, entonces su participación o presencia es visiblemente de vital importancia. Sin embargo, parece que esto no es tan obvio para muchas personas, pues la Sra. Adelina, se caracterizaba a ella misma como más entregada para con los hijos, y se justificó en ello para sobreprotegerlos. Primero remarca su función plena, que desaloja al presunto padre:

A veces las mamás asumen como más responsabilidad, más entrega para los hijos, entonces se convierte en esa persona que de alguna manera sobreprotege más a los hijos (Adelina).

Pero luego, añadió que su esposo desde un principio estuvo no solamente de acuerdo con esto, sino que así lo prefirió, hasta como para evitar problemas con ella:

Por ejemplo en mi caso, quizá yo fui más protectora que el papa, quizá el delegó en mi esa responsabilidad, el se sintió como más seguro de que yo lo hiciera. Quizá sea porque el es una persona extranjera y se vió como solo y el en el momento de tomar una decisión es muy duro, es muy fuerte y es difícil que se eche para atrás, ya lo que el decida es eso y más nada. Entonces quizá de alguna manera me lo dejó a mi y yo en esa toma de decisiones cuando mis hijos ya estaban adolescentes trataba de suavizarlo y buscar la forma de que mis esposo no se molestara, que no se sintiera tan imponente quizá en el momento de la llegada de una fiesta o de unas amistades porque no le gustaran. (Sra. Adelina)

Aunado a esto, cuando se le preguntó que si su esposo en algún momento se mostró imponente frente a los hijos respondió:

Frente a ellos no, conmigo si. A solas era cuando el me reclamaba, que esa muchacha no le gustaba como amiga o cuando iban a una fiesta, que ya estaban las muchachas en la universidad, entonces él me preguntaba que a qué hora les había dicho que regresaran. Yo le decía que a las 12 de noche, entonces me reclamaba que por qué les había dicho a esa hora, que era muy tarde, que tenía que ser a las 11, cosas así (Adelina).

Por alguna razón, el esposo de la Adelina prefería mantenerse al margen del asunto de las prohibiciones y las normas, y atribuyó esta actitud a la extranjería de su esposo (de origen portugués), y que al parecer al tomar decisiones no daba marcha atrás. Adelina ve esto como algo negativo, cuando en realidad la toma de decisiones con tal nivel de seguridad es el ideal de una persona socialmente madura. El resultado consistió en una división desigual de la participación en la relación con los hijos. La madre matrisocial (americana) desaloja estruendosamente al padre matrisocial (europeo), y lo que queda marginalmente es el reclamo en particular del padre a la madre y la permisividad de ésta.

Asistí a un hecho con este cariz. Los dos esposos discutían con relación a su hija Antonia. Pero el motivo les llevó a un recuerdo viejo cuando esta salía de la edad de la adolescencia, y mostraba su rebeldía de la juventud. La madre justificaba la rebeldía como permisiva, pero el padre se lo rebatía, y no tanto contra la hija como joven sino contra la misma madre que mostraba su falta de responsabilidad con relación a los deseos filiales. Presenció un momento del choque de sentidos entre dos culturas, y lo disfruté como un espectáculo, pero doméstico.

Es posible que muchas veces la relación de la madre con el hijo por ser tan cercana, intimide al padre, lo que hace que este prefiera no tomar su papel de autoridad frente a los hijos, por miedo quizás a ganarse el desprecio de sus propios hijos (esto pudo haber sentido el esposo de la Sra Adelina). El caso del hombre de cultura venezolana, la verdadera razón radica en un punto de mayor ausencia, y debido a su insignificancia simbólica no sabe cómo ejercer la autoridad, que por otra parte, no detenta. Si está presente físicamente, su papel será el de un convidado de piedra. De ahí que se limita a llevar un papel de par o igual, de simple amigo del hijo adolescente.

Azucena nos indica que ha visto que últimamente la participación paterna es más recurrente. Sin embargo esta participación es una participación que se confunde o se asocia en lógica con la función materna, por su carácter de cariño con el hijo. Malinowski ya observaba esta relación paterna como matrilineal en la Isla de Trobiand (Malinowski, 1974), Lo que puede confundir a los interpretes de los que portan su cultura con respecto a sus análisis, el etnógrafo no puede resbalarse conceptualmente en éste. Así vemos a Azucena proseguir, al tiempo que contrastamos con la teoría científica de Parson y Bales.

Y ahorita la mujer y el hombre, en cuestión de los niños, como que se dividen el trabajo porque yo veo que ahora la mayoría de los hombres que he visto, son los que se quedan con los niños, los que lo sacan a pasear y a veces son las mujeres las que trabajan.
(Azucena)

El rol de la madre y del padre debe quedar bien definido en una sociedad para que ésta se constituya como tal y de manera armónica. El padre no se puede comportar como una madre porque no lo es.

Para crear esa estructura de personalidad, la madre y el padre tienen roles claramente definidos, prescritos por la sociedad. El rol de la madre es "expresivo", es decir, altamente personalizado y emotivo, e interesado principalmente en mantener las relaciones internas de la familia. El rol del padre se describe como eje instrumental, con la función de ganar el pan y de relacionar el subsistema familiar con la sociedad en general. El rol de eje expresivo exige a la madre, en primer lugar, amar, al hijo o hija, pero también entender racionalmente la naturaleza, condiciones y limitaciones de ese amor que, con sus desviaciones, puede perjudicar en vez de beneficiar al hijo o hija. (Parson y Bales en Everingham, 1997, 37)

Cuando entrevistamos a Cindy, nos comentó su experiencia con el esposo, aceptando ella misma que el desinterés de los hombres en los asuntos de la crianza de los hijos y del hogar en general es producto de su propia crianza maternal. La producción cultural en Venezuela no les crea ese interés, de suerte que hasta los asuntos de familia es solo de mujeres, y ellos mismo se ausentan:

Las mujeres que tienen un hogar como tal, tú las ves que se levantan hacen el desayuno, hacen el almuerzo para llevar al trabajo, preparan la lonchera para el hijo, ya tienen preparada la ropa que le van a poner al hijo, piensan que van a hacer para el almuerzo del día siguiente, ya piensan lo que van a hacer en la cena cuando lleguen, llegan al trabajo pero también están pendientes de la guardería, están pendiente del esposo, de las amigas, están pendientes de producir, de buscar más dinero, ver donde sale más barato hacer mercado, eso lo piensan son las mujeres. Yo veo que los hombres piensan en una sola cosa. Leo por lo menos no piensa en que va a comer Leonardo mañana, simplemente el llegará y verá, "no hay comida, ¿qué vamos a hacer?", en cambio las mujeres pienso que somos multidimensionales, hacemos y pensamos en muchas cosas para resolver y ellos están acostumbrados a eso. A ellos los crían pensando en eso (Cindy).

Así mismo Lilibeth confirma el problema:

Y no porque seamos mujeres nosotras sino porque el hombre trabaja, tiene la responsabilidad de traer el dinero y hasta ahí pero no se estresa mentalmente pensando las cosas del colegio del niño, las reuniones, las mujeres siempre tienen más cosas en qué pensar (Lilibeth).

De esta manera el papel del hombre en la sociedad se resume a ser solo la ocasión de que la mujer tenga hijos (Hurtado, 1998), por tanto su importancia en el entorno familiar se reduce a ser solo proveedor económico, y socialmente proveedor de hijos por su papel de engendrador (genitor). Esta división doméstica no coincide con la interpretación de Parson y Bales que se refiere a un padre patrilineal, en el caso venezolano tenemos a un padre matrisocial, que es una cultura específica dentro del género de cultura matrilineal.

Su responsabilidad paterna (pater), se verá proporcionalmente disminuida por el exceso de maternidad producida por la cultura. Tal es la calidad de la producción de la figura materna que se realiza a costa de la figura paterna. La madre se encarga de llenar todos los espacios, inclusive aquellos en donde el hombre debería ser responsable. Además,

las mujeres se quejan de la incompetencia masculina, pero aquellas no exigen nada más allá de lo que ellos, a juicio del criterio cultural sus propias mujeres, pueden ofrecer, la provision económica. Juicio cultural que muchas mujeres individualmente piensan que debe trascenderse en la acción social, y lo enfatizan a veces duramente.

Debería haber un equilibrio, entre hombre y mujer. Porque igual como la mujer tiene que salir a trabajar, además del rol que tiene en la casa tiene que salir a trabajar, entonces son dos roles adicionales. El hombre solamente tiene su rol de ir a trabajar, de proveer, más nada. Algunos hombres te ayudarán pero es porque tú les tienes que indicar que te ayuden, pero el hombre nunca toma esa iniciativa (Cindy).

En la conversación de sobre mesa, Cindy tuvo que levantarse de la mesa para llevar los platos al fregadero, mientras casi todos los hombres estuvieron disfrutando del último sorbo de café. Entonces fue cuando ella remató la conversación toda que veníamos trayendo.

El caso de Annarella fue particular, pues nos indicó que si hay muchas familias en donde el padre es el más respetado y hasta temido, sin embargo ella no está de acuerdo con eso. "Hay muchas familias donde son los padres los que toman las decisiones y los hijos respetan más al papa y hasta le tienen temor, que no debería ser". Annarella pugnaba entre las dos culturas, siendo además la hija de padre portugués en el caso. Siendo hija, terminaba siendo mujer venezolana por lo que tomaba partido.

En esta pugna dialéctica en torno al papel del padre en las decisiones a tomar en el grupo familiar, se juega la categoría de autoridad que va a ser instalada en el varón adolescente para definirlo como perteneciente a la cultura y en qué grado portar esta. Si la autoridad va a diseñarse con un contenido frío (patrilineal) o cálido (matrilineal), es decir, diseñado por el símbolo paterno o materno. Aquella tarde la conversación

se pudo dura, d suerte que se menguó un poco y Yajaira se fue a hacer el café. Azucena le resaltó muy enérgicamente a su hija Yajaira que las mujeres son las que deciden tener a los hijos y que por tanto estos son solamente de ellas, anulando totalmente el papel del hombre en el establecimiento de una familia:

Yajaira, tú lo tomas como algo fundamental cuando hay un matrimonio, que los hijos los unen, pero ¿Cuándo no hay un matrimonio? Eso es mentira porque prácticamente los hijos son de la madre y uno los tiene porque uno quiere tenerlos. Lo que si te digo es que los hijos no se traen al mundo por simplemente traelos y decir "soy mujer porque tuve 5 y 6 muchachos", eso es mentira. Los hijos hay que traerlos porque uno de verdad quiere, que si tú quieres tener dos, entonces serán dos. Eso es mentira decir que todos los años paren para sentirse mujer (Azucena).

El narcisismo de que los hijos solo proceden de uno y no de dos, según la matrisocialidad, era patente, que ese narcisismo es primario, que no llena ni al mundo exterior para intercambiar, todavía era más patente. El eje de su producción estaba en los derechos absolutos del poder de las entrañas. La dimensión del arraigo era radical, donde no llevaba aún lo social exterior. Que también está bastante claro que en la cultura venezolana el establecimiento de una familia queda determinado por la presencia de los hijos, es una consecuencia narcisista del poder de las entrañas de la realización misma en la maternidad parturienta. El sentido de la existencia, la motivación principal de una mujer es la maternidad. Lilibeth nos relataba un caso que vió en un programa de televisión en donde una mujer con un marido estéril, decidió acostarse con otro hombre para poder salir embarazada, debido a que a pesar de ser una mujer profesional, exitosa en muchos ámbitos de su vida, no se sentía realizada. Lilibeth remató diciendo: "Porque a veces el dinero o hay personas que se realizan profesionalmente y tienen mucho dinero pero sienten que necesitan algo o alguien en quien gastar el dinero. Alguien por quien vivir o por quien luchar" (Lilibeth).

La cultura venezolana carece, además del padre, de dos figuras en el encuadre familiar, el cónyuge y la cónyuge, lo que no le permite a la familia matrisocial corresponderse con la forma de familia establecida en el código civil con relación a las figuras de esposa y esposo. Por tanto, la pareja como tal no tiene mayor valor para la sociedad, no es algo necesario para establecer una familia en el caso de las mujeres y en el caso de los hombres mucho menos. Éstos son criados para no establecerse matrimonialmente con una sola mujer. Ya nos comentaba Alina que “los hombres van y vienen pero los hijos se quedan. Para uno siempre serán sus hijos, así estén casados para uno siempre serán sus niños”.

Cuando mucho se ve al padre como un “respaldo”: “Si pero hay padres que lamentablemente son muy tranquilos. La mayoría en lo que piensa es en tener un respaldo. Bueno, yo creo que el respaldo viene del apoyo, si tu tienes una persona se supone que tiene que tomar decisiones entre los dos” (Lilibeth).

Para Alina, así como para muchas mujeres venezolanas definitivamente el amor perdurable lo encuentra en sus hijos, más no en una pareja, no en un hombre. Aunque se reconozca muchas veces, como en el caso de Azucena que la figura paterna es importante en el hogar, lo es, solo en momentos determinados. Pero no se siente al esposo. Si aún se nombra a este, se le siente como padre, con sentimiento de deseo por su faltante a veces necesario.

Eso es mentira, uno no puede sola, uno siempre necesita como una figura paterna. Y no es que sea esencial pero si hay momentos en que tú necesitas esa figura paterna. En cuestión de decisiones si hay un momento en que se necesita una figura de hombre en una casa. (Azucena)

La necesidad de la figura paterna se siente como con nostalgia. La autoridad de la madre no resulta suficientemente sólida y coherente, tanto así que percibe ella la necesidad de un aliado que detente dicha consistencia. La autoridad de la madre construye una autoridad con una mezcla de demasiado sentimiento, demasiada emotividad. Entonces la madre recurre al sentimentalismo y su condición de madre sacrificada para lograr la obediencia de los hijos, entre muchas manipulaciones del poder de las entrañas. Esto crea en el hijo un “sentimiento de deuda que lleva a sentirse permanentemente deudor de los padres primitivos y a defenderse otorgándoles los dones necesarios para tratar de convertirlos a su vez en deudores y al yo en acreedor y así seguir recibiendo en un circuito narcisista” (Berestein, 1987, 179).

La autoridad de un padre es por el contrario más fría, menos emotiva. Lo dice Adelina con la sabiduría que le da la experiencia y la observación que le dan las relaciones con su marido portugués, del cuál algo se le ha pegado.

Bueno, la intuición de madre lleva en muchos casos a que las madres consientan excesivamente a veces a los hijos y entonces no apliquen algunas correcciones que se deben hacer dentro de su formación, porque una cosa es amarlos y otra es tratar de corregirlos para que sepan defenderse en la vida, el día de mañana” (Adelina).

El caso de Cindy es bastante representativo, cuando nos comenta acerca de la participación de su esposo en la crianza del hijo. El Edipo se modifica de tal forma o desaparece el padre totalmente (símbolo del super yo) a favor de convertirse en un niño, que es el criterio de un yo ideal, completamente al servicio del narcisismo del yo maternal. Es en este terreno que la madre siente como ya en su seno la rivalidad de los infantes.

Él lo trata como un hombre, como una persona adulta. Y es que parece que él a veces es más frío, que siente como una rivalidad entre ellos, entre ese amor de él y mío. Que Leo siente rivalidad, siente que de pronto Leonardo me ha acaparado mucho y él se siente un poco relegado. Entonces él a veces entra en esa rivalidad con Leonardo y no se da cuenta, parecen dos niños. (Cindy)

Es interesante la intervención de Cindy desde el punto de vista un poco contradictorio en cuanto a su manera de ver la relación de su esposo y su hijo. Por un lado opina que el trato es tan frío por parte del esposo hacia su hijo que parece que lo tratara “como una persona adulta”, pero luego ella misma habla de una posible rivalidad entre ellos, que pensamos es matrisocialmente normal en esta clase de situación. De hecho ese es el papel de la figura paterna en la relación madre-hijo, pues es el que abriéndose paso para volver a figurar en el cuadro familiar, busca halar al niño hacia su paternidad, materializadamente cariñosa.

En la sociedad venezolana al no proveer al hombre del instrumento cultural del símbolo paterno, no se produce tampoco la autoridad social como resultado. Por lo tanto, no existe un medio de producción para que se instale suficientemente o con maduración el edipo cultural en el sujeto disponible en la sociedad para ello. Si el Edipo consiste en adquirir la autonomía personal, como la fórmula Laplantine (1979), en el ámbito social venezolano, se va a carecer de individuos con capacidad de independencia personal para hacer frente a los problemas de la realidad. Sin embargo, se vive socialmente en el narcisismo placentero internalizado.

Este *Narcisismo Social*, conceptualizado como solución explicativa a la cuestión venezolana, siempre estará en el problema por preguntar y preguntarse. Cindy en medio de sus mismas palabras, y al mismo tiempo deliberando sobre esto, ella misma llegó a la pregunta clave: “Y también la pregunta es, yo lo veo así, ¿por qué si nosotros críamos a los varones,

por qué son así? ¿Por qué si las mujeres somos las que críamos a los varones, por qué son así?”. Pues bien, irónicamente ella misma llegó al meollo del asunto, y curiosamente la respuesta la puede hallar en los mismos elementos que ella aporta, y que nosotros hemos ordenado para mostrar la respuesta en esta investigación.

También algo de lo que indica Lilibeth puede servirle de respuesta provisional a la pregunta de Cindy:

Lo que pasa es que aquí en Venezuela casi el 50% de las mujeres son madres solteras. Pero cuando están los dos, yo creo que los papás le ponen un poquito más de carácter, claro, ellos al ver la parte de la paternidad ellos tienen como un poquito más de respeto porque a veces las madres somos muy tapadoras. Hay madres que les tapan cosas a los hijos para que el papá no los regañe, son muy apoyadoras. (Lilibeth)

Las madres “apoyadoras”, representan definitivamente un aspecto negativo en la crianza de los hijos, pues la negación simbólica de la autoridad paterna como ente más adecuado para su ejercitación efectiva, repercute en la dificultad masculina para independizarse y cumplir con el proyecto social, pues como expresa Sennett, sin vínculos de lealtad, autoridad y fraternidad, ninguna sociedad como un todo y ninguna de sus instituciones prodrían funcionar durante mucho tiempo” (Sennett, 1982, 5).

En breve, la autoridad emocional de la madre desconecta la posible aunque insignificante autoridad fría (como debe ser la autoridad) del padre. La función de la independencia para su maduración individual queda anulada, y en consecuencia no se instala en él la autoridad con que en el futuro debe operar como posible padre de la familia. El edipo cultural queda casi infantilizado y expuesto, sin defensas, a la invasión del autoritarismo de la madre (y del padre) y que él se arrope con él, en su socialización secundaria. El narcisismo materno, y su proyección social, tiene el campo abierto para la siembra en el espíritu y cultura del

adolescente, el problema del narcisismo matrisocial interior con que contrariamente se desvive desordenado como ser social exterior.

CAPITULO 6

El Intercambio Desorganizado y Pobre

La dimensión de un intercambio que, por su débil dinámica exterior por falta de productos de trabajo, no coloca límite a la implosión del arraigo o no abre un boquete para desinflar a este para su explosión, aparece como colaborador o como un síntoma de un *Narcisismo Social* que está afianzado en el colectivo venezolano. Dicha dimensión se proyecta por un lado, como un desorden que no llega a ninguna parte, y por otro lado como atropellado por su escasa elaboración de las relaciones sociales.

A. Anarquizados Sin Causa

Cuando un individuo interacciona con el mundo que lo rodea se da un proceso mediante el cual este nuevo miembro de la sociedad se arma con los elementos fundamentales de su cultura. Con ello, “significa los medios con los que llegamos a ser miembros de una sociedad humana” (Light; Keller; Calhoun, 1991). Durante la acción socializadora se da una internalización de valores, principios y una serie de aprendizajes que son inevitables en los primeros años de vida, y que éstas se van a ir reforzando a medida que van transcurriendo los años hasta trascender la etapa de la adolescencia.

Por tanto la internalización, según Light, Keller y Calhoun (1991) es el proceso en el que el individuo viene a incorporar los estándares, las actitudes y las creencias de la sociedad dentro de su personalidad.

Antes de que el individuo se tropiece con este entorno social más amplio, su socialización ya ha comenzado en el principal transmisor del inicial pacto social, la familia. Es evidente que la personalidad adulta, que es la que se enfrenta con la sociedad de un país, es básicamente un producto de su interacción con figuras claves durante sus años inmaduros y, en particular, con las figuras de apego o arraigo cultural, como la madre y también por supuesto, el padre. Los que hayan crecido en un ambiente adecuado, con padres con roles claramente diferenciados y definidos serán individuos más seguros, que enfrentarán al mundo con la madurez requerida y ante cualquier situación que lo exija, podrá encararla con eficacia.

La experiencia familiar de los niños que se convierten en seres relativamente estables y dotados de confianza en sí mismos, es aquella donde no sólo hubo un apoyo sano y apropiado, sino también donde se le brindó aliento y se les impulsó de modo paulatino pero oportuno en la adquisición de una autonomía cada vez mayor.

Argumentamos que en la sociedad venezolana, en donde no opera la autoridad como debe ser, y por lo tanto la norma y la ley, el fundamento último no son *per sé* el gobierno y las instituciones educativas, sino más bien quienes representan el núcleo fundamental de la personalidad de un individuo, la familia, y ésta referida a su espacio como es la casa, donde se produce la cultura. La solución en la cultura tendrá que ver con el complejo cultural de la matrisocialidad, en la medida que el colectivo se identifique y se piense en su ser de cómo es, y no lo haga en lo que desearía, sería posible o debería ser. Por ejemplo, se dice que se

produjeron tales mercancías y la verdad es que se importaron. Esta confusión de decir lo que debiera ser como deseo (narcisista) por lo que es como realidad, crea un impasse fuerte en la dinámica de la acción. Este análisis encaja en el concepto de “complejo matrisocial” que como fenómeno debe solucionar el venezolano (Hurtado, 1998).

En Venezuela las madres muchas veces creen tener un poder de autoridad que haga que se desarrolle de manera correcta la madurez de los hijos, sin embargo, esta autoridad no siendo la adecuada por ser autoritariamente endeble y muchas veces aplicada en medio de sobreprotección y consentimiento del hijo, termina siendo confusa y sin dirección en la conducta.

Si pero yo creo que es más que todo por la sociedad porque siempre están los amigos que dicen: “pero tu eres hombre, ¿cómo te van a tener encerrado?”, como que le meten casquillo. En mi caso con Cristhian no va a ser así, va a ser como yo diga, no porque me diga que está grande, él no se manda solo (Yajaira).

En el caso de Alina se refleja mejor lo antes expuesto:

Yo a veces estoy en el trabajo y de repente me provoca llamar a Carlos para saber donde está, entonces una de las mujeres que trabaja conmigo me dijo: “pero deja a ese muchacho tranquilo, a lo mejor anda con la novia”. Pero si no me mortifico yo por el quien lo va hacer, no voy a esperar que otro lo haga. Entonces siempre lo estoy llamando para que se vaya temprano y que cuando llegue a la casa me mande un mensaje y así estoy. Me dicen que lo deje tranquilo, que lo tengo “mariqueado”. Pero yo tengo que chequearlo, saber donde está. (Alina)

Con Azucena también pasa algo similar:

Y en mi caso las hembras han tenido más libertad que el mismo varón. Porque a David yo le digo que se quede donde esté y el no sale de esta cuadra. Y aun así de grande como está yo le armo un escándalo y no me dice nada (Azucena).

La autoridad emocional materna no opera como debería ser una autoridad, pues que no alimenta ningún tipo de maduración social, y “la autoridad es nutricia, y conflictiva a la vez, necesaria para el despegue independiente del hijo” (Hurtado, Comunicación personal, 28/06/2011). Alina expresa que “lo mejor que uno le puede dar a los hijos es una estabilidad emocional”, pero ésta debe ser complementada con una estabilidad psíquica, que es la que aporta la figura paterna.

Pero en Venezuela como la cultura no produce autoridad, la independencia del varón está en vilo. El hecho es que el prejuicio cultural refiere que la independencia para el venezolano se piensa como constituida en un ser rebelde e insumiso. Lilibeth indicaba que el varón por lo general es más rebelde y lo atribuía a la libertad que se le otorga. “Si, yo diría que es por eso mismo porque como el varón se le da un poco más de libertad y puede andar en la calle, no tiene tanto peligro entonces se ponen más rebeldes. Y los niños si se les da libertad y confianza y son rebeldes, entonces es porque les da la gana” (Lilibeth)

El complejo matrisocial indica que dice libertad donde lo que hay es permisividad. En consecuencia, como el colectivo venezolano no tiene solucionado este complejo las madres no comprenden la rebeldía del hijo varón, y manejan, cuando mucho, respuestas ambiguas y dudosas como “No lo se. Yo pienso que es hormonal, es como una inestabilidad hormonal que los hace unos rebeldes sin causa” (Cindy). En la adolescencia sobre todo que es cuando le echan a la calle como medio para lograr hacer de su hijo un verdadero hombre, no entienden porque aún así se les rebelan, se amargan y muchas veces afloran actitudes agresivas en ellos. Esto no es más que una consecuencia del malestar que produce en los varones el abandono en el que muchas veces no quieren padecer, y los rechaza retrayéndose amargamente sobre sí mismos.

Las madres piensan que lo que los adolescentes quieren es libertad, pero en realidad son ellas las que necesitan que su hijo salga a la calle a demostrar masculinidad y con ello su maternidad en los varones que han parido. Los hijos por el contrario se sienten perdidos y desconfiados, pues no tienen herramientas para vivir de manera armónica con el resto de la sociedad. En la calle (espacio culturalmente masculino) solo se encuentran con otros hombres en la misma situación, estos hombres pueden ser sus amigos contemporáneos, hermanos, tíos y hasta los propios padres en calidad de compinches, hasta de cómplices, pero no de comprometidos de verdad. La cultura matrisocial no tiene incorporado el contenido del compromiso, pero el complejo matrisocial lo toma por complicidad o gente encompinchada. La permisividad al ser afectada por la complicidad sin motivo, lo que resulta de ello una rebeldía sin causa. Así al varón se le permite irresponsablemente lo que desee como hombre.

Yo tengo es una niña pequeña pero no es tan común que una niña ande en la calle como andan los varones. Es por la misma cultura que desde pequeños dicen “no, el es hombre”, “deja que haga eso porque el es hombre” (Lilibeth).

Culturalmente se piensa a la adolescencia varonil como aquel momento en que los hijos varones van a dejar la casa y empezar a salir a la calle. Es algo automático, algo que además ellos mismos deciden. Al entrar a la adolescencia, es momento permitido de salir. “Pero el varón siempre va a tender a irse a la calle. Allí es donde los papás tienen que aprender a manejarlo para que no suceda eso” (Cindy).

Mientras estimulaba a la conversación sobre el joven rebelde, Annarella narra un caso de unos amigos que tienen un hijo adolescente:

...ellos la actitud que han tomado, aunque en realidad no he visto muchos casos porque no tengo muchos amigos con hijos adolescentes, es la de tener un poco mano dura y a la vez suelta y se les hizo bastante difícil esa etapa del varón. Es como una etapa de salir con los amigos y luego una etapa de salir con las mujeres que encuentren por el medio. (Annarella)

La necesidad de que deje el espacio del hogar, identificado como el mundo de lo femenino, es la mayor excusa para lanzar al varón al espacio apropiado de lo masculino (la calle). En ésta, no solo debe demostrar su masculinidad, sino también para que la forje, es decir, si no es aún lo suficientemente hombre, allí aprenderá. En la calle se encuentra con numerosos enfrentamientos, propuestos sobre todo por otros hombres que buscan su afirmación masculina también. Esto sin duda hará reaccionar al joven muchacho que comienza sus andanzas callejeras, lo obligará a demostrar su valentía, arrojo y osadía (algunas de las virtudes de la hombría) y demostrarse agresivo también, imponiendo su voluntad a la fuerza. Hará “que se ponga las pilas”, como el argot popular.

Este momento es difícil para el hombre venezolano, pues no está acostumbrado más que a las atenciones y cuidados que ha disfrutado siempre en el hogar. Tal como narra la Adelina, es en la casa donde se les da amor y ternura.

El amor y el cariño es muy importante, darles amor y ternura a los hijos porque hay muchachos que necesitan buscar fuera, con los amigos el amor que quizá no le dan en su casa. Están los casos de muchachos que quizá buscan el refugio de los amigos justamente porque en su casa se sienten solos, no se sienten queridos, ni sienten la ternura que le podrían dar en su hogar y entonces los amigos se lo dan. (Adelina)

Las normas de la familia y de la sociedad no tienen la misma lógica. Pero aún las de la familia, que deben tener la lógica de preparar al joven para la sociedad, no funcionan con esa lógica. Es lo que ocurre en la familia matrisocial. Así lo que se recibe en el hogar venezolano, es sólo un amor

que se suele traducir culturalmente como consentimiento, y la ternura puede dar como resultado una malcriadez. El producto que termina por obtenerse es la figura de unos niños caprichosos. Así encontramos en la reflexión de las informantes que Azucena comenta:

La mayoría de las personas están desorientadas en cuestiones de organizar y mantener una familia. Yo creo que no porque si la familia estuviera organizada no habría tanto malandro. Eso siempre va a existir pero porque no hay una organización en la familia. (Azucena)

Mientras, Annarela se queja:

Venezuela es un país que tira flechas. Vamos a ver cómo nos va con estos proyectos que intentas hacer, pueden tener muy buenas intenciones, hasta el mismo gobierno las tiene pero no saben canalizarlas, no saben cómo explicarlas. (Annarela)

Y Lilibeth completa:

Más para ellos que para los demás. Además aquí todo es una trácala, uno no sabe en quien confiar, si en los malandros o en los policías. En realidad le falta mucho para ser un país organizado. (Lilibeth)

La gente reconoce que hay un problema, lo ubica, y hasta sabe sus raíces, que no son otras que las que se encuentran en la familia como una institución mítica en el país venezolano.

Yo creo que estamos como en el proceso de organizar eso. Hay una intención de querer hacer eso, está la LOPNA por ejemplo, está la parte de la escuela tal vez intentando enfocarse hacia eso. En la parte de las casas si lo veo un poco más difícil, los que ya vienen con la crianza de antes de los papás ya es un poco difícil manejar esa institución de la familia. (Cindy)

Pero aún así, no alcanza a ver sus profundidades, identificándolo solo superficialmente, pensando que el problema viene por la falta de organización solamente y no reconociendo que además existe un desequilibrio familiar, y una confusión entre los roles familiares que podría ser la causa de las innumerables incoherencias y desórdenes que como colectivo presenta el país. De esta manera, obtenemos versiones del problema como la de Cindy:

A su forma porque cada quien tiene su manera de llevarlo, pero cumplen un rol, está la mamá, el papá, hay muchos que son mamá y papá o papá y mamá solos, pero cumplen con un rol y con una organización. (Cindy)

Así se termina atentando contra una claridad en la identificación del mito de la familia con objeto de manejarlo y ponerlo al servicio del individuo y de la sociedad. Todo ello debido al desequilibrio familiar y no habiendo figura paterna que aperture el camino hacia el principio de realidad, se termina viviendo en una sociedad de contradicciones sin perspectiva de solución.

Independientemente de la veracidad de esta afirmación debemos admitir que la comodidad, la vida feliz y la aversión por las molestias ejercen una atracción especial en los humanos. Pero ¿Qué podemos pensar desde allí respecto a la sociedad venezolana? Que se termina configurando una sociedad del placer, como excusa de la sobreprotección y el consentimiento maternal. Estos aspectos anudan el narcisismo maternal, de una manera total. Se vive en medio de complicidades más no de compromisos, de seres sociables más no sociales, se vive en medio de desórdenes y desacatos, de rebeldías sin causa y de vida anarcoide (no anárquica), más que en orientaciones de autoridad y obediencia, es decir, con motivo del cumplimiento de compromiso para ordenar una vida en sociedad.

B. Un País Machista e Irreverente

La figura del macho denota un ser de hechura muy primitiva que se inventa la cultura como la básica función del ser varón en el grupo social. De cara a la interacción social en la sociedad venezolana la ideología de la acción machista tiene un carácter ambivalente. El colectivo suele esperar, como normalmente entiende, el lado del macho como un ser atropellante, desconsiderado, agresivo, actitud orientada a someter y desvalorizar a la mujer, se extiende a toda la relación social. También es una actitud con acción reactiva, pues el varón, que es pensado como macho, a su vez atropellado, agredido y abusado, por el otro con actitud machista sea varón o hembra. Pero también está el otro lado, el de la glorificación de la mujer, de un respeto sin mancha hacia ella, de suerte que de esa lejanía de lo femenino, el hombre se haya de una exclusividad de un grupo de mujeres en torno a él, para gloria de su varonía machista. Este lado suele desmerecerse de ser pensado como machista ante la demostración del lado agreste, genital y abusador.

La cultura matrisocial, que se genera en la paradigmática relación madre-hijo, y en la mutua dependencia materno-filial, muestra cómo se genera y se vive el machismo en Venezuela. En esta producción cultural puede observarse como instala el machismo en la socialización del varón adolescente. Dejamos de lado cómo se instala el hembrismo en la adolescente. La crianza de los hijos que queda casi exclusivamente a manos de la madre, se realiza de tal manera que las niñas por un lado terminan siendo adiestradas para pertenecer siempre en el hogar y a lo que implique el mundo de la casa como mundo de lo femenino, mientras que los niños, aún y cuando han vivido y experimentado este mundo (femenino), deben adquirir valores masculinos, que en la matrisocialidad implica detentar por supuesto la valentía y la fuerza que caracteriza a un

“verdadero macho”. Así lo presiente Cindy, quien lo expresa en tono irónico, mientras le pasa el “colete” (haragán) al piso de la casa:

Porque ven como que la mujer es de la casa, el hombre de la calle, eso es lo que piensa la sociedad. La mujer es de la casa y porque puede salir embarazada, que qué va a decir la gente porque se está quedando en otro lado, quedarse con el novio en otro lado, eso es malísimo para las hembras pero no para los varones. (Cindy)

Estas características, a su vez, son impulsadas principalmente por la madre, que desea que como varón, su hijo salga a la calle para practicar y forjar su masculinidad, sin abandonar sus deberes como hijo, que es. Es decir, lo sigue manteniendo en sus entrañas maternas como hijo, consolándolo de sus sufrimientos y aconsejándolo cuando está en casa. Aunque, en algunas situaciones, el peligro peor lo constituye ese “celo” de la mamá por el hijo, porque puede convertirlo en homosexual, un marico.

Yo a veces estoy en el trabajo y de repente me provoca llamar a Carlos para saber donde está, entonces una de las mujeres que trabaja conmigo me dijo: “pero deja a ese muchacho tranquilo, a lo mejor anda con la novia”. Pero si no me mortifico yo por él quien lo va hacer, no voy a esperar que otro lo haga. Yo no tengo problemas con darle libertad, porque el puede irse pa’ donde quiera, pero entonces cuando él esta en la calle siempre lo estoy llamando para que se vaya temprano y que cuando llegue a la casa me mande un mensaje y así estoy. Me dicen que lo deje tranquilo, que lo tengo “mariqueado”. Pero yo tengo que chequearlo, saber donde está. (Alina)

Es evidente, el papel contundente de la mujer en la cultura venezolana, sobre todo en su rol de madre. Resulta dramática, por no decir trágica, la función contradictoria de la madre en este problema del hijo, como cuando era niño, la madre sigue siendo la principal encargada de la crianza de los hijos, y constituyendo luego una figura entrañable para éstos, de la cual es psico-culturalmente imposible desligarse.

No hallamos razón alguna en la etnocultura para desvirtuar tal lazo afectivo (madre/hijo), sin embargo, encontramos que de allí podrían desprenderse situaciones y configuraciones que podrían estar afectando la estructura social del país. Margaret Mead afirma de manera clara el problema de la dependencia de los hijos en sociedades del Pacífico Sur.

Muchos individuos conservan durante toda su vida actitudes de niños dependientes; los lazos entre padre e hijos sofocan con éxito las tentativas de éstos por realizar otras adaptaciones; elecciones necesarias se tornan innecesariamente acervas porque pasan a constituir problemas dentro de un parentesco emotivo intenso.” (Mead, 1961, 141)

La homosexualidad del varón (el marico), es una de las compulsiones fuertes en Venezuela. De aquí procede, el problema que teoriza Hurtado (1998) de la sexualización de lo social. La derivación de esta premisa se origina también en la relación madre-hijo, como es el colecho, la asignación de colores en los vestidos de los niños y la educación esmerada a la niña frente al niño, los juegos como el de papá y mamá, etc. Es por esto que muchas veces los padres, y en especial las madres terminan criando machos y hembras. Además los llevan a cabo como deber cultural, que el varón sea buen macho, y la niña claramente hembra.

En realidad el machismo es adelantado muchas veces por las mismas mujeres, al existir opiniones como las de Azucena que al preguntarse acerca del liberalismo sexual de la mujer respondió: “Eso pasa por el mismo machismo, que aunque haya liberación femenina siempre el hombre es hombre y la mujer es mujer. Al hombre se le permite eso y a la mujer no. Por uno mismo, por la sociedad.” La cultura matrisocial enfatiza fuertemente el machismo en la conducta moral, profundamente polarizada, de hombres y mujeres: Con aquél es muy permisiva, con ésta no le acepta tal permisividad.

Además, se presenta para el hombre una tarea ardua, puesto que debe ingeniárselas para parecer ante todo masculino e independiente, y es aún mucho más difícil ingeniárselas para no solo parecerlo sino también serlo. Para esto, debe hacerse una muralla, una especie de mecanismo que le permita defenderse de la fuerte energía femenina que envuelve la casa familiar, materna, y a la que es expuesto sobre todo en sus primeros años de vida. Por tanto, el varón tiene que hacer su mundo masculino en la calle, y tendrá que construirse con mucho esfuerzo, riesgos y sin sabores.

Es preciso dejar bien claro, que esta investigación no se pretende ni de lejos encasillar a todos los hombres de Venezuela en el lado del machismo y mucho menos de la homosexualidad, sólo se trata de un pequeño y humilde esbozo de la problemática social en Venezuela, es decir, se trata del instrumento cultural que permite ver su capacidad en la edificación de una sociedad organizada, capaz de crear por sus propios medios soluciones que les permitan vivir mejor, vivir en sociedad.

Existe una realidad muy particular a nivel de lo social-sexual en Venezuela, que es en gran parte entendida desde la lógica matrisocial. Pues al ser la familia matrisocial un conglomerado de mujeres casi siempre sin marido o con marido transeunte y no una familia conyugal donde emerja la figura paterna, el instrumento machista es poco rendidor para la construcción de relaciones sociales.

El venezolano está consciente de que “somos una cultura machista y generalmente se ve bien que un hombre sea mujeriego y la mujer no.” (Anarella). Mientras que el comportamiento “indecente” de las mujeres sigue siendo visto como algo totalmente vergonzante, Cindy replicó, en torno a las “canitas al aire” de los hombres:

Las mujeres lo ven normal, incluso las mamás le dicen a las hijas “perdónalo hija, eso suele pasar”. Eso lo ven como que puede pasar, te dicen que tienes que perdonarlo, que está difícil conseguir otro hombre así, que ya lo conoces, es tu esposo. Pero en el caso de una mujer, si lo hace es una miserable, “como se te ocurre” y eres vetada. (Cindy)

Pero mientras por un lado (desde unas informantes mujeres) se critica negativamente la conducta sexual machista en el hombre, por otro lado (desde otras informantes mujeres) se acepta, como se acepta otro rasgo de la cultura, y así se produce y reproduce el machismo por el consentimiento de la mujer (venezolana). Yajaira por ejemplo acepta que “hombre es hombre, eso es tontería. Es como que, yo le puedo dar todo a Julio, no le falta nada, pero siempre va a haber alguien, él es hombre.”

Y cuando se les preguntó sobre la existencia de hombres fieles, Azucena por un lado, contestó: “Habrá que prenderle una velita. ¿Sabes que le dicen? Que es un bobo, que viene del monte.”

Yajaira insiste extremadamente pesimista y conformista:

No, eso no existe. Que hay hombres más decentes y menos descarados que otros si. Saben hacer las cosas. Que hay hombres que son discretos y respetan su casa, su esposa y sus hijos si, pero de que salen y tienen algo si. Hombre es hombre. Ojos que no ven, corazón que no siente, si tú no te enteras. Es que no lo hay. Es que no hay respuesta para eso porque no lo hay. Que hay personas responsables, serias, que son discretas si. Se han visto casos de personas que duras cuarenta y pico de años con su esposa y cuando se muere le sale la otra familia y la esposa nunca se enteró. Son personas discretas, en eso si estoy de acuerdo yo, que si tienen otras mujeres que las tengan pero que sean discretos y respeten su casa. (Yajaira)

Parece existir una determinación mental prejujada por parte de algunas mujeres con tendencia conformista. Esto ocurre porque la crianza que se lleva a cabo en Venezuela se hace con una diferenciación muy temprana (desde niños) de lo que es propio del comportamiento femenino, y lo que es propio del comportamiento masculino. Cuando se

les preguntó a las madres entrevistadas, con respecto a las relaciones amorosas con diferentes parejas, estas reaccionaron con animosidad sumisa. Cindy opinó un poco a modo de queja:

Si pero eso se ve normal en los hombres. En las mujeres lo ven horrible, dicen "mira, que regalada", "salió con uno y después con el otro". El hombre no, mientras más mujeres mejor, "mira como es mi hijo". (Cindy)

Mientras que Alina mantuvo una actitud más resignada:

Claro, por lo mismo que es distinto. Porque yo soy mujer y yo no me atrevo a ponerme en el mismo nivel de Rafa a salir del trabajo a ponerme a beber aguardiente, no lo hago precisamente por la crianza que me dieron a mí, de no llegar a la casa hedionda a aguardiente. Yo trabajo y yo no me atrevo a hacerlo. (Alina)

Igualmente su hija Lilibeth, quien además de mostrar una actitud conforme, pareció positivamente estar de acuerdo con ciertos paradigmas de la sociedad (matrisocial):

Si claro porque como te decía, si tú tienes principios tú tienes que tener tu moral. Porque el hecho de que un hombre lo haga no significa que lo puedes hacer tu, porque al final la que te rayas eres tu misma. Está mal echo pero lo que se dice es que el es hombre y se le perdona, hay mujeres que hasta se lo perdonan Aquí en Venezuela por lo menos la cultura es que el hombre o es borracho o es mujeriego, uno de los dos.

Algunas concluyeron que tal vez las mujeres sean las que alimentan este patrón de creencias en torno al comportamiento correcto diferenciado de los dos sexos. Por lo tanto, cada mujer debe estar alerta y trabajar para que ya su pareja se ponga en el límite, y no siga en el camino del barranco femenino. En este sentido la misma mujer puede descalificar ciertas conductas femeninas inmorales de por sí.

Por las mismas mujeres. Y es culpa de uno mismo porque tú tienes tu novio o esposo y tu ves que una mujer le está "cayendo" dices: "mira donde va a esa prostituta", "esa zorra", uno mismo raya el sexo de uno (Azucena).

La mujer como hembrista alimenta el machismo del varón, pero sobre todo el origen se encuentra en la mujer como madre, que también genera del mismo modo de hembrismo en la hija. La “compulsión del marico” (Hurtado, 1999, 75) origina en las madres una fuerte preocupación y eso se transmite al colectivo. “Por lo menos por donde vive Yajaira hay muchos homosexuales y el niño sabe que son homosexuales, el no es bruto. Entonces eso influye mucho en la mentalidad del muchacho” expresa Azucena mostrando su miedo, y su hija la apoya señalando que “hay que estar pendiente porque ahorita hay mucha homosexualidad, eso está desatado” (Yajaira). El temor por la homosexualidad varonil en Venezuela es tal que pareciera que la figura del macho se desarrolla como unos de los ideales de la cultura. Esta prescripción machista edifica como uno de los constitutivos al hombre matrisocial.

Una de las claves etnopsíquicas del machismo venezolano (matrisocial) se encierra en la obsesión por lo femenino, como demostración de su masculinidad. De allí que la madre permita la unión del hijo con muchas mujeres, tal como lo confiesa Cindy “no tanto como pensar en un futuro pero que si disfruten el momento con los amigos, con las novias, que compartan”, más no la unión formal con ninguna de ellas, pues la compulsión de “no perder nunca la hijo” (Hurtado, 1999), especialmente en manos de otra mujer, no le permite estar de acuerdo con el casamiento de su hijo, “mi hijo tiene que mirar mucho antes enredarse con alguna mujer, hoy en día cuesta mucho encontrar una muchacha que valga la pena, decente, de su casa, luchadora, yo conozco pocas” (Alina). Por tanto, el compromiso duradero y formal no se encuentra lo suficientemente afianzado, porque el hombre criado bajo estas circunstancias le cuesta establecerse con un patrón de vida que le exija responsabilidad y madurez. No puede pedírsele estas cualidades porque su crianza ha sido como consentido y mimado.

No en vano ha sido criado por una madre extremadamente consentidora que no tuvo más remedio, con su maternidad machista, que poner en la calle al hijo para que se hiciera varón macho, porque tenía que cumplir ella misma con la prescripción cultural que le indica que debe engendrar machos para demostrar una maternidad fuerte y sólida.

El originar el machismo en el varón tiene una repercusión en la cultura como un todo, lo favorece que la madre matrisocial se constituya con un carácter narcisista expresado en una propia “autoadoración materna” (Hurtado, 1999). La primera figura de la familia que recibe la descarga libidinal de esta autoadoración de un modo ponderado es la figura del hijo varón. El narcisismo que ostenta la figura simbólica materna es un narcisismo primario, por esa vivencia excesiva de la maternidad por la mujer misma. Por ende, se perfila como una figura primitiva, con la que se corresponde con la producción de la figura también muy primitiva que es el macho (Lacan, 1977). En perspectiva, es posible suponer que esta egolatría materna va a influir significativamente en la formación particular del hombre venezolano: en otras palabras, en la producción de varones (machos) en Venezuela.

Bien podemos decir que Venezuela es un país machista; característica que hace mirar mucho hacia sí mismo; autocontemplarse. Por lo tanto, un país que se cierra culturalmente, disfrutándose con una placentera irreverencia de su ser no desarrollado socialmente en el trabajo. Esto luce como falta de seriedad con su propia realidad, necesitada de transcendencia mediante el intercambio social, y así saber y aprender su valor. Si el intercambio ocurre con motivo de la importación de cosas, esta acción no se recicla en el aprendizaje social del país; éste solo goza de una redistribución para el consumo. La socialización del adolescente se topa con este marco, marco justificado, sin analizar en esta investigación, en las raíces de la interacción del complejo de

dependencia materno-filial, y al mismo tiempo el referente límite de la socialización por parte de la familia. En esos límites que pone el narcisismo cuando se contacta con lo social, se encuentran también la producción de la permisividad, de la filiación consentida y de la autoridad afectiva (materializada).

CONCLUSIÓN GENERAL

Anderson y Carter (1994), clasifican los grupos humanos en algunas dimensiones que analizaron como polaridades o conceptos opuestos entre sí, que son para ellos las más relevantes, la primera de ellas es: “instrumental frente a lo expresivo”, la segunda “primario frente a lo secundario”, y la tercera polaridad es “narcisista frente a lo generativo”.

Esta última polaridad resulta llamativa, pues se relaciona directamente con nuestra construcción teórica, el *Narcisismo Social*. Anderson y Carter señalan que los grupos con este tipo de polaridad “narcisista frente a lo generativo”, “violan el principio de que ninguna función puede basarse exclusivamente en la exclusión de otras funciones” (Anderson y Carter, 1994, 187). Al dar una mirada al contexto que hemos venido hablando en torno a las figuras de la madre y el padre desdibujado en la cultura matrisocial, se evidencia la identificación del colectivo venezolano, con la polarización “narcisista frente a lo generativo”. Resulta preocupante que consigamos analíticamente tal relación identitaria, pues tal polaridad conceptual la merma en la capacidad que tiene el grupo narcisista de organizar su sobrevivencia social.

En Venezuela, siguiendo esta lógica matrisocial entonces se hace más claro que el nudo fuerte se encuentra en la relación madre-hijo (unión fraterna) y no en la relación esposa-esposo (unión por alianza) como en otras *sociedades complejas*. Esto genera diversas consideraciones y situaciones confusas que acarrearán múltiples problemas sociales y estructurales.

Cabe destacar que el narcisismo que frecuentemente está presente en *ciertas culturas cerradas* (como la venezolana), en donde las vivencias y relaciones familiares no se quedan en el espacio consanguíneo

(familia), sino que definen el resto de las relaciones establecidas en el colectivo. No dan espacio a las relaciones propias del entorno social, para que permitan un intercambio más amplio que termine por constituir una realidad social más apropiada y autónoma de lo étnico.

Pensamos que la justificación de esto se centra en el Edipo venezolano, que en este panorama no logra completarse, o más bien, no se da de manera normal, debido a que existe un escenario familiar con particularidades bien puntuales especialmente en cuanto a la figura paterna y con menos énfasis en las demás figuras familiares [hijos (as), hermanos (as), abuelos (as), tíos (as)]. En palabras de Hurtado, “para la cultura venezolana, el Edipo no es, ni pertenece a la especie de las claves de su interpretación de la vida y el mundo.” (Hurtado, 1995, 161)

Con la conclusión del Complejo de Edipo, se debería poner punto final también al estado narcisista primario. En Venezuela esto va a estar bastante difícil, puesto que al no lograr completarse un feliz o normal desenlace del Edipo, tampoco el narcisismo primario localizado en el niño puede darse por terminado. He aquí el problema central de esta investigación, y lo que le da razón de ser al constructo que denotamos *Narcisismo Social*, un tipo de narcisismo.

El problema nace en la realidad familiar venezolana que entre varias peculiaridades, posee una que la distingue de todas las demás formas de familia, la relación madre-hijo que constituye el modelo principal de hacer familia en Venezuela. Esta relación que es profundamente fuerte, indisoluble, y que en su contenido y peso psíquico no permite un tercer sujeto (figura paterna), hace que el triángulo amoroso establecido en el complejo de Edipo no se manifieste de la manera normal.

A la luz de la teoría freudiana, podemos argumentar que en la cultura venezolana el principio de realidad no se encuentra muy arraigado en la psique colectiva, más bien nos encontramos con escenarios en donde el principio del placer, sin contrabalance del principio de realidad, parece ser el que rige la conducta del venezolano.

Visto de esta forma, existe un diagnóstico único que reviste la cultura venezolana toda. Pues si la psique colectiva de esta cultura está gobernada por el principio del placer, es lógico que el narcisismo primario presente en este principio también domina las estructuras psíquicas del colectivo venezolano.

En una sociedad con la característica cultural del narcisismo (primario), como la venezolana, se encuentran dificultades para que el individuo se desarrolle y madure. La instalación de la cultura en el individuo permanece estacionada en su dinámica adolescente. Formulamos así que el individuo venezolano tiene un Edipo cultural adolescente, de un modo como Roheim, interpretando a una sociedad vecina de Trobriand conceptualiza su Edipo como infantilizado, como recoge Hurtado en su obra (1998, 298) citando a su vez a Laplantine (1979, 79). Por contraste lo generativo, “al igual que una persona fecunda, participa en un intercambio constructivo con el medio” (Anderson y Carter, 1994, 187)

A una sociedad narcisista le faltará la característica que distingue a los que se mantienen constantes en la consecución de una meta. Es una vida regida por el principio del placer y la evitación perenne de todo lo que les sea incómodo, les exija esfuerzo o les cause alguna molestia por más pequeña que esta sea. Con el modelo conceptual del *Narcisismo Social* hemos explicado el problema de las dificultades vitales que porta el

individuo venezolano, y que trata de sobrellevar unas relaciones sociales con los contenidos contradictorios del narcisismo y de lo social.

Dicha solución consiste en cargar de narcisismo la relación social. Existe una lucha permanente entre la familia y la sociedad; y no solo se influyen entre sí, sino que uno llena el espacio de significaciones del otro. Así, la sociedad se llena de significaciones de la familia matrisocial narcisista, y la sociedad asume una dinámica también narcisista. No es de extrañar, que la instalación del Edipo Cultural, es decir, la socialización del adolescente esté cargada de narcisismo, por lo que de adulto tiene muchas dificultades para manejarse en la sociedad cuando esta impone su lógica o razón de ser.

De lo que podemos concluir que el colectivo venezolano, en las diversas compulsiones y paradigmas familiares, organiza su mundo a partir de sus experiencias familiares y que las socializaciones infantiles y pubescentes que organiza, no preparan al niño y adolescente para ser plenamente sociables positivamente. El individuo venezolano carece del descubrimiento del otro, como asegura Barroso en su obra de *La Autoestima del Venezolano* (1991, 40): la función de la existencia del otro para mi pensamiento es la vía para que yo sea social, y “para aprender a ser social es preciso mirarse a sí mismo desde la alteridad del afuera, tanto que debo convertirme en servicio instrumental para que el otro se sostenga como razón de mi universalidad (Devereux, 1973, 96).

Cuando pretendemos explicar el fenómeno social venezolano a partir de su cultura narcisista, construimos la metáfora conceptual del *Narcisismo Social*. La construcción de la metáfora ya soluciona el problema según que “análogamente da un sentido de coherencia a las contradicciones de una sociedad” (Sennett, 1982, 80). Lo que hemos hecho, ha sido una investigación científica, es decir, teórica y técnica,

para comprender cómo el venezolano soluciona en su vida la contradicción conducida entre la cultura narcisista que porta, y la sociedad que tiene que llevar a cabo o edificarse por él y para él.

No hemos desarrollado la exposición de la dinámica estructural de la familia Venezolana. Ya lo han hecho otros autores (Vethencourt, 1974; Moreno, 1993; Hurtado, 1998). Nosotros hemos procedido a desarrollar una exposición en torno a la socialización del varón adolescente con el objeto de mostrar un análisis de la metáfora conceptual del *Narcisismo Social*. En la medida en que exponíamos los campos semánticos del concepto con referencia a la familia matrisocial (Hurtado, 1998) solucionamos metodológicamente las categorías de dichos campos. Estas han sido la filiación (consentida), la autoridad (afectiva), la permisividad y el machismo, con miras a la figura del varón y la adolescencia.

La filiación se caracteriza etnopsiquiátricamente como consentida a partir de una sobreprotección de una madre excesiva. Este análisis se origina de la descripción del complejo de dependencia materno-filial, que al no solucionarse en el primer Edipo, el psíquico permanece sin fracturarse en el Edipo Cultural. El varón sigue siendo el hijo consentido y mimado, todavía retenido en las entrañas maternas con su proyección en el poder de la casa materna. “Sí, yo siento que es por la empatía que uno tiene con ellos. Entonces los sobreproteges y empiezas a consentirlos” (Cindy).

La autoridad se percibe como ausente, pero existe asociada al afecto. Resulta una contradicción existente en esta categoría, la de una autoridad afectiva, donde el carácter etnopsíquico orienta el orden social que establece la autoridad. Es el símbolo de la figura de la madre que se genera dinámicamente a costa de la figura del padre. Aquél es un símbolo interior, cálido; éste es exterior, frío. La solución que otorga la metáfora de

elementos contradictorios, en la realidad del fenómeno matrisocial, es decir, de carácter primario, narcisista.

La permisividad no es lo mismo que tolerancia, y más bien, lo contrario. La permisividad pertenece al desarrollo de un deseo primario, hasta anterior a la gana, porque en esta hago trabajo de realidad; en aquella ni eso. Por eso se conecta con la desidia, el abandono. No hay persona más abandonada que el hijo varón adolescente. El lo siente porque aunque lo retiene compulsivamente la madre como hijo, lo deja que tome la calle para que divague en ella. De ahí que en la instalación del Edipo Cultural aparece ya como destino el abandono del varón venezolano. Es una tragedia para la madre este paso que tiene que sufrir con el hijo, pues está prescrito culturalmente que tiene que abandonarlo para que se endurezca como varón. La varonía del hijo es requerida como manifestación de una maternidad narcisista.

La varonía debe caracterizarse como machista. La producción del varón es la producción de machos. El macho es una figura muy primitiva, como lo es la figura de la madre excesiva, como suele calificarse de Gran Madre. En la teorización de la ideología del matricentrismo su contraparte complementaria es el machismo, como lo hace Vethencourt (1974) en su análisis básico o elemental, pero verdadero. Sin capacidad de reconocer al otro, cuando lo logra reconocer, el macho lo que hace es atropellarlo, abusar de él, agredirlo, someterlo, no tomarlo en serio al ser irreverente con él. Pero si lo reconoce en la mujer es nada glorificarla como hembra seductora, y aparecer en medio de un grupo de hembras como señor exclusivo y resaltado por el grupo femenino como macho reverendoso. El macho es una figura cerrada y solitaria en sí misma, alimentado sólo por su individualismo narcisista.

El narcisismo no evolucionado en la madre matrisocial, tampoco evoluciona en el hijo, por lo que éste arrastra consigo una personalidad estancada en esta etapa primaria, presentando cierta desorientación social y dificultades para el compromiso, lealtad, y acato a las normas en el mundo de lo social. La solución del concepto del *Narcisismo Social* resulta con buenos rendimientos para explicar una contradicción de elementos a organizar en el fenómeno consecuente de la instalación del Edipo Cultural en el proceso de socialización secundaria del varón adolescente en Venezuela.

NOTAS

¹ Véase Hurtado en pensamiento y Conocimiento. En su blog: <http://pensamientosantropologicos.blogspot.com>. Hurtado teje su argumento con citas de Levi-Strauss: Antropología Estructural; Lefebvre: La revolución urbana; Marina: Teoría de la inteligencia creadora. La institución punto cero la define Levi-Strauss como aquella que está por encima de todas las demás: no se le puede definir o desprovistas de sentido, salvo las de proporcionar sentido a las sociedades que sí poseen. (Pag. 145). La competencia socializadora tiene este cometido al dotar al socializado con el poder de ser a su vez socializador (Goode, 1966)

² El artículo está reproducido en su blog <http://pensamientosantropologicos.blogspot.com>, En el mes de junio de 2011. Y está publicado en José Federico Rivas Vilches (Ed.): Anuario de Investigación en Etnomedicina, Medicinas Complementarias y Utilización de Plantas medicinales, Universidad Autónoma metropolitana-Iztapalapa, México. 2005, 53-61.

³ Item cultural: Rasgos de comportamientos simples que son constitutivos de una cultura (forma en que envolvemos los pañales, nuestra manera de alimentarnos etc.) (Laplantine, 1979)

⁴ Su contenido es inconsciente y consiste fundamentalmente en la expresión psíquica de las pulsiones y deseos. Está en conflicto con el Yo y el Superyó, instancias que en la teoría de Freud se han escindido posteriormente de él. (Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand, 1996, 112)

⁵ En la mitología griega, 'Eros (en griego antiguo Ἔρως) era el dios primordial responsable de la atracción sexual, el amor y el sexo, venerado también como un dios de la fertilidad. En algunos mitos era hijo de Afrodita y Ares, pero según *El banquete* de Platón fue concebido por Poros (la abundancia) y Penia (la pobreza) en el cumpleaños de Afrodita. Esto explicaba los diferentes aspectos del amor. (<http://es.wikipedia.org/wiki/Eros>)

⁶ En la mitología griega, Tánatos (en griego antiguo Θάνατος Thánatos, 'muerte') era la personificación de la muerte no violenta. Su toque era suave, como el de su hermano gemelo Hipnos, el sueño. La muerte violenta era el dominio de sus

hermanas amantes de la sangre, las Keres, asiduas al campo de batalla. Su equivalente en la mitología romana era Mors. (<http://es.wikipedia.org/wiki/Thanatos>)

⁷ Instancia moral, enjuiciadora de la actividad yoica. El Superyó es para Freud una instancia que surge como resultado de la resolución del complejo de Edipo y constituye la internalización de las normas, reglas y prohibiciones parentales. (Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand, 1996, 419)

⁸ La internalización es definida por Secord y Blackman como “el proceso total por el cuál las normas de los padres son adaptadas por el niño.” (Montero, 1974, 113)

⁹ Instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padre, con sus sustitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse” (Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand, 1996, 180)

¹⁰ Artículo 163. Declaración Universal de los Derechos Humanos. Asamblea General de las naciones Unidas (1948). “La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y el estado”

Bibliografía

- Albornoz, O (1990): *La Familia y la Educación del Venezolano*. Editorial Pomaire. Venezuela.
- Anderson y Carter. (1994): *La Conducta Humana en el medio social*. Editorial Gedisa, Barcelona-España.
- Barroso, M (1991): *La Autoestima del Venezolano*. Galac, Caracas.
- Bastide, R (1971): *Antropología Aplicada*. Amorrortu. Buenos Aires
- Berestein, I (1987): *Psicoanálisis de la Estructura Familiar*. Editorial Paidós, México.
- Bleichmar, H (1977): *Introducción al estudio de las perversiones*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Bleichmar, H (1981): *El Narcisismo. Estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Caruso, I (1979): *Narcisismo y Socialización*. Siglo Veintiuno Editores. Mexico DF.
- Devereux, G (1973): *Ensayos de Etnopsiquiatría General*. Seix Barral, Barcelona, España
- Devereux, G (1975): *Etnopsicoanálisis Complementarista*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Dufrenne, M. (1972): *La Personalidad Básica*. Editorial Paidos, Buenos Aires.
- Fromm, Erich y otros (1977): *La Familia*. Ediciones Península. Barcelona, España

- Engels, F (S/F): *“El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado”*. Marx y Engels, Obras Escogidas. Progreso, Moscú, 471-613.
- Erikson, Erik H. (1974): *Sociedad y Adolescencia*. Siglo Veintiuno editores. México.
- Everingham, C (1997): *Maternidad: autonomía y dependencia*. Narcea ediciones. Madrid.
- Fox, R. (1972): “Reconsideración sobre “Totem y Tabú””. En Leach (compilador), *Estructuralismo, Mito y Totemismo*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Franco, R. y Ochoa, S. (1995): *Wawas y Wawitas. El desarrollo infantil en el Cusco*. Asociación Pukllasunchis. Lima
- Freud, S (1973): *Introducción al Narcisismo*. Alianza Editorial. Madrid.
- Freud, S (1973a): “*Más allá del Principio del Placer.*” *Obras Completas*. Editorial Biblioteca Nueva, Madrid. Volumen III, 2507-2541. Escrito en 1919-1920.
- Freud, S (1999): *Tótem y Tabú*. Alianza Editorial. Madrid.
- Freud, S (1995): *Obras Completas, Vol. XVIII* Amorrortu Editores. Buenos Aires.
- Fromm, E (1998): *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo Veintiuno editores. España.
- Schrecker, P (1977): “La familia como institución transmisora de la tradición”. En Fromm, E y Otros. *La Familia*. Ediciones Península, Barcelona, España
- Gilmore, D. (1994): *Hacerse Hombre*. Paidós, Barcelona.
- Goode, W. (1966): *La Familia*. UTEHA. México.

- Green, A (1999): *Narcisismo de Vida, narcisismo de Muerte*. Amorrortu. Barcelona, España.
- Green, A (1970): *El Narcisismo primario ¿Estructura o estado?* Editorial Proteo. Buenos Aires
- Gruson, A (2011): *Familia y Cultura*. Caracas, Julio. (Inédito)
- Hurtado, S (1995): *Cultura Matrisocial y Sociedad Popular en América Latina*. Fondo Editorial Tropykos/Concejo de Estudios de Postgrado, FACES-UCV. Caracas.
- Hurtado, S (1998): *Matrisocialidad*. EBUC, Caracas.
- Hurtado, S (1999): *La sociedad tomada por la familia*. EBUC-UCV. Caracas.
- Hurtado, S (2005): *Cultura Matrisocial y Enfermedad Corporal*. Anuario de Investigación en Etnomedicina, medicinas Complementarias y utilización de plantas medicinales, Universidad Autónoma Metropolitana. Iztapalapa, México.
- Hurtado, S (2008): *Agresividad e Instalación de Edipo Cultural en Venezuela*. (En publicación)
- Kardiner, A (1945): *El Individuo y su Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- Lacan, J. (1977): *La Familia, Homo Sapiens*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Laplanche, J y Pontalis, J. (1996): *Diccionario de Psicoanálisis*, traducción Fernando Gimeno Cervantes. Editorial Paidós. Barcelona.
- Laplantine, F (1979): *Introducción a la Etnopsiquiatría*. Gedisa. Barcelona
- Leites, E. (1993): *La Invención de la Mujer Casta*. La consciencia puritana y la sociedad moderna. Siglo XXI de España. Madrid.

- Levi-Strauss, C (1970): *Estructuras Elementales del Parentesco*. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Levi-Strauss, C (1971): *El Totemismo en la Actualidad*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Levi-Strauss, C (1973): *Antropología Estructural*. EUDEBA. Buenos Aires.
- Levi-Strauss, C (1975): "La Familia". En Shapiro, H. *Hombre, Cultura y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México
- Light, D; Keller, S; Calhoun, C (1991): *Sociología*. Quinta edición. Colombia
- Linton, R (1945): *Papel de la cultura en la formación de la personalidad. Cultura y personalidad*. FCE-México.
- Lipovetsky, G (1999): *La Tercera Mujer. Permanencia y Evolución de lo Femenino*. Editores Anagrama. Barcelona
- López-Ibor, J y Valdés, M (2002): *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Editorial Masson, Barcelona.
- López Sanz, R. (1993): *Parentesco, Etnia y Clase Social en la Sociedad Venezolana*, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, UVC., Caracas.
- Malinowski, B (1974): *Sexo y Represión en la Sociedad Primitiva*. Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.
- Mcmurray, J (1974): *Personas en relación, La forma de lo personal*. Barral Editores. Barcelona.
- Mead, M (1961): *Adolescencia y Cultura en Samoa*. Editorial Paidos. Buenos Aires.
- Mercier, P (1969): *Historia de la Antropología*. Editorial Peninsula. Barcelona.
- Montero, M (1974): *Carácter y Ambiente*. Editorial Grijalbo. México.

- Morgan, L. (1971): *La Sociedad Primitiva*. Ediciones Pavlov. México, D.F.
- Moreno, A (1993): *El Aro y la Trama*, Centro de Investigaciones Populares y Universidad de Carabobo, Caracas.
- Murdock, G.P (1975): "Muestra Etnográfica Mundial". En Llobera, *La Antropología como Ciencia*. Editorial Anagrama, Barcelona, 203-230.
- Pitt-Rivers, J. (1973): *Tres ensayos de Antropología Estructural*. Cuadernos Anagrama, N° 50. Barcelona.
- Pitt-Rivers, J. (1979): *Antropología del Honor o Política de los Sexos*. Crítica. Barcelona.
- Ramos Calles, R. (1984): *Los Personajes de Gallegos a través del psicoanálisis*. Editorial Monte Avila, Caracas.
- Recagno, I (1982): *Hábitos de crianza y marginalidad*. Editorial de la Facultad de Humanidades y Educación. UCV. Caracas.
- Riso, W (2003): *¿Amar o depender?* Editorial Norma
- Risquez, F. (1982): *Aproximación a la Feminidad*. Monte Avila, Caracas
- Sabino, C. (2007): *Cómo Hacer una Tesis*. Editorial Manapo. Caracas.
- Salomón, P (2005): *Los hombres se transforman*. Ediciones Obelisco. Barcelona.
- Savater, F. (1992): "Los ídolos de la tribu". *EL PAIS*, domingo, 18 de agosto, Madrid.
- Sennett, R (1979): *Narcisismo y cultura moderna*. Editorial Kairós. Barcelona.

Sennett, R (1982): *La Autoridad*. Alianza. Madrid.

Vethencourt, J.L. (1974): *La Estructura familiar Atípica y el Fracaso Histórico Cultural en Venezuela*. Revista SIC, Caracas, Febrero, 67-69.

Vethencourt, J.L. (1983): "Actitudes y Costumbres en relación con los roles sexuales tradicionales. El mito de la pasividad femenina". En Ministro de Estado para la Participación de la Mujer en el Desarrollo, *Venezuela: Biografía Inacabada, 1936-1983*, Banco Central de Venezuela, Caracas, 503-526.

Paginas web

http://www.espaciologopedico.com/tienda/detalle?Id_articulo=1945

<http://pensamientosantropologicos.blogspot.com/>

Anexo I. Guía de Entrevista

I. Filiación

1. Dependencia materno-filial

- 1.1 Toda madre tiene un gran amor por sus hijos, ¿Ello hace que los consienta o haga sacrificios por ellos?
- 1.2 Pero consentido o con sacrificios muchas veces ello significa que se malcría al hijo ¿Por eso se ve tanto hijo malcriado en Venezuela?
- 1.3 ¿Las madres venezolanas necesitan del hijo para sentirse que disfrutan de su maternidad?

2. Rito de paso

- 2.4 Cuando los hijos varones llegan a adolescentes parece que se ponen rebeldes ¿Los padres los castigan y los retienen en la casa o les dicen que mejor se vayan a molestar a la calle?
- 2.5 Pero los hijos varones no aguantan en la casa, y echarlos a la calle implica que se junten con otros varones (muchachos de su edad sobre todo), para inventar cosas, y madurar con eso, o echarse a perder. ¿Necesitan ya juntarse con alguna muchacha?

II. Autoridad Afectiva

3. Padre desdibujado

- 3.6 Se acostumbra a decir que Venezuela es un país de luchadores y emprendedores, ¿Pero quién es más emprendedor? ¿El hombre o la mujer?

3.7 ¿Pero más bien el padre no es el que debería estar al frente de la familia y tomar las decisiones?

3.8 ¿Entonces es la madre la que le pone carácter al hijo, porque lo quiere mucho más y esta súper pendiente de él?

4. Desacato

4.9 La obediencia a los padres debería ser la característica principal de un hijo perfecto. ¿Pero en Venezuela el hijo es sumiso o rebelde?

4.10 Pero se ve mucho muchacho en la calle, parece que no tienen nada que hacer ¿O están trabajando?

4.11 ¿Los hijos varones hacen caso completo a lo que les dicen sus padres?

III. Permisividad

5. Rebeldía sin causa

5.12 En la etapa adolescente existen muchos agentes externos que influyen más en los hijos, y estos a su vez desean ser un poco más independientes, por ejemplo: salir solos y tomar sus propias decisiones, pero se observa que se cuida sobre todo a las niñas para que no se “descarrilen” y los padres generalmente no les permiten hacer muchas cosas que a los adolescentes varones si les permiten, como salir de noche, quedarse en casa de sus amigos, viajar solos. ¿Por qué esta diferencia?

5.13 ¿Pero quienes son más rebeldes en la adolescencia, las niñas o los niños?

5.14 ¿Qué hace el padre o la madre para que esa energía sea dedicada al trabajo?

6. Desorden anarcoide

- 6.15 ¿Es Venezuela un país organizado en sus instituciones, tanto oficiales, educativas y familiares, o es más bien un país que intenta organizarse?
- 6.16 ¿Y cree usted que la responsabilidad se encuentra solamente en las instituciones gubernamentales, y educativas, o debe ser un trabajo de todos y que debe comenzar principalmente en la institución familiar?
- 6.17 ¿Cree usted que una crianza familiar positiva pueda incidir en la organización de un país? ¿Cuál cree usted que es la solución para establecer un consenso que organice este bochinche nacional?

IV. Machismo

7. Sexualidades

- 7.18 ¿Considera usted que en Venezuela las mujeres no son solo madres abnegadas y sacrificadas sino también mujeres honorables con una moral intachable? ¿Pero el valor de la mujer venezolana radica más en su admirado maternalismo o en su calidad de mujer íntegra y decente?
- 7.19 ¿Pero hay mujeres que no lo son tanto y dan oportunidades a los hombres?
- 7.20 En los hombres esta actitud se ve de hecho con más frecuencia, y no se les juzga tanto, ¿Por qué? Pero parece que la gente piensa que en la mujer se ve más feo, ¿O no?
- 7.21 ¿Pero no es tan malo un hombre que cumple con sus obligaciones de esposo y paternas, en el sentido económico, eche de vez en cuando una canita al aire? ¿O si lo es?

7.22 ¿Y que piensa usted de los hombres que cumplen a cabalidad las funciones maritales y paternas como se mencionó antes, y que jamás se deja tentar por otras mujeres? ¿Son así los hombres venezolanos?

8. Irreverencia

8.23 El pueblo venezolano se ha caracterizado por ser muy alegre y dicharachero, se celebra todo, con cualquier excusa, y es tanto así que los problemas del país a veces se olvidan con facilidad, y se prefiere seguir celebrando ¿será que son un pueblo indiferente a las necesidades y problemáticas sociales del país? ¿O simplemente siguen el dicho: “al mal tiempo buena cara”?

8.24 ¿Pero parece que este dejo de despreocupación se observa demasiado en todos los aspectos y situaciones de la sociedad venezolana estropeando el trabajo responsable?

8.25 Pero a veces la actitud del venezolano puede lucir irrespetuosa, parece no seguir las reglas del juego para organizarnos mejor como sociedad. ¿Puede radicar aquí el problema de la desorganización venezolana?